silbando al viento

arturo oqueli

863.4
O62 s
CH

ARTURO OQUELI

SILBANDO AL VIENTO

(NOVELA HONDUREÑA)

Legalizado conforme el artículo que protege a los autores.

ARTURO OQUELI

SILBANDO AL VIENTO

(NOVELA HONDUREÑA)

DONACION

Nombre: Asociación de Guadalupe

Fecha: 30/11/96

BIBLIOTECA CENTRAL
COLECCION HONDUREÑA
No. Gral. 91512
No. de Clasificación
863.4-062p-C/1

BIBLIOTECA UPNFM

384006
2014-Colecci

Dedicatoria

Al Señor Jefe de Estado, General de Brigada Juan Alberto Melgar Castro, a quien se debe la publicación de esta obra literaria, que se encontraba inédita, en los anaqueles del olvido.

Al él van dedicadas estas páginas, llenas de colorido emocional y de gran sentido de responsabilidad que el autor impregnó en esta narrativa que refleja el estado de ánimo y las costumbres de aquellos tiempos, que se fueron para no volver jamás.

Tegucigalpa, Septiembre 1976.

ASOCIACION DE PERIODISTAS
Y ESCRITORES NACIONALES
(APEN)

PROLOGO

ESCRITO ESTA: "PLANTAR UN ARBOL, TENER UN HIJO Y ESCRIBIR UN LIBRO", es algo que dignifica al ser humano. Dicho lo anterior queremos dejar constancia que por la voluntad del Directorio de la Asociación de Periodistas y Escritores Nacionales (APEN), nos toca, ahora, redactar el Prólogo de este libro inédito del escritor Arturo Oquelí, el que después de veinte años de existencia, ha permanecido en el olvido, sin que nadie haya participado en la gran tarea de su publicación, con miras a difundir tan nobles ideas.

SILBANDO AL VIENTO es la última obra escrita por Arturo Oquelí y en ella puso fin a sus inquietudes literarias, a su recorrido por el mundo del recuerdo, del quehacer humano, de las sonrisas eternas, del vaivén inusitado que tantas veces encendió el autor de esta postrera ensoñación, en donde se vislumbra el fin de una gran obra, llamada a regenerar a la colectividad hondureña.

Como "la nota que en el pentagrama azul quedó dormida", así había quedado este manojo de tristezas y lamentos, del maestro de la narrativa nacional Arturo Oquelí, quien desde su temprana juventud hacía filigranas de luz, señalando derroteros firmes, que más tarde iluminaron a la «Diosa del Amor», para convertirse en verso o en prosa, sutil y delicada, en un ardiente peregrinar, que en la búsqueda del bien, saturó de fe a todos los caminos de esta tierra irredenta, que llenos de orgullo llamamos HONDURAS.

SILBANDO AL VIENTO trae como figura central a un maestro; y como lema principal la de orientar a

esa juventud, que como «Divino Tesoro», deviene obligada a aprender en los libros de autores que han iluminado una imaginación fecunda y pasiones ardientes.

Vemos en este escarceo literario de «Pituro», un diluvio de consejos que forman parte de su tesoro ancestral. Notamos en este libro algo así como la conminación al malvado o la clarinada que orienta, que dignifica y da paso al soberano afán de las conquistas nobles y elevadas.

SILBANDO AL VIENTO contiene la verdad, en prosa muy bella y delicada, que ha sido siempre la bandera de los escogidos. En un alarde inconfundible de dignidad, el poeta Oquelí, EXCLAMA:

"EL CIUDADANO QUE CONTRIBUYE CON SU VIDA A ENSANGRENTAR LA NACION, NO MERECE ESE TITULO, SINO EL DE TRAIDOR A LOS POSTULADOS QUE SIRVEN DE SOPORTE AL PEDESTAL DONDE DESCANSA LA GRANDEZA DE LA PATRIA". "POR LA PATRIA SE OFRENDA MIL VECES LA EXISTENCIA. EN LAS GUERRAS JUSTIFICADAS NINGUN INDIVIDUO ES MAS GRANDE QUE OTRO. TODOS SOMOS IGUALES A LA SOMBRA DEL PABELLON DE LA REPUBLICA".

La obra primigenia del destacado autor hondureño se inició en un mundo estrecho, diametralmente opuesto a toda virtud ciudadana. Empero, la novela no es sino el acopio de ideas, de acontecimientos que va dejando la vida en su eterno volar. Arturo Oquelí consideró que todos los seres humanos levantan su inspiración, para fundirla en el crisol de su existencia; es así como los grandes hombres de Honduras han esgrimido su inteligencia, en la majestuosidad de su fe, en esta hora del mundo.

Arturo Oquelí fue, entonces, un verdadero soñador, se adelantó a un pasado lleno de sombras; se remontó a los cielos estrellados e inmaculados del campo y dibujó con su prodigiosa pluma el mapa de su patria, con toda su fuerza vital, con sus costumbres latentes, con las veleidosas idas y venidas del acontecer social, que siempre ha sido el mal de estos pueblos, sedientos de civilización, cordura y sensatez.

Sin embargo, Arturo Oquelí descansa en los brazos del Señor; pero se alejó de nosotros, habiendo cumplido su gran misión histórica, como la cumplieron un José Cecilio del Valle; un Marcos Carías Reyes; un Ramón Amaya Amador; y otros que como fulgente luz iluminaron los senderos patrios con obras prodigiosas.

Toca ahora a la Asociación de Periodistas y Escritores Nacionales poner en manos del inteligente lector hondureño este libro magistral de Arturo Oquelí, escrito hace veinte años en esta capital; y gracias a la buena voluntad de su culta esposa Josefa Midence de Oquelí que se dignó confiarnos este precioso «quehacer» literario para ser publicado por cuenta del Estado.

Que esta obra cruce todos los caminos alfombrados de la patria, como un tributo a la memoria del autor, para que la juventud enfile sus inquietudes, imitando el ejemplo de quien vivió para engrandecer esta tierra de pinares, en toda su dimensión histórica.

JUAN ANTONIO MARTINEZ M.
Miembro de la APEN
y Premio «Julián López Pineda 1974».

Don Arturo Oquelí

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Con toda brillantez y sonoridad de conceptos, Arturo Oquelí, escribió las siguientes obras: «LO QUE DIJO DON FAUSTO», «EL GRINGO LENCA», «EL CULTIVO DE LA PEREZA», y «EL BRUJO DE TALGUA».

Su última obra: «SILBANDO AL VIENTO».

Las nobles ideas de Arturo Oquelí quedaron plasmadas en las siguientes publicaciones, que él mismo fundara:

«El Alfiler», «Anillo de Hierro», «Don Pánfilo» y «El Heraldo», en la capital de la República.

En la ciudad Puerto de La Ceiba le dió vida a las siguientes publicaciones: «Factor Social» y «La República». En la República de Guatemala, dirigió: «Oriente». En todos estos rotativos quedó impreso su talento visionario, su fe republicana y su gran deseo de servir a la colectividad.

* * *

Si no hubiese sido que lo sorprendió la muerte, el escritor Arturo Oquelí hubiera enriquecido la bibliografía nacional, entregado como fue el ejercicio de su noble profesión de escritor al servicio de la Patria.

PRIMERA PARTE

Tarquí Arafán

CAPITULO I

EN la rica montaña de Moropocay se necesitaba un maestro que impartiera los conocimientos más elementales a cuarenta niños de edad escolar. Uno de tantos apóstoles, amargado con las intrigas de la ciudad, al leer el anuncio vio una puerta de salvación y aceptó el cargo.

Al darse cuenta el alcalde auxiliar del ingreso del Profesor Tarquí Arafán reunió a los padres de familia para llenar las formalidades legales, acordando firmar un contrato por tres años. El sueldo sería cincuenta centavos por cada alumno, o sean veinte pesos mensuales. Arafán al oír lo dispuesto asintió con la cabeza, con un estoicismo digno solamente a los hombres de su causa. Al hablarse del local y acondicionamiento, un buen labriego ofreció casa amplia que de vez en cuando servía de granero. También la esposa del campesino le propuso darle los alimentos, ropa limpia de uso personal, de cama y otros servicios, por quince pesos mensuales. El Profesor al hacer mentalmente sus cuentas notó con sorpresa que de los veinte pesos le quedaba un margen de cinco para atender los gastos privados y sobre todas las cosas a la compra de ropa, calzado, medicinas, etc; pero bien, aunque Arafán había nacido en una aldea de Intibucá estaba dispuesto a enterrar las pestañas en otra aldea resuelto a demostrar a la intriga lo que vale una inteligencia cultivada al servicio de la cultura.

Ciertos hombres como ciertos astros con luz propia irradian sus beneficios desde cualquier latitud.

* * *

El primer mes demostró el Profesor, además de su competencia, ser todo un héroe al lograr con los cinco pesos sobrantes atender a gastos perentorios; aunque era cierto que por luz no tenía por qué preocuparse, contaba con los rayos del día; pero por las noches le era imposible congeniar con el hermano ocote, viéndose muchas veces en el caso de mermar sus haberes con la compra de velas de sebo a fin de preparar sus lecciones.

Como no era posible que su resignación le privara de cosas esenciales, fue entonces cuando puso en juego las combinaciones más atrevidas de su imaginación prodigiosa, con el propósito de hacerle frente al embozado porvenir.

Resuelto anunció un viernes, que había dispuesto dictar todos los sábados por la tarde, conferencias eficientes, más instructivas, en relación con los trabajos del campo.

Mañana —continuó— principiaremos con la primera charla sobre **la leche y sus derivados.** Y para que la plática, que será pública, resulte más objetiva, recomiendo a cada alumno traer de su casa un pedacito de queso. Así las conclusiones resultarán más prácticas.

Los niños al regresar a sus cabañas contaron la novedad a sus padres; éstos se mostraron tan contentos al saber que aprenderían algo nuevo, fundamental para el mañana, resolvieron en vez de darles el pedacito que pedía el Profesor, envolverles en hojas de plátano, unos, media libra; otros, libra completa. Para ellos no significaba ningún sacrificio al pensar que en la montaña, en los buenos tiempos, el queso se vendía a tres y hasta cinco centavos libra.

Arafán tuvo la atención bien calculada, de invitar a los principales hacendados, a presenciar al lado de sus hijos, la apertura del ciclo de conferencias.

Al ocupar la tribuna, en la forma más sencilla y comprensiva, hizo derroche de conocimientos; se mostró tan elo-

cuente que todo mundo le entendió por haber tenido cuidado de emplear frases que no fueran más allá del alcance de la mente del auditorio.

Al finalizar su interesante plática, la gente salió creyendo que Arafán posiblemente había sido dueño de haciendas; no les convencía que un maestro de escuela supiera tanto de ganadería. "Alguna desgracia sufrió en sus negocios y Dios lo ha mandado para nuestro beneficio" —pronunciaron—.

* * *

Una vez solo, reunió con los pedazos, arroba y media de queso; dejó una parte en reserva y el resto, más de una arroba, se la echó en las espaldas y bajó al pueblo a venderlo.

El domingo, a la hora de la cena, ya se encontraba de nuevo en su puesto.

Cuando por una de esas raras coincidencias algún campesino se topaba con él a media noche descendiendo la montaña con la carga a cuestas, se hacía el desconocido para no apenarlo.

Una noche al enterarse el más pobre de los aldeanos de los apuros económicos del Profesor, comprendió que bajar con una carga a las espaldas por los desfiladeros, no era tarea de profesionales, sino de hombres avezados a las groseras realidades. Esa noche no durmió tranquilo, desesperado porque amaneciera.

La misma mañana, en hora oportuna, dio a los vecinos ricos una lección de grandeza humana, regalando al mentor de sus niños el único burro que poseía, pretextando como agradecimiento, que ya sabían leer y firmar en tan corto tiempo.

La esposa del campesino se mostró desconcertada con el desprendimiento del marido, refiriendo indignada el caso

a su compadre, hombre bondadoso y acaudalado. El compadre quedó tan impresionado, y no queriendo ceder el puesto en nobleza cristiana, ofreció al crédito al compadre pobre, dos burros jóvenes aperados, pagaderos a largo plazo.

* * *

Después del año lectivo, consideradas agotadas las explicaciones del queso, quesillo, cuajada, requesón, mantequilla y otros artículos derivados de la leche, de alta calidad, anunció que el próximo año el tema versaría sobre granos y tubérculos.

* * *

Las primeras y segundas vacaciones las pasó holgadamente en comparación a los primeros meses de su llegada.

El ciclo de las conferencias en el tercer año escolar versaron sobre ganado porcino, caprino, caballar, ovino y bovino. Para entonces ya contaba, además del burro obsequiado, con una mula y una vaca.

Los padres de familia sabían que pronto expiraría el plazo acordado por Arafán y los vecinos, para dirigir la escuela. Desde un principio se había comprometido a trabajar por tres años, detalle que no escapaba a los interesados, quienes previendo definitiva ausencia, se pusieron de acuerdo para asistir a la clausura de clases llevando cada jefe de familia un regalo.

¡Había que ver a aquella gente bondadosa cargando presentes! Por los rincones de la escuela y corredores a la calle se veían cabras, gallinas, jolotes, cerdos, un ternero, y en fin, todo un hato; además alforjas y sacos de maíz, frijoles, café y panela.

El Profesor, un poco abrumado por los muchos regalos, fue rindiendo las gracias uno a uno de los generosos asistentes.

Al pronunciar las palabras de clausura, en forma conmovida se despidió del auditorio; en esos momentos alguien le interrumpió:

—¿Por qué nos abandona, Profesor?

El, por toda respuesta, sacó de la bolsa un amarillento papel y leyó el compromiso firmado, de servir por tres años la Escuela de Moropocay, ya vencido.

Entonces, como una tromba humana se alzaron cien voces suplicándole que no les abandonara, que le mejorarían el sueldo, etc.

—Acepto con una condición, señores.

—Dígala.

—Que durante los meses de vacaciones se levante un edificio escolar, suficiente para albergar, no sólo a los niños también a las niñas.

—¡Aceptado!, respondieron a un tiempo.

—Muy bien, pero permítaseme no poder recibir el aumento que me ofrecen.

—¿Por qué, Profesor?

—Ese dinero se destinará para costear los gastos de una Profesora, que sirva a las niñas, bajo mi dirección.

—¡Bravo!

* * *

Al día siguiente se reunieron los principales vecinos y nombraron un director que coordinara los diferentes aspectos de las tareas en proceso y resultó electo el Profesor Arafán; éste, haciéndose cargo de la responsabilidad del puesto, dijo con aplomo, que la obra se llevaría a feliz término sin que nadie desembolzara un centavo y menos solicitar ayuda oficial, que vendría a minar la moral de los que pueden y quieren

ayudar; que cada uno contribuiría con trabajo personal, y en su defecto con el suministro de materiales o víveres.

—Y Ud. Profesor, ¿cómo se las arreglará con sus alimentos?

—Ya tengo pagadas las vacaciones.

A continuación se designaron las comisiones encargadas de tumbar y labrar las maderas, de fabricar adobes, tejas y ladrillos de barro; de quemar la piedra de cal y acarreo de arena para los repellos; comisión de hechura de puertas, ventanas, machimbres, etc., todo en consonancia con el plano elaborado por el mismo Profesor.

En las tareas se demostró tanto interés, que se trabajaba por turnos, de día y de noche.

En un principio se pensó que la construcción se llevaría diez semanas, pero con el concurso no sólo de los hombres hábiles sino que también de las mujeres, a las ocho semanas se le daban los últimos toques al flamante edificio.

Sus aulas se calcularon desde un principio para doscientos cincuenta alumnos; se sabía que únicamente concurrirían unos ciento y pico de ambos sexos, pero los planos se habían trazado con la mente puesta en el porvenir.

* * *

Fue acordada la inauguración para un primero de febrero y por aclamación general se bautizó el edificio con el nombre de Escuela Libre Arafán, como un tributo de agradecimiento a su fundador.

Después de la bendición vinieron los discursos alusivos al acto y recitaciones escolares. A continuación se bailó con frenesí hasta el día siguiente. Esa noche mujeres y hombres lucían sus mejores ropas. La Escuela se veía artísticamente

engalanada con gallardetes de papel de colores vivos; palmas de pacaya cubriendo los desnudos pilares; pino fragante desmenuzado tapizaba los pisos y del cielo del artesón pendían bellos farolitos chinos.

En los cuatro costados se encendieron gigantescas fogatas que parecían colinas hechas brasas; los resplandores iluminaban los rincones más escondidos de la aldea.

Se bailó con la autóctona música de cuero y a intervalos de cada hora se recitaban estados de alma folklórica.

Entre las parejas de enamorados se destacó una, abriéndose paso hasta el centro del salón, se pavonearon y expresaron con desenfado:

EL: "A las cuatro de la mañana
qué triste cantaba un gallo
al ver que tenía espuelas
y no tenía caballo..."

ELLA: "Y la gallina le pregunta
con disgusto y melancolía:
¿para qué quieres más caballo
que esta hermosa rabadilla?"

Con un prolongado aplauso se premiaron a los cantores, continuando el sique, danza nacional.

En el momento de alzar las copas desbordantes de delicioso vino de coyol, se brindó porque Dios siguiera protegiendo la vida de Arafán, tan útil a Moropocay.

* * *

Aunque en el caserío desde un principio era un secreto a voces el asunto del queso, la mantequilla, granos y tubérculos que el Profesor vendía en el pueblo como producto de sus conferencias, en ninguna ocasión se atrevieron los vecinos a

hacerle la menor alusión, convencidos de que valía mil veces más los conocimientos adquiridos, que "cuatro chucherías", según lo comentó en rueda de familia el Alcalde Auxiliar.

El campesino de nuestra tierra que no tenía escuela por tener corazón, está a muchos codos sobre el nivel cultural de los letrados cuando sabe que no se le engaña. Y precisamente fue lo que hizo el Maestro de Moropocay: entregarse ardientemente a la enseñanza, dar lo que sabía sin reparar en el sueldo irrisorio a fin de no traicionar los principios de su apostolado, siendo correspondido con la misma moneda, con el cariño sincero de gente rústica, de nobleza espiritual, exenta de la mácula de una nube.

BIBLIOTECA CENTRAL
COLECCION HONDUREÑA
1847

CAPITULO II

LA inauguración de la Escuela Libre Arafán dió origen a un entusiasta revuelo entre las personas amantes del progreso escolar. Había razón. En la historia del Departamento no se tenían noticias de un caso tan "fuera de tono" entre la incuria lugareña.

Se ponderaba la eficiencia del Director y se aplaudía sin regateos el apoyo de los labriegos, ejemplo que venía a deprimir la conciencia de los moradores de las cabeceras distritales, que con mayores recursos nunca habían hecho nada por mejorar la educación popular como lo estaba forjando el caserío de Moropocay.

Los corresponsales de prensa se apresuraron a transmitir la nueva a sus periódicos y no tardaron en aparecer las fotos del edificio y del propulsor en las primeras planas de los diarios.

El señor Ministro de Educación Pública que no tenía conocimiento oficial, al enterarse del funcionamiento de la escuela, recabó informes. Quería saber el por qué no habían solicitado su concurso cuando a otros pueblos se atendían a sabiendas que los fondos en manos de alcaldes poco escrupulosos, se esfumaban.

La Gobernación Política departamental, haciendo justicia al iniciador, rindió un informe historiado, digno de figurar en los textos cívicos para ejemplo de otros pueblos y caseríos atrasados, sin ambiciones de superación, así apreciarían me-

jor lo que vale una resuelta iniciativa al servicio de la cultura.

El señor Ministro, compenetrado de su cargo, estimuló al Profesor Arafán asignándole un sueldo sustancioso, que venía a redimirlo de penurias. Los maestros de los pueblos vecinos, intrigados por los buenos comentarios de los diarios acerca de las capacidades demostradas en muchos aspectos por el Maestro de Moropocay, acordaron secretamente hacer una visita a la Escuela Libre Arafán.

Querían medir la talla del hombre que de la anonimidad saltaba a un plano más que visible de la opinión pública; querían personalmente sopesar el valor intrínseco del Maestro de Moropocay; ver si se trataba de un embustero o de un hombre de valía.

En caravana, sin anunciarse, hombres y mujeres llegaron de sopetón al caserío.

Arafán, como era de esperarse, los recibió con los brazos abiertos, procurando por todos los medios hacerles grata la estancia.

Los visitantes no dejaron de sorprenderse al encontrar a Arafán, correctamente vestido, no en camiseta, como sucede en la mayoría de los pueblos. El Maestro de Moropocay comprendió que sus colegas desde la llegada fueron gratamente impresionados a la vista del flamante edificio, jardines y mobiliario. Todo hecho sin copiar los adelantos extranjeros, sino consultando las necesidades y observaciones de carácter nacional.

Una vez acomodados en el Salón de Actos, Arafán dictó varias clases modelo, con un aplomo y conocimiento de la profesión, que los oyentes no dejaron de apenarse al comprender que Arafán se apartaba de todo rutinarismo anquilosado de los textos conocidos. Aquí, —apuntó— entre otras

cosas no se lleva lista diaria; los alumnos no pierden el grado por falta de asistencia, sino de conocimientos.

¿Ven esas hamacas? —continuó— son para los niños convalescientes que no quieren perder las explicaciones del Profesor.

En presencia de los hechos más de uno de los presentes aprendió pautas que ignoraba, teniendo los colegas para él frases de elogio. Y no contento de atenderlos en toda forma y explicar sucintamente sus métodos de enseñanza, les preguntó si no les cansaría conocer a grandes rasgos, el Sistema Práctico Moropocay para Aprender Inglés, haciendo la observación de que hablando este idioma se puede vivir en cualquier parte del mundo, aunque no se tenga oficio ni profesión, por considerarse lengua de intercambio universal.

Aún no vueltos de la sorpresa, asintieron; pero uno de los profesores, perplejo, preguntó:

—Antes que principie su disertación, díganos colega, ¿dónde aprendió la lengua de Shakespeare?

—En el cuartucho de mi pueblo.

—¿Cómo?

—No se sorprenda; le ruego escuchar lo que se consigue con la perseverancia: cuando vine a hacerme cargo de la dirección ya hablaba inglés, pero como no me consideraba seguro de haber perfeccionado el Sistema que venía madurando, en vez de traer cobija traje además de los textos de consulta, todas las lecciones grabadas en discos; quería terminar de aprenderlo a hablar en forma castiza. ¿Me explico?

—Muy bien. Prosiga.

—Mi sistema práctico se basa en profundas observaciones. Yo no he seguido ninguna pauta aconsejada por los lingüistas; considero no encajar a nuestra idiosincracia. Yo

enseño de acuerdo con el ritmo de nuestra naturaleza. ¿No consideran ustedes un contrasentido enseñar a los hijos primero el alfabeto y después el idioma?

—Francamente, no le entendemos, colega.

—Ya entenderán con la siguiente explicación: cuando unos primos míos tenían plata, costearon los servicios de un Profesor de Inglés, oriundo de los Estados Unidos; yo asistía a sus clases en calidad de oyente; aunque en esa época era un adolescente, no dejé de percatarme de las deficiencias que adolecía el método empleado por el extranjero: no se ajustaba a nuestra naturaleza. Y voy a ser más concreto: el Profesor inauguró la clase disertando sobre la importancia del Inglés en sus relaciones comerciales, cosa que me parece correcto.

Principió enseñando la pronunciación del alfabeto, y cuando ya más o menos lo entendían, entró de lleno a enseñarles a un tiempo (esto fue lo malo que observé) la pronunciación y escritura de vocablos y oraciones, ceñido a la gramática. ¿Y que pasó? Que mis parientes al finalizar el año andaban tan crudos como el primer día; nada apreciable aprovecharon.

—Con la experiencia adquirida, ¿qué método aconseja?

—No aconsejo. Enseño de acuerdo con un sistema práctico, nacido de mis observaciones. Puede que esté errado y sólo yo quiero cargar con las responsabilidades. Pero bien, volvamos al punto de partida: el Profesor debe tomar muy en cuenta si no quiere fracasar, que en asuntos de idiomas a los hombres hay que vérseles como a niños grandes y darles el mismo trato educativo. El error estriba en enseñar a los hombres o a las mujeres una lengua y tratarlos como personas serias cuando en realidad son niños crecidos fuera del idioma.

Enseñar al mismo tiempo la escritura, la pronunciación y la gramática, es un error de siglos que viene repitiéndose sin considerar que con tal método no se hace más que echar los cimientos de una Babilonia de la lengua que se pretende estudiar, quiero decir, que tal sistema es demasiado tardío a sus efectos.

El ejemplo de los fracasos es muy elocuente. El plan de estudios, exigía cuando yo estudié Magisterio, dos años de Inglés y dos de Francés. El alumno al coronar su Profesión no entendía nada apreciable que justificara los años perdidos. Si entre un millar, alguien lo chapurreaba, posiblemente se había valido de otros medios, como la permanencia por algún tiempo en el extranjero o la vocación de su perseverancia vencía miles de obstáculos.

Háganse cargo, colegas, del español; así como se escribe se pronuncia, resultando fácil de aprenderlo a los extranjeros; el inglés, no, como bien lo saben.

El Sistema Moropocay da buenos resultados consultando antes la edad y cultura del interesado a fin de aprovechar conforme a sus conocimientos en español; los ensayos experimentados entre personas ricas de vocabulario han sido altamente satisfactorios.

(En esos momentos una invitada, en estado "delicado", preguntó):

—Basta, Profesor, de explicaciones. Ya que su Sistema es maravilloso, ¿porqué no concreta para salir del maíz picado?

—Muy bien, señora: mi Sistema está dividido en cuatro ciclos:

1.—Aprender hablar Inglés con soltura.

2.—Enseñanza del Alfabeto.

3.—Escritura.

4.—Gramática.

Por último para su perfeccionamiento, proporciono novelas, obras históricas y científicas, libros de arte y deportes. Aquí entra en juego el diccionario. ¿Me he explicado, señores?

—Muy interesante, colega, mejor dicho, original su sistema de estudiar la enseñanza del Inglés. Sinceramente le felicitamos.

—No colega, no me feliciten; de extravagante me tildarán los "especialistas" en cuanto conozcan mi procedimiento. Convénzase, que el rutinarismo no concede a un Maestro de aldea, ni el derecho de rebuznar.

—Las ideas cuando son revolucionarias se imponen sobre las medianías. ¿No será imprudente preguntarle por qué sólo se ha dedicado a aprender Inglés?

—Están en su derecho a hacer cualquier observación. Respecto a su pregunta, permítame decirle, que el Profesor debe caminar a la par de los avances de la ciencia si no quiere rezagarse. En los tiempos que corren, el Inglés es el medio más práctico para ganarse el pan de la existencia. No con menos trabajo, sino con menos dificultades. Otros idiomas son indiscutiblemente buenos para servirse de ellos; tenemos el francés, notable para nutrirse en sus lecturas clásicas; el español, para enriquecer el acervo; el alemán, para conocimientos científicos; el italiano, para el Arte; el ruso, para deleitarse con su incomparable literatura. Todos los pueblos asiáticos, desesperados con sus milenios de vida primitiva, vieron en la lengua de Walter Whitman la puerta de salvación para darse a conocer y desenvolverse en sus relaciones mundiales valiéndose del Inglés; pero aquéllas ni éstas lenguas llenan las necesidades inmediatas del que ha menester. Indudablemente al Inglés se impondrá otro

idioma en un futuro no muy cercano, fecha demasiado distante para quienes tienen que comer diariamente.

Esta es la causa para la preferencia a la especialización a que me estoy refiriendo.

—Hemos oído hablar de su nuevo método para enseñar a leer y escribir a un mismo tiempo. ¿Qué nos puede adelantar?

—Efectivamente, he perfeccionado un procedimiento para **pintar y dibujar** que a la larga resulta el sistema ya conocido de leer y escribir mediante procedimientos distintos.

El sistema está escalonado en etapas y una explicación sucinta sería motivo de prolongadas conferencias, pero como ustedes son Profesores, pienso que con sustanciales explicaciones abarcarán el panorama de las conclusiones.

Para enseñar el Alfabeto, primeramente hago que los niños me dicten una lista clasificada de todo lo que conocen de vista en la aldea. Comienzo con los nombres de animales: vaca, toro, ternero, cabro, burro, mula, perro, gallina, gallo, gato, etc., etc. Y en este orden continúo con los objetos: montura, freno, espuelas, cama, mesa, silla, olla, fogón, etc., etc., y termino con los nombres de los mismos alumnos: Pedro Martínez, Juan García, Manuel López, etc., etc.

A continuación procedo al conocimiento del alfabeto, letra por letra, haciendo que **dibujen** la A ciento de veces, llevándoles la mano en algunos casos, hasta terminar con la Z.

Una vez en posesión del Alfabeto —a mi manera—, entro de lleno a la escritura de los nombres de animales, objetos y patronímicos, según lista previamente confeccionada, haciendo caso omiso del deletreo.

Pinto en el pizarrón —por ejemplo— (aquí la estampa de la vaca) y como los niños ya han dibujado ciento de veces

las letras que forman el nombre del animal, les mando dibujar al pie, la palabra V A C A, dictando letra por letra, que con ligeros ejercicios la tarea les resulta sencilla y en este orden prosigo con todos los animales, objetos y nombres conocidos de los alumnos hasta finalizar la lista.

Los enlaces de las palabras con los artículos vienen en otra etapa. Cuando por una de esas frecuentes circunstancias se ve el Profesor transitoriamente obligado a explicar un vocablo o un concepto —para el caso aseo—, digo que lavar la ropa sucia o barrer la casa **significa** aseo, pero nunca digo que el cepillo de dientes sirve para asear los dientes de la boca porque es un artículo completamente desconocido para ellos y su mención vendría a entorpecer el proceso de la enseñanza. El cepillo de dientes, como otros objetos, quedan reservados para explicarlos en el curso de la madurez, entendiéndose por madurez un ciclo después de las lecciones fundamentales.

Lo dicho no es más que una concepción; el resto queda a las mentes acuciosas.

—¿Nos permite, colega hacerle otra pregunta?

—Hágala; para mí será satisfactorio complacerlos.

—Trabajando en un caserío tan apartado de los pueblos urbanos, ¿cómo se las arregla para hacer llegar el jurado examinador cada fin de año escolar?

—No hay necesidad. Yo constituyo el jurado. Antes de dar comienzo las tareas, siento frente a mi mesa al niño que voy a examinar y al lado la madre, padre o encargado para que presencien los progresos o atrasos de sus hijos. Con este procedimiento ningún alumno es aprobado si no sabe lo necesario, como sucede en los exámenes de escuelas y colegios de las ciudades, donde el azar juega un papel bastante apreciable. Quiero decir, que tal vez el alumno es mal estudiante

y la suerte le favorece preguntándole los únicos puntos que aprendió durante el año. El Profesor, no un extraño examinador, es el único que está en posición de calificar los aprovechamientos de sus discípulos. Hablo del Maestro responsable de su misión, que no entiende de complacencias, del que no se deja halagar con los regalos de los hijos de los ricos ni de personas influyentes.

—Por lo expuesto se deduce que usted está revolucionando los principios pedagógicos.

—La Pedagogía es un estorbo para el Profesor que nació con alas en el pensamiento; estorbo para el Maestro que ciñéndose a reglamentos sin sentido revolucionario, se aferra a las nebulosas concepciones que atajan el paso de los impulsos que imponen los progresos de la enseñanza. Todo es cuestión de no volver a ver atrás, de seguir la trayectoria de la lógica de las cosas, no petrificarse con los dogmatismos de los textos que no encajan con su palabrería a las necesidades de superación inmediata. No olviden lo que expresó a próposito un mentor sánscrito: "La erudición es menos que el buen sentido; por tanto busca la inteligencia".

La Pedagogía es la **transición** entre lo viejo de ayer a lo nuevo de hoy. Por consiguiente, la Pedagogía no existe de manera fija, vive en proceso de agitación; si existiera de manera estable se convertiría en piedra. La Pedagogía no es pozo que se estanca, es fuerza viva que genera, sin tregua, la corriente de la inteligencia.

—Brillante, colega, muy brillante; es usted un profundo conocedor de su causa.

—No, un sensato frente a la terquedad.

—Perdone, pero no queriendo continuar impacientándole, me permitiré hacerle la última pregunta: Díganos, ¿qué hay de cierto sobre el bautizo de animales con nombre propio?

—Ya sé que algunos colegas se han unido al coro de burlas de gentes atrasadas, convirtiéndome en blanco de sus mofas. Los perdono; comprendo que toda innovación tiene detractores. Los que no pueden crear, cocean contra la roca de su impotencia.

Se trata, señores, de un ensayo en marcha con resultados hasta la fecha satisfactorios y consiste en lo siguiente: A ustedes no se les escapará que perros y gatos responden al llamado por medio de nombres propios. Pues bien, a mí se me ocurrió extender la costumbre a otros animales, principiando con los domésticos, entendiendo por domésticos, la mula de silla, el burro de carga, la vaca lechera, el cerdo que hoza el patio, la oveja que fatiga con sus balidos, etc., etc.

Ciertos animales, como las gallinas, se llaman por medio de extraños ruidos. Para darles de comer y avisarles que el maíz está servido, se gasta un sonido colectivo que imita el raspar de la chicharra de madera, valiéndose de la boca entrecerrada, emitiendo a la vez un especie de **silbido** acompañado del tableteo de los labios.

El domingo pasado estuve a visitar a un compadre mío. Para demostrar su júbilo acerca de los progresos de mi método, dirigió la voz al potrero más cercano y llamó a su caballo favorito: ¡Palomo! ¡Palomo! El animal a la primera voz alzó la cabeza y aguzó el oído; a la segunda, se vino corriendo a plantarse frente al corredor de la casa del amo.

Debo confesar que lo expuesto no es nuevo, se remonta muchos siglos antes y después de Cristo. Calígula para llamar a su corcel de guerra, le gritaba: ¡Incitatus!, y el animal presto, atendía a su dueño. Lo mismo pasaba con Bucéfalo, de Alejandro; Babieca, del Cid Campeador, y Rocinante, de Don Quijote.

Tengo la convicción, señores, que cuando yo esté muerto nacerán otros hombres de más visión, de mayores eje-

cutorias que recogerán del ambiente las ideas que hayan quedado flotando de mi ensayo. Las recogerán y las perfeccionarán. Entonces no extrañará ver inaugurarse Escuelas de Animales, donde se les enseñará cosas prácticas, egresando con el tiempo con el calificativo de **auxiliares del hombre.**

Hay más todavía: cuando se domestique y aproveche la fuerza de todos los cuadrúpedos salvajes, las condiciones de la humanidad mejorarán notablemente.

Por lo pronto sólo utilizamos la fuerza ruda del caballo, de la mula, del burro, del buey, del elefante, de la llama del Perú, del camello, del dromedario, del perro esquimal, del reno laponés, del cabro, del carabao filipino y del yac del Asia Central.

Estos animales son los que más han contribuido a aligerar la carga de la gente pobre, tendió principalmente a liberarla de la esclavitud en siglos pasados.

No está lejano el día en que se encontrarán los medios de aprovechar la enorme potencia del león, del tigre, del oso, de la jirafa, del hipopótamo, del rinoceronte, del orangután de Oceanía, de la cebra, del bisonte de Estados Unidos, del danto de Honduras, del onagro (asno silvestre) y del ñú (antílope de Africa).

En la misma época le tocará su turno a las aves. Ya contamos con un precioso adelanto demostrado con las importantísimas misiones militares confiadas a las palomas mensajeras.

El arrendajo, loros tropicales y el cerequeque de Honduras están demostrando su inteligencia al aprender vocabulario casero, en cualquier idioma.

El águila caudal vendrá a sustituir al avión correo y el avestruz al mandadero terrestre por caminos infernales.

La cetrería, que consiste en la caza con aves de presa, ha dado los mejores resultados para la caza en el aire con halcones y para la pesca en bahías y lagos con alcatraces. Aunque la cetrería permanece algo olvidada, es un arte que floreció en Europa y Asia en la Edad Media, pero es de suponer que tales avances conocidos como auxiliares del hombre revivirán extendiéndose a los dos hemisferios.

En los tiempos venideros como una imperiosa necesidad de mejorar las condiciones de vida del artesano, será cosa corriente ver por esas calles parejas de leones arrastrando carretones de basuras, y para alivio del campesino, uncir al yugo, parejas de osos tirando del arado.

—Perdone, Profesor; se nos ocurre una imprevista pregunta: ¿qué papel jugará la serpiente?

—Pues, señores, se ocupará en dar los silbidos reglamentarios de la entrada y salida del trabajo.

* * *

Creyendo suficientes las explicaciones de Arafán, uno de los colegas en breve discurso le rindió las gracias por su atención al demostrarles sus avances novedosos en relación con sus propios métodos. Al despedirse, la Profesora más destacada al estrecharle la mano le recordó la disposición del señor Ministro, al asignarle un sueldo sustancioso del que no gozaban ni los directores de colegios; que eso y algo más se lo merecía.

Arafán se limitó a contestar:

—Posiblemente el señor Ministro ha leído a Dionisio de Halicarnaso.

—¿Halicarnaso? No lo conozco.

—Un pensador que escribió: "El camino más corto para arruinar un País es darlo a los demagogos".

El Maestro de Moropocay

CAPITULO III

A medida transcurrían los años así crecía el prestigio del Maestro de Moropocay.

Se trataba de esa clase de hombres que no se atienen a esperar les favorezca el azar como esperan los profesionales abúlicos para cobrar falsa nombradía, gracias a un repentino golpe de suerte.

Su experiencia le había revelado que únicamente la perseverancia respaldada por inquebrantable voluntad logra triunfar sobre los que se rezagan o perecen por falta de coraje.

Arafán fue un Maestro que nunca se conformó vivir apegado al rutinarismo de las materias cursadas en el Magisterio. Sentía pasión por enriquecer sus conocimientos no sólo científicos, también literarios y artísticos.

Al verlo entregado día y noche a diversos estudios, un vecino le preguntó:

—¿Por qué estudia tanto si con lo que sabe le basta para llenar sus obligaciones?

—El Maestro de aldea no debe dar tregua al estudio para saber más que el de la ciudad.

—¿Por qué, Profesor?

—Porque aquí, uno tiene que hacerlo de agricultor, ingeniero, abogado, médico, juez y asesor de todas las gentes que tienen una tarea escabrosa por delante o una preocu-

pación que aclarar. Un Profesor que viene a estas remotidades y carece de la preparación necesaria para satisfacer las necesidades de la vida espiritual o científica de sus moradores, no es Maestro, es un parásito de la profesión.

Es esencial en todo Profesor superarse por medio de la observación y el estudio; debe ser un macho incansable en el trabajo, sólo así llegará a alcanzar la altura de antorcha para que se le tenga por guía.

Si sufre cierto complejo de inferioridad, culpa es de él por carecer del coraje indispensable para no dar la impresión de desventura; el Maestro pierde su personalidad al conformarse con la sabiduría común de las materias cursadas, pasando automáticamente al archivo de los rezagados. "Aprender es como remar contra la corriente; si no se avanza se retrocede".

La Pedagogía no tiene límites. Se principia y se muere sin alcanzar perfección. Solamente el estudio le mantiene más o menos al corriente. Recordemos a propósito a Thoreau, cuando decía: "Para aprender todo cuanto pueda enseñar un solo árbol, tendría un hombre que pasarse estudiando la vida entera".

Esta sola opinión basta para darnos cuenta, que la existencia es corta para perfeccionar nuestra profesión en muchos aspectos.

El Maestro, pues, para llenar sus funciones necesita del diario batallar.

El Maestro diligente búscase a sí mismo para apoyar las alas del espíritu a fin de desplegar las alas del pensamiento sobre la sordidez reinante; remontarse no con la altanería del águila, sino con la majestad de la paloma fraternal.

El puesto de Maestro es el más elevado en la escala de las inteligencias.

Su misión es tan vasta que no está limitada por ningún horizonte. Los pueblos avanzados, de cultura secular, así lo comprenderán, lo proclamarán y lo practicarán.

Tenemos el ejemplo del Japón y de Chile. En las grandes ceremonias oficiales, el Maestro es la única persona que tiene derecho a sentarse al lado del Emperador o del Presidente de la República.

Pero Maestro no quiere decir que su misión termina exhibiendo enmarcado su diploma. Maestro es todo aquel que sobresale mejorando su afán por medio del estudio que va imponiendo el tiempo en su constante renovación.

A ello se debe, amigo mío, que a toda hora me vea sobre mi escritorio, consultando o desarrollando las observaciones que va apuntando el ejercicio profesional.

—¿Cómo se le ocurrió, Profesor, en una aldea llena de prejuicios, establecer una educación mixta?

—Porque siempre tengo presente lo que dijo al respecto el Doctor Helves: "El que educa un hombre educa a un individuo; el que educa una mujer educa a un pueblo".

* * *

En el caserío se creía a ciegas que el Profesor les había traído buena suerte. Las cosechas rendían más; el ganado era más solicitado; las gallinas mediante selección y alimentación científica, eran más ponedoras; muchas enfermedades habían desaparecido por el cambio total en el mejoramiento de la higiene casera; de la pocilga hizo el Profesor que bruscamente se saltara a la altura; para conseguirlo el Maestro se valió directamente de los niños, sin olvidar visitar los hogares a fin de impartir consejos. Los premios semanales a los niños más aseados hubo que sustituirlos por otros premios, en vista que, a la hora de repartirlos, el Profesor no atinaba

a quién discernirlos; todos se mostraban lozanos y limpios. Para conseguir los fondos de las pequeñas recompensas, Arafán daba veladas los domingos por la noche.

Contando con buen repertorio ensayaba juguetes cómicos, de los más apropiados. Diez centavos por cabeza de familia valía la entrada. Como se trataba de la única distracción, las gentes descendían hasta de la montaña para tener unos momentos de solaz.

El número interpretado por los mismos alumnos siempre gustaba, pero lo que más agradaba era el acto final que consistía en una demostración especial desempeñada por el **trío de cantores.**

Con heroica perseverancia, Arafán había logrado educar a una lora, a un zorzal y a una lechuza.

Colocaba los tres pájaros en estacas individuales formando triángulo. A una señal de Arafán, con voz modulada, principiaba la lora: canta zorzalito, canta.

El zorzal volvía la cabecita como en actitud de atisbo, momentos que aprovechaba la lora para repetir: canta zorzalito, canta.

Entonces el zorzal silbaba un aire popular interviniendo a la vez la lora con gritos de regocijo: ¡Bravo! ¡Bravo! Al concluir, presta la lechuza, ruidosamente agitaba las alas lanzando un desapacible graznido, graznido que infundía pavor de mentiras a los cantores, volando a un tiempo locamente sobre las cabezas de los espectadores. Este acto provocaba un gozo indecible a grandes y a chicos.

En fin, según los moradores, la prosperidad de Moropocay, se debía al hado bueno, traído por Arafán, sin pensar que el Profesor, hombre de talento, al darse cuenta de la fe sin observaciones que le dispensaba la gente de la aldea, supo aprovecharla impartiendo sus conocimientos en los siembros,

cría de animales, higiene, buenas costumbres, promoviendo el sentido de cooperación, desconocido para ellos y que tan buen resultado diera en el cultivo del arroz en gran escala. Desde un principio Arafán persistió en explicar el perjuicio de la erosión de las tierras y la manera de evitarlo. Era el asesor de todas las actividades de la vida de Moropocay. Y en el fondo de todas estas cosas, siempre se hacía sentir el noble desprendimiento de Arafán: nunca cobró un centavo por sus servicios. Hasta el sueldo que en un principio gozara, renunció; le bastaba el asignado por el señor Ministro del ramo.

* * *

Pero lo más interesante en el batallar de Arafán, consistía en las consultas que le llegaban acerca de sus procedimientos educativos, tenidos como muy avanzados en relación a los viejos sistemas, carentes de la novedad creadora.

Arafán, gracias a su perseverancia, se había profundizado en tantas cosas del saber humano, que constantemente se le consultaba, sobre algo opuesto a su profesión y satisfacía a los interesados con el aplomo de hombre versado.

Menudeaban las consultas acerca de asuntos ganaderos o agrícolas, especialmente lo referente al injerto de frutas cítricas, cura de animales enfermos o sobre la manera de combatir las plagas dañinas del cafeto o de otro arbusto.

Las consultas que más tiempo le tomaban eran las referentes a las plantas medicinales, ya que gozaba del prestigio de ser un buen botánico. Todas estas cosas las estudió Arafán después de haberse graduado y se le reputaba como hombre capacitado por sus muchas demostraciones llevadas a feliz término.

Los colegas, siempre respetuosos, le escribían recabando su parecer sobre ciertos puntos nebulosos de los programas oficiales; otras veces le instaban a aclarar algunos conceptos de los sistemas de enseñanza formulados por él.

Con tanta consulta le había llegado la fama, aparejada a la gloria.

SEGUNDA PARTE

La Novedad de Arafán

CAPITULO IV

AL llegar al puerto no alentaba el menor propósito de bajar a tierra con los pasajeros a conocer las novedades más interesantes de la localidad, sino continuar previo itinerario; pero repentinamente me asaltó un pensamiento dominador, obsesionante, al recordar que allí vivía Tarquí Arafán, de quien hacía muchísimos años perdiera de vista después de haber renunciado a la Dirección de la Escuela de Moropocay; al dejarla fue con pesar de los vecinos por la competencia demostrada en el transcurso de diez años que permaneció bajo su égida, ignorando los motivos que determinaron su renuncia.

Sí, desde un principio supe, en forma vaga, que Arafán había vuelto como en sus años mozos, a trabajar de cronista en los diarios locales; de intérprete, de agricultor, conferenciante, revolucionario; que se había casado, y después de poner en acción sus múltiples actividades, se había sosegado dirigiendo una escuela pública en la República de El Salvador. Aunque Arafán era hombre versado en varios oficios y profesiones, más se conocía por el Maestro de Moropocay, como un significativo recuerdo de su brillante labor educativa, conocida hasta en los rincones más apartados del país.

Sin pensarlo mucho no quise perder la feliz oportunidad que el destino me deparaba y a continuación tomé mis maletas y abandoné el barco sólo por ir a abrazar a mi antiguo compañero de "Letras Fraternales".

Aunque llovía en forma desesperada, me lancé a la calle sin importarme el chaparrón; llovía tan copiosamente,

que daba la impresión de travesuras de algún rayo imprudente, consentido de Dios, que por su propia iniciativa desarticulara la gigantesca algiba del cielo, tal las cataratas de agua que se precipitaban sobre tejados y plazas.

Arafán vivía solo en un grande y destartalado edificio de madera, de tres plantas, levantado en un radio de cincuenta metros cuadrados. Sus dimensiones en relación a la pequeñez del puerto se tenían por desproporcionadas y los vecinos por muchas razones lo habían bautizado con el remoquete de **fiera echada.**

El edificio que en un tiempo sirviera de famosa taberna, tenía su historia, historia tenebrosa.

Fue el depósito que surtía a comerciantes, licores de contrabando, opio y cocaína, negocio manejado por matones. Allí se daban cita tahures venidos de muchos rumbos a jugar poker, dados y ruleta, sin falta, mujeres depravadas comerciando con sus carnes.

Se hablaba de un cementerio de uso privado en uno de los sótanos, donde se enterraban a los incautos que la suerte alevosa les acariciaba con alguna ganancia respetable.

Una vez asesinados los despojaban de sus haberes. Unicamente se tenía el cuidado de que la víctima no fuera persona conocida, sino perteneciente a la población flotante a fin de no ir a despertar sospechas.

Todo quedaba en el misterio por el hecho de mantener a sueldo al director de policía, sargentos y gente vaga que pudieran dar la voz de alarma a sectores no corrompidos.

Al fin, cuando algunos asesinatos trascendieron al público y el nuevo juez, un imberbe que servía de mofa de los tahures por su juventud, no logró su completo esclarecimiento, se solidarizó con el clamor de deudos y vecinos, y de un plumazo ordenó la clausura de la **fiera en acecho,** encarcelando a los arrendatarios, coimes, criados, rameras

y procesando a la vez a la policía, desde el jefe al último gendarme.

Entre la gente maleante detenida figuraba un famoso "falsificador" de billetes norteamericanos.

Como el juez no creía en la pericia del embaucador, le ofreció la libertad si en su presencia hacía una demostración.

Algo incrédulo, dijo: señor, yo no falsifico billetes; mi fuerte son los ceros.

—¿Cómo?, explíquese.

—Vea, señor: tomo un billete de uno o dos dólares; a continuación copio un cero en papel cebolla de billete legítimo; lo recorto con tijeras y lo pego al lado del 1 o del 2, y resultan 10 o 20 dólares, fácil de pasar en los pequeños comercios, precisamente porque las gentes no saben leer en inglés, reparando únicamente en las cifras. Si yo pudiera falsificar billetes, viviría en Londres o en París no en este puerco puerto. ¡Lamento que se haya equivocado! ¡Yo no soy más que un especialista en ceros!

El juez, haciendo honor a su palabra, le admitió fianza y lo puso en libertad.

* * *

Volviendo a la **fiera en acecho,** era tanto el temor que infundía el edificio, que después de clausurada la taberna, nadie lo quiso alquilar. Pasaron los años y con el tiempo se iba deteriorando por falta de uso. Al fin el dueño, rico comerciante español, le hizo las reparaciones necesarias y habilitó el primer piso para bodegas; el segundo permanecía desierto y en el tercero vivía Arafán acompañado de un perro feroz. Mi viejo amigo estaba encargado de la vigilancia de las mercaderías almacenadas. Había aceptado el cargo obligado por el terco capricho de no querer vivir con su familia a una edad avanzada, edad de las impertinencias.

La leyenda tejida alrededor del caserón la referían los conocedores a su modo salpicada de tintes tétricos a cual

más espeluznantes; juraban haber oído en las noches cálidas, profundos lamentos y gritos desesperados de las víctimas inmoladas a punta de cuchillo.

También los viejos trasnochadores sostenían haber visto en los amaneceres, correr como en actitud de ser perseguidos, a las almas en pena.

Conocedor de la sangrienta historia, pregunté a Arafán:

—¿No te da miedo vivir en este antro?

—¿Y mi hermano? —preguntó a la vez—.

—¿Qué hermano?

—Mi perro. A este nombre responde.

—Creo puede librarte del ataque de un bandido, pero no de un fantasma.

—No, Trisba, no tienes razón.

—¿Entonces no temes a los muertos?

—Todo hombre de sentimientos cultivados, tiene más miedo que los ignorantes. Te confieso que al principio sufrí lo indecible porque no me sentía capaz, al menor ruido, salir corriendo a pedir socorro por temor a la vergüenza, al ridículo, dada mi posición de hombre no común. Sí, hoy respiro tranquilamente, gracias a la suprema necesidad de vivir, al lograr vencer mis temores, enfrentándome resueltamente a los "espantos". Hoy, pase lo que pase o vea lo que vea, es lo mismo que oír llover.

—Y bien, Arafán, ¿al principio distes de narices con algún fantasma?

—Nunca descubrí nada anormal, máxime teniendo en contra mi estado nervioso. Sé decirte que para lograr la tranquilidad de que hoy disfruto, tuve que librar brutales batallas contra el miedo físico.

—Cuenta, me interesa documentar tus aventuras; desde años atrás vengo anotándolas; escribiré tu vida novelada.

—¿Con mi colaboración?

—¡Claro!

—¿Con qué título?

—Eso lo discutiremos antes de finalizar; considera que el título es lo más escabroso, es algo esencial en los manuscritos; un nombre que no atrae en un buen libro, no tan fácil se lo divulga de primas a primeras; en cambio un nombre feliz en una obra mediocre se propaga como llamarada de tusas.

—Si lo piensas así, pon mucha atención: las primeras noches, como dejo dicho, no me era posible conciliar el sueño por la zozobra en que vivía, que casi me lleva al borde de la locura, debido a las incesantes carreras de gente descalza en el segundo piso, en cuanto principiaba a obscurecer.

Comprendiendo que aquella vida de vigilias y temores era imposible continuar soportándola, al fin, abatido y resuelto a jugarme el bienestar o la muerte, una de tantas noches empuñé el revólver proporcionado por el patrón y bajé acompañado de mi hermano (el perro) decidido a todo. Cosa extraña, en esos instantes no sentí el menor temor: la reacción me había infundido plena confianza, y conste a medida descendía por la escalera las carreras las oía más fuertes y desesperadas, carreras ya no de hombres sino de niños. ¿Y qué te imaginas que descubrí al enfocar los pisos? Una tropa de ratas hambrientas que se perseguían unas a otras.

Al volver a mi cuarto dí gracias a Dios. Fue la primera vez que dormí de un tirón.

Otra noche sentí que alguien estaba forcejando las puertas de las bodegas. En esta ocasión, al pensar en la

vergüenza y responsabilidad de permitir robar en mis propias barbas, más resuelto corrí a vérmelas con los ladrones. Al pasearme entre los bultos y revisar los rincones, nada anormal noté, sí, no dejó de asustarme los fuertes ruidos que se sucedieron a mis espaldas, logrando averiguar que consistían en los crujidos que experimenta la madera al enfriarse por la noche después de ser calentada por el sol.

En otra ocasión que me encontraba escribiendo, noté que del cielo del machímbre me echaban puñaditas de tierra sobre el papel. En el acto dispuse averiguar el origen, colocando un cajón sobre esta mesa y sobre el cajón, una silla, descubriendo con la luz de la lámpara, que se trataba de carcoma desprendida de la madera podrida. Y en este orden fuí aclarando la falsedad de los espantos que asuela este caserón; en el fondo no son más que fantasmas creados por el mismo miedo, pero el colmo de la leyenda tenebrosa por poco me cuesta la vida una noche calurosa.

—¿Cómo fue?

—Para recibir la brisa del mar salí en payama a dar un ligero paseo por el corredor que da frente a la plaza en momentos que pasaban unos borrachos; todo fue verme y principiar a disparar creyendo que se trataba de un muerto; al sentir que por las orejas me silbaban las balas corrí a refugiarme a mi cuarto, haciendo ellos lo mismo, huyendo locamente por temor al "fantasma".

—Te agradezco la lección que me has dado.

—No es para tanto, Trisba, pero debes considerar que los hombres más valientes sienten miedo en circunstancias especiales, precisamente cuando les falta valor para analizar con serenidad ciertos fenómenos, unas veces; y otras para enfrentarse con resolución a espejismos proyectados por el estado de ánimo del mismo miedo.

* * *

Arafán se mostraba tan complacido con mi visita, que dispuso obsequiarme con una taza de café.

—¿Lo quieres con leche?

—Sin leche.

—¿Por qué?

—A la falta de leche debo mi salud.

Se echó a reír, y dijo: bueno, pero antes, para hacer hambre, tomaremos un trago.

Puso en la hornilla de gas un porrón de agua con clavos de olor y un panecillo de azúcar.

Tomó aparte dos vasos y les echó ron hasta la mitad, agregándoles una cucharadita de mantequilla.

Cuando el porrón daba el punto de ebullición, acabó de llenar los vasos con el agua hirviendo y a continuación los agitó y los sirvió.

El extraño coctel, bastante aromático, lo sentí agradable al tomarlo.

Después puso otro porrón con agua y polvo de café.

Mientras tanto cortó varias rebanadas de pan, las untó de mantequilla y las metió en el horno; una vez medio tostadas, las sacó para ponerles tajadas de queso amarillo, de buena clase y las volvió a colocar dentro del horno; derretido el queso, sirvió los tostados emparedados con rico café.

Como resultara de mi agrado la improvisada cena, le pregunté dónde había aprendido tantas cosas.

—¿No recuerdas que en mi juventud fui cocinero y cantinero?

—Recuerdo cuando trabajamos en "Letras Fraternales", pero ignoraba tus especialidades.

—Las circunstancias, querido.

—¿Qué circunstancias?

—De haber desempeñado la dirección de la Escuela de Moropocay siendo soltero. Allí en diez años aprendí el mayor aporte de mi cultura. No hay estímulo más edificante para el que desea aprender, que la soledad.

CAPITULO V

—BUENO, Arafán, hemos hablado de muchas cosas interesantes, pero no me has dado lugar a hacerte la principal pregunta que me ha traído a tu cuarto.

—Hazla, Trisba.

—¿Por qué abandonaste la Escuela de Moropocay habiendo demostrado tanta competencia?

—No la abandoné. La Escuela venía pidiendo mi separación en su carácter humano.

—Hablas como la Esfinge, con enigmas indescifrables.

—Bien; para separarme concurrieron muchas circunstancias que venía rezagando; durante diez años no disfruté de vacaciones; el tiempo destinado al descanso, como te lo dije anteriormente, lo ocupaba en orientar, en aconsejar en forma práctica a los agricultores, en mil minucias de la vida como la manera de preparar un plato especial en días de fiesta o del arreglo de una máquina de coser; no gozaba de ninguna distracción, salvo el deleite proporcionado por los libros que renovaba por cada correo. No me sentía hastiado, sino fatigado, con deseos de reposar, no con el reposo de la holgazanería sino del bienestar que proporciona al espíritu el cambio de trabajo. Debes recordar a propósito de mi agotamiento, las palabras de Wilbur A. Yauch: "El maestro discreto no es un proveedor de conocimientos, sino un guía para adquirirlos".

Así las cosas, los días y los meses pasaban y no me resolvía a dar el primer paso, quizás retenido por la fuerza

hipnótica del pedazo de tierra donde dejé un jirón de mi vida, hasta que una noche tropecé con un pensamiento envenenado que vino a determinar mi renuncia.

—Indudablemente ese pensamiento que logró cambiar el curso de tu trayectoria debe de estar cargado de dinamita.

—Precisamente. ¿Quiéres conocerlo?

—¡Claro!

—"Unicamente los sabios siguen instruyéndose. Los ignorantes prefieren dedicarse a la enseñanza".

Lo considero dañoso a mentalidades retrasadas, pero me extraña, con tu preparación hayas dejado sorprenderte.

—Toma en cuenta las circunstancias que concurrieron. Estaba atravesando un período de profunda melancolía, quizás ocasionado por el encierro, apartado durante tantos años del roce intelectual. Si es cierto que con el tiempo me di cuenta de la maldad que encierra y rectifiqué, pero ya era demasiado tarde para volver a la Escuela; mi vida la había inclinado hacia otros rumbos.

—Entonces ¿en qué consistió la rectificación?

—Al convencerme de no tratarse de ningún pensamiento sino de un sofisma.

—Te felicito. Perteneces a los hombres que tienen el coraje de rectificar.

—El hombre que no reconoce sus errores es un mentecato; nunca podrá traspasar con el pensamiento las puertas que conducen a la gloria.

* * *

—¿Y después?

—Me marché a la capital con el propósito de estudiar en la Facultad de Derecho.

—¿Lograstes progresos?

—Ni matricularme.

—¿Por qué?

—Indudablemente, mi estado de sensibilidad, que es innato en mi naturaleza, y a este detalle agrégole mi conocida honradez, dieron al traste con mi plan locamente trazado.

—Francamente, vuelves a expresarte con el enigma de la Esfinge. ¡Aclara, hombre, aclara!

—Tú sabes, Trisba, que desde la juventud nos tratamos; por consiguiente conoces que mi norma de conducta tocante a hombría de bien, es invariable. Pues bien, en los días que iba a ingresar a la Universidad, leí una cita de conocido tratadista acerca de algo que expuso Voltaire con respecto a mis propósitos.

—¿Qué dijo?

—"Reconocía que no había cosa más fácil para convertir un talento en un espíritu falso, como leer los jurisconsultos de Derecho Internacional".

—Ya son varios los pensamientos que me has recitado. Por consiguiente, es bueno que lo sepas, que toda esa belleza es interesantísima para leerla en silencio, para engañar al espíritu prometiéndole confites en el infierno, no para llevarlo a la práctica. Renunciar a una brillante carrera por la influencia de un prejuicio francamente es ridículo.

—No confundas las cosas, vamos por partes: para mí no es de gente honrada ejercer la abogacía en un pueblo paupérrimo. Si el abogado tiene su comida asegurada y es persona de acrisolados sentimientos, ennoblece su profesión; pero si carece del sustento y pretende prolongar su existencia o educar a los hijos, aunque tenga el corazón

bien puesto, para no morir de inanición tiene que vivir y morir con el estigma de perverso.

A fin de que la justicia resplandezca en toda su pureza, falta legislar para que los jueces y abogados tengan patrimonio antes de principiar a ejercer sus respectivos cargos previendo en los casos de pobreza, que el Estado se encargue de suministrarlo.

A diario se registran casos de abogados menesterosos que sin ningún escrúpulo defienden las dos partes en litigio.

También se observan algunos "milagros" de abogados sin conciencia, al pretender emular a Cristo en el asunto de los testamentos, **resucitando** muertos para oír la última voluntad del fallecido.

Un abogado pobre y digno, antes de cometer una fechoría prefiere morir con dignidad; pero estos casos se presentan uno por millar; en cambio, al profesional irresponsable no le importa legar un nombre embarrado de porquería con tal de satisfacer vicios y necesidades personales. Por consiguiente, amigo mío, la abogacía en nuestro pobrísimo medio, sólo conviene a los elementos tarados de antemano por el destino, ya que a los profesionales bien intencionados les hacen el vacío. Al renunciar a los estudios universitarios, no atinaba en qué ocuparme. Calle arriba, calle abajo discurrían los días.

Al fin, obedeciendo a mi espíritu de observación, me dí a la tarea de estudiar ciertos fenómenos sociales en el deseo de consultarlos en estudios futuros.

Aunque te parezca un anacronismo lo que voy a decir, pero es cierto que soy apasionado admirador del hombre en estado de borrachera lúcida. Habla sin rodeos acerca de lo que piensa y siente.

Con frecuencia veía a un chiquitín, que desde la mañana a la media noche ponía sitio al **Sapo con cola,** taberna donde tomaba mis alimentos.

Una noche, sin previa presentación —como lo acostumbran los ebrios— me espetó:

—¿Sabe, amigo, que la política y la sociedad tienen mucho de común?

—Ignoro su punto de vista.

—¡Qué punto ni qué coma!

—No le comprendo.

—Mire usted: en un baile de familia conocida, le robaron a mi hija su único abrigo; al líder del partido, mientras pronunciaba fogoso discurso en el seno del club, le sustrajeron la cartera. ¿Qué le parece? Al ciudadano no le queda más recurso para evitar el embarre pútrido que aislarse de las dos partes: de la política y de la sociedad.

—¿Entonces usted quiere decir, que debemos hacer vida de anacoreta?

—De acuerdo. Pero es necesario hacer una concesión: el día que la política hable con sensatez dejará de ser política para convertirse en cosa poco solicitada.

—Respecto a lo que ocurre en los círculos elevados, fíjese —a propósito— en la pareja que va por la acera de enfrente, el hombre tan fino con la señora. ¿Sabe quién es?

—No le conozco.

—Me gustaría que lo viera en su casa arrojándole los platos a la cara.

—Le tomé por un caballero.

—Un perverso que anda suelto. Debía de estar en presidio purgando su delito.

—¿Incendiario?

—No.

—¿Asesino?

—¡Peor!

—¿Algún ogro salido del averno?

—Algo más: es un explotador de desgracias, es el dueño de la casa de empeños.

—¿Y la mujer?

—Arpía enriquecida con el tesoro de la inocencia.

—No parecen lo que representan.

—¡Claro!, si pertenecen a la alta sociedad, baluarte de los escapados de la justicia.

—Y de ese viejo que se pasa en la esquina piropeando a las damas, ¿qué opina usted?

—Nunca un vejestorio debe lisonjear a una señorita en la calle, es ridículo.

—¿Por qué?

—Se siente ofendida. Cada edad tiene sus oportunidades y maneras.

—Se trata de un hombre acaudalado.

—Tanto peor: la ociosidad mata más que la diligencia; debe ocupar su tiempo en trabajar y no en hacer pantomimas.

* * *

Al día siguiente, muy temprano, con lo primero que topé en la taberna fue con el chiquitín. Al llegar vaciló un momento en reconocerme; luego reaccionó tendiéndome su mano de marqués que estreché como si ya le hubiera conocido años atrás.

—¿Cómo pasó la noche, don..., perdone, su nombre?

—Tarquí Arafán. ¿Y el suyo?

—Gratín Pascón. ¿Su profesión, amigo Tarquí?

—Estudiante.

—¿De qué?

—De costumbres.

—¡Somos colegas!

—¿También usted estudia?

—¡Sí, hombre; la vida!

—Entonces ¿por qué no concertamos un entendimiento, aunando nuestros pensamientos?

—Me seduce la idea. Posiblemente al sentar las bases espirituales podremos escribir un libro de argumentos para ofrecerlo a las casas peliculeras de norte América.

—¡Chóquele! No hay más discusión, de acuerdo.

Aparentando que éramos iguales en crápulas y estado civil le pronuncié un breve discurso: en relación con el maridaje, permítame una corta disgresión: al **pífano** se le considera de rancia alcurnia; sin la flauta, su compañera no podría vivir.

Así el tambor plebeyo, busca su consuelo en la voz de la trompeta para dar vida a su propia existencia, existencia de bajo fondo. Tanto en las cosas materiales como inmateriales, el estado homogéneo de los mismos elementos sirve para mantener el equilibrio de la naturaleza en el proceso del mundo, permitiendo a cada uno desenvolverse a su modo.

El perro con la perra.

Las flores con el polen.

La idea con el pensamiento.

Solamente el hombre nunca está contento con la mujer.

—Muy bien, señor Arafán; ya comprendo por qué usted también visita el **Sapo con cola.** ¡La taberna es un refugio cuando el hogar se torna en vida de perros!

Tocante a la norma que seguiremos, pienso, que los mejores centros de información los tenemos en esta clase de tugurios, mercados, barberías, estancos, zapaterías, pulperías, etc., etc.

Al contrario de los casinos elegantes, fuera del adulterio no se oye otra plática interesante, salvo cuando un nuevo rico altera el ritmo de los tragos al preguntar el número de ceros que lleva un millón. Aparte de estos detalles, lo restante es pura filfa.

—Muy bien, amigo Arafán. ¡Ya veo que nos entenderemos! ¡Y yo que le suponía un ebrio cualquiera! ¡Qué engaño!

—Lo de borrachín es cierto. Bebo porque soy profundamente católico, mejor dicho, humano. Bebiendo todos los días le doy material a la murmuración de mi calle que carece de medios para comprar el periódico.

—¡Soberbio, camarada!

—Ese vocablo me suena a ruso.

—De ruso sólo tengo la entretela del saco.

—Perdone que le deje. Voy a poner a letra de máquina la interesante plática que hemos sostenido como paso inicial a nuestro futuro libro: ¡Anda suelta la Imaginación!

—Lo felicito. Usted es hombre de armas. ¿Tiene en mente algo más?

—Pensaba darle una sorpresa, pero ya que me lo pregunta, aquí cargo los apuntes de una perogrullada indígena.

—Refiérala.

—Antes, deseo hacerle una aclaración: aunque me vea desde el amanecer en la fonda, tengo el cuidado de no desayunar con aguardiente sino con jugos. Para ello, todos los días paso por el mercado principal comprando frutas. Esta mañana al salir por uno de los portones laterales, me cortó el paso una indiota que vende tustacas, con inesperada pregunta:

—¡Señor! ¡Usted de las naranjas! Perdone, ¿es el famoso papelero?

Comprendí que me había equivocado con algún periodista; no obstante, por seguir la corriente, la atendí:

—Para servirla. ¿Cuántos libros quiere?

—¡Déjese de chistes! ¿Le pregunto si usted es el que escribe en papeles?

—¡Ah... vaya! ¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Con la esposa de Chico Mazorca.

—¿En qué le puedo servir?

—Pues, vea, señor, quiero que un papelero como usted se compadezca de mi pobre marido que se encuentra preso, pagando un delito que no debe.

—¿En qué motivos se basó el juez para cortarle la libertad?

—Ayer que le llevé el almuerzo no vi que le hayan cortado nada; pero como el hombre propone y Dios dispone, ¡quién sabe si a media noche le sucedió cosa grave! ¿Usted ha sabido algo?

—¿De don Chico?

—¡Claro!

—¡Qué voy a saber! Cuente el caso y sea breve si quiere que escriba en favor de su marido.

—Pues vea, señor: lo que pasó fue lo siguiente: vivíamos en el Portillo del Viento en compañía de nuestra única hija. Resulta que un mal nacido se metió de enamorado de María de los Angeles; ella no podía verlo ni pintado, pero el hombre necio la atalayaba en todos los rincones de la montaña, al extremo de que mi pobre hija nos comunicó sus temores de ser deshonrada el día menos esperado por el bandido. Nosotros alarmados le llamamos seriamente la atención, pero él metido en sus calzones se hacía el sordo, jurando que la María sería suya.

La última vez que Chico lo amonestó, respondió dándole un manotazo en el coyol del ojo.

—¿Entonces las cosas llegaron a encenderse?

—Así es. Pues esa noche que Chico andaba desarmado, no durmió de la cólera. ¡Parecía que iba a ahogarse en su propia saliva!

—Después, ¿qué ocurrió?

—Como a los ocho días, mi marido al regresar de la milpa, se topó con el indino rondando el rancho y al sólo verlo, ¡Jesús me valga!, le **"estregó"** la cara a balazos.

—¿Y lo mató?

—¡Qué va! El maldito murió; pero del susto.

—La felicito.

—¿Por qué?

—Los indígenas son abogados sin título.

* * *

—Como le prometí, ayer pasé en limpio lo platicado. Ningún lector podrá deslindar lo suyo de lo mío. Nos hemos comprendido dando los primeros pasos en firme. Muy bien: ¿qué más cuenta de nuevo?

—En la calle me encontré con el poeta Arsí. No le admiro tanto por sus bellos versos como por su coraje, si coraje se entiende rechazar el pan que se da como limosna.

—Figúrese, que al ver acercarse las sombras de la noche, ¡se estremece de espanto!

¡No tiene dónde ir a dormir!

¡Pero al despuntar la aurora, con las primeras claridades, se estremece de gozo...!

Aunque descarta la posibilidad de comer, se embebe con el radioso espectáculo del sol viajando entre la neblina de las nubes bajo el intenso azul tropical.

El alcalde, al verlo demacrado y taciturno, le ofreció la plaza de escribiente en la secretaría municipal, ofrecimiento que rechazó con suavidad, casi con ternura.

Su actitud hizo que el funcionario, le preguntara: hombre ¿por qué no acepta? ¡No ve que se está muriendo de hambre!

—Porque escribano, señor Alcalde, es sinónimo de sirviente; yo soy un poeta humilde, y ¡no aspiro a tanto!

* * *

—¿Dígame Arafán, ha oído decir de tal palo tal astilla?,

—Sí, ¿por qué?

—El temple del poeta Arsí es herencia de su noble padre. Le traté días antes de morir, en un pueblo cercano. El aire de aquel hombre denunciaba fuerza, carácter, independencia. En el distrito se le odiaba y se le temía; tal vez porque nunca robó ni mató. Por un sentimiento de admiración indagué sobre su vida.

—La mayor parte del tiempo lo pasa en la cárcel —dijeron.

—¿Criminal?

—Un maniático, señor. Nunca ha pagado los impuestos que exigen las leyes del Estado.

—¿Qué alega en su favor?

—Que al pagar se volvería cómplice de los ladrones que promulgan esas leyes.

—¿Se le conocen otras maldades?

—Muchas. No da limosnas, no asiste a entierros; no va a las procesiones; es un hombre insociable.

—Cuando no está tras las rejas, ¿qué hace?

—Labra la tierra.

—Pobre: es una brasa ahogada entre las cenizas de la escoria del medio.

* * *

A la semana de sostener pláticas con el borrachín, desperté a la realidad; comprendí que era necesario buscar ocupación lucrativa a fin de hacerle frente a los gastos personales ya que los ahorros estaban mermando vertiginosamente; no quería verme sin un centavo, en el estado deplorable de los intelectuales que tuve la dicha de tratar; daban la impresión de desventura tal el pobrísimo aspecto, sin la menor esperanza de ganarse honradamente un pan, no porque faltaran modestas colocaciones, sino debido a la tiranía del medio, siempre hostil e indiferente a los que sobresalen del nivel de la gentuza entorchada.

Y a propósito, me pregunté: ¿por qué la República aquí o en las antípodas no protege a los hombres que son orgullo de los países civilizados?

Parece que una maldición pesa sobre inventores, artistas, escritores y poetas; para hacerles justicia se espera que estén podridos en la fosa; el público voraz, goza en verlos lentamente morir de hambre.

Es indudable que todo aquel que ha nacido con una llamita inspiradora en el corazón, **necesita para subsistir, medios de vida independientes a su profesión;** a falta de

esos medios se requiere el aliento práctico de sociedades culturales o la protección del Estado, pero de una protección que no signifique favor sino honra para el mandatario que tenga claro concepto de apreciación; es decir, que sepa clasificar a los individuos que son una carga a la nación, de los hombres que dan brillo y prestigio al país.

Yo, ya temeroso de la mala compañía, en previsión de atajar malas consecuencias, dije adiós para siempre a Pascón. Era preciso obrar con juicio, evitar el espectro de los sinsabores. Inquieto me fui a mi cuarto, a consultar con la almohada. Por la noche recordé la buena amistad que siempre me había ligado con mi antiguo profesor el Doctor Cuerda Floja, director de "La Frente del Día", diario que salía con la aurora.

Dispuse visitarlo y solicitarle trabajo.

Aunque yo carecía del entrenamiento que demanda el diarismo, me sentía alentado por la buena acogida que en épocas anteriores tuvieran mis escritos en las diferentes gacetas, especialmente en "Letras Fraternales", revista que él redactaba. Si es cierto que ignoraba las disciplinas de las redacciones, en cambio, mi diario entrenamiento en la soledad de la escuela sobre variadísimos temas, me capacitaban, tenía confianza en mí mismo. El hombre que pierde la fe se torna vulnerable a los fracasos.

Cuerda Floja me recibió con vivas muestras de cariño. Al exponerle mis propósitos, se mostró amplio, proporcionándome en el acto que eligiera el nombre de la columna que diariamente llenaría como cronista de "La Frente del Día".

Cuando rápido le respondí que la bautizaría con el título "La Tusa de Fregar", gritó entusiasmado: ¡Maravilloso! ¡Maravilloso! Pero te haré —prosiguió—, la siguiente advertencia: tú eres hombre de talento. Por consiguiente, no quiero que vayas a pontificar. El periódico no es órgano

del director ni de los redactores: está al servicio del público que paga. Debes hablar como periodista, no como profesional; quiero decirte, que como tu fuerte es la Pedagogía, escribe sobre Pedagogía cuando sea oportuno. Los profesionales tienen el defecto si trabajan en alguna Redacción, de hablar en términos de Esculapio si son médicos; de ángulos y triángulos, si Ingenieros; si abogados, no se cansan de remachar con el Derecho Internacional; y si políticos ¡Dios nos libre! Sin motivo alguno a cada plumada sacan a bailar al candidato de sus simpatías. En este orden fatigan al lector. Tú debes hablar sin cansar la conciencia del público que con heroica prudencia, resiste hasta cierto grado las impertinencias literarias; exprésate con claridad e imparcialidad de los asuntos que a simple vista parecen sencillos o de los que atañen la vida de la República, siempre en tono desprovisto de dogmatismo, en lenguaje variado para que resulte ameno. En conclusión, no quiero que le dés mucho vuelo a los sucesos palpitantes, sino a los interesantes.

Algo nervioso, solamente me atreví a hacerle las siguiente preguntas:

—Ruego decirme, doctor, si alguien me sale al paso con una colaboración para el diario firmada con seudónimo ¿la acepto?

—¡Claro!, si el seudónimo es tan conocido como Voltaire o Azorín.

—¿Y si se trata de una dama que por su rubor oculta su nombre?

—¡Claro! Por cortesía pasar el trabajo a las cajas con título especial, que diga: caricaturas en prosa.

—¿Irónico tu jefe?

—Y de mal fondo, como adelante lo explicaré.

—Pero bien, Arafán, con el cúmulo de datos has disertado de lo lindo; concreta con ejemplos el fondo de tu columna.

—Pormenorizar, Trisba, sería tarea de no acabar. Voy a darte en dosis sustanciales, una clara idea de los temas tratados en **"La Tusa de Fregar"**. ¡Hace tantos años! que apenas rememoro los que dejaron historia. Recuerdo muy bien mi primera crónica que provocó disgustos entre intereses creados.

En aquel entonces como hoy, todo mundo se mostraba inconforme con la vida de fatigas y privaciones. Recogí del ambiente la angustia general y dije a propósito:

—Mientras los expertos sean los encargados de arreglar las cosas de los hombres, el mundo siempre andará mal.

—¿Qué te indujo afirmación tan atrevida?

—No, Trisba, no la considero atrevida. Es la pura realidad, realidad hecha grosería. Fíjate —por ejemplo— en las quiebras de las casas de crédito, en los abusos e irregularidades de cualquier institución con personería jurídica o en los atracos al Estado; para enmendar la plana se nombra una comisión del caso, a fin de investigar y sancionar. Y al final, ¿qué sucede? Que el papeleo se archiva sin haber aplicado ningún castigo y menos sentado precedentes con miras de hacer ambiente a un futuro saludable, porque los encargados son coyotes de la misma cofradía. Y si se trata de implantar justicia, ¡Dios nos ampare!, los jueces al servicio de la prosperidad individual, únicamente necesitan inocentes para sostenerse en el cargo y así la ley tenga razón de existir.

Como dejo dicho, este sencillo comentario suscitó amargas murmuraciones, cosa que no gustó al director. Desde ese momento comprendí que mi situación no sería duradera; me consideré en el aire; al primer huracán me vendría al

suelo, pero haciéndome el desentendido, al siguiente día volví a la carga.

—¿Con tema de la misma índole?

—No, Trisba; me referí a la corrupción de los hombres del mañana, diciendo: la juventud actual es una letra a plazos; muchos la descuentan valiéndose de la disipación, anticipándose en dos tercios de vida, cuando se anda con dicha, para forzar el encuentro con la muerte.

El director, al leer los comentarios, desarrugó el entrecejo, excitándome a que continuara con el mismo filón. Algo aliviado de la zozobra, proseguí: vivimos en la época de los fracasos, ha llegado la hora de la reacción humana, es decir, que debe primero principiar la vejez, después la juventud.

—Lo dicho, Arafán, ¿no te parece una paradoja?

—Lo es, pero es una paradoja que tiene solución, solución que está en saber encontrar el camino.

—¡Qué raro! Por no decir extravagante.

—No, Trisba; con el nuevo sistema, la vida se tornaría en eterna primavera por las bondades que ofrece en sus diferentes etapas. Sólo así la juventud ganaría beneficios al posesionarse de las buenas maneras del hombre civilizado, respetado por la sabiduría de la ancianidad. Unicamente atendiendo a mi vieja tesis, la corrupción endémica de los jóvenes del porvenir, desaparecería en un cambio insólito invirtiendo el proceso de la existencia.

—Dime, Arafán, me has hablado de tantas publicaciones, unas con cabeza y otras sin ella, ¿no te causaron ataques personales?

—¡Claro! una noche que me encontraba en el Café Pierrot tomando una naranjada, entró el poeta Coliflor haciendo x, acompañado de otro sujeto desconocido para mí,

de porte y maneras pedantes. El poeta, al pasar frente a mi mesa, aprovechó la ocasión para presentármelo, diciendo entre otras cosas, que yo era uno de los talentos más vigorosos del país, de pluma brillantísima, admirado en los cuatro costados del mundo. El desconocido después de escuchar la sarta de disparates, me preguntó en son de burla:

—¿Siendo usted un escritor que vale tanto, por qué nunca lo he visto en el casino?

—¡Ah... señor mío! Coliflor le ha mentido; yo soy un hombre pobre y no aspiro llegar a esas alturas.

—¿Por qué?

—Mis condiciones económicas me obligan a tratar únicamente a los hombres de talento.

El amigo del poeta, aunque ebrio, se sintió tan ofendido con la respuesta, que sin decir agua va, me arrojó una silla; al verla venir me agaché y fue a estrellarse a las espaldas de una honorable dama que estaba comiéndose un emparedado. El golpe recibido fue tan fuerte que la pobre señora arrojó la comida vomitando a la vez el café en la pechera de la camisa del marido; éste, al ver a su esposa arrojando hasta los restos de la cena anterior, se levantó iracundo, devolviéndole la misma silla, logrando derribarlo del impacto. Yo, ante la inesperada agresión, me apresté a la defensa, pero las cosas no pasaron a más, gracias a la intervención de otros parroquianos.

Al final, el matón como un desahogo, me gritó en presencia de las personas que me rodearon:

—¡Ya te conozco mona vieja! ¡Vos no sos más que un payaso literato!

—Cierto, pero a lo gitano, con mi perro de circo.

Debo advertirte, que estos detalles no son más que ligerísimas reseñas de los escarceos indómitos, unas veces,

y diatribas con piel de oveja, otras, elevados diariamente a mi columna **"La Tusa de Fregar"**.

Guardando mucha compostura proseguí con el beneplácito forzado del director y aplauso sincero del público que materialmente devoraba mis escritos.

—Así lo comprendo, Arafán.

Por la tarde, Cuerda Floja con el ceño arrugado como velado indicio egoísta por mis éxitos, me llamó aparte:

—¿Y no se te ocurre algo más novedoso?

Con el índice me tamborié la frente para responder de manera enfática:

—¡Aquí, en el seso, tengo ideas revolucionarias que estremecerían la opinión de los dos mundos si llegaran a conocerse!

—¿Por qué no las das a luz?

—Por temor de ir a desquiciar la posición conservadora que sustenta "La Frente del Día".

—Concreta y veremos si conviene o nos defraudas con tus bellas promesas.

—Se trata de escribir la misma nota social o política en dos formas distintas, pergeñadas por la misma mano. La primera sucinta, amoldada al ambiente, impecable en el tono, de conceptos altamente respetuosos, justicieros; y la segunda, haciendo resaltar vicios, lacras del medio, embusterismos y sobre todas las consideraciones, destacar con letras visibles la crasa ignorancia.

—Hombre, no sería malo probar. Asiste mañana al Parlamento y debuta con tu nueva creación.

* * *

En la sesión celebrada por los señores representantes del pueblo se trató del llevado y traído asunto de la instalación de tranvías eléctricos.

La empresa Próspero Bambita y Cº se compromete en el término de un año, sustituir los actuales movidos por tracción animal, por fluído eléctrico, como uno de los mejores aportes al progreso capitalino.

Sometida la concesión a su último debate al parecer de los señores diputados, pocas veces el destino nos había deparado la interesantísima oportunidad de pesar en todo su valor a cada uno de los representantes; sin que se nos vaya a tachar de hiperbólicos, nos place afirmar que se trata de la gente más ecuánime con que cuenta el país. ¡Ya quisiera la cámara francesa donde se agarran a la greña por simples soberanías territoriales, tomar de modelo al Parlamento nuestro! Aquí todo problema se dilucida observando una sapiencia de hombres versados en los grandes conflictos que afectan los riñones de la República.

Nuestros parlamentarios son ciudadanos sin tacha. Está en sus manos tomar las entradas del erario público y no lo hacen, porque sobre los intereses personales, están los sagrados de la patria.

Al hacer uso de la palabra los voceros de los Departamentos de La Burrera, Atascadero y Zompopera, se mostraron más allá de la altura que marca el patriotismo, se elevaron en sus concepciones hasta llegar frente al Rostro Divino de Dios, oponiéndose vigorosamente a la concesión, alegando entre mil motivos, el constante peligro que ofrecería a los transeuntes tender en las calles alambres de alta tensión, llegado el caso de fundirse o reventarse; también hicieron presente de manera juiciosa, sin apasionamientos, otro grave peligro, el de los cortos circuitos e incendios que provocarían las gallinas de vecindario al volar y posarse sobre los alambres.

A continuación los diputados de La Chanchera, Chivera y Corral de Piedra, apoyaron a sus colegas en sus puntos de vista, agregando que el público se mostraba contento

con los actuales; que más valía viejo conocido que nuevo por conocer.

El representante de Sapera pidió la palabra para llamar la atención de la secretaría, diciendo que consideraba agotada la discusión y urgía practicar la votación.

La secretaría atendiendo las razones expuestas, sometió la concesión a la consideración de los miembros de la asamblea, haciéndoles ver que consignaría sus nombres, a fin de que más tarde la historia supiera quiénes en la memorable sesión estuvieron en favor o en contra de los intereses patrios.

—La votación, señores diputados —dijo el secretario—, versará sobre dos extremos: en favor o contra la concesión Bambita y Cº

Al hacerse el recuento, únicamente se observó la voz discordante del honorable presidente de la Cámara, quien votó en favor de la concesión, el resto, en contra. Por consiguiente, fue desechado el proyecto de instalar tranvías eléctricos en la ciudad capital.

Nuestras felicitaciones a los representantes del pueblo que supieron interpretar el sentimiento general.

Cronista Nº 1.

* * *

Contadas, contadísimas veces asistimos a las sesiones del Parlamento, ¡se oyen tantas burradas!, que sentimos vergüenza nacional, verdadera indignación y a solas nos preguntamos: ¿por qué el Ministerio de Educación Pública permite que los representantes del pueblo vengan a la asamblea antes de haber cursado la primaria? Pensamos que los señores diputados no tienen por qué apenarse concurriendo con unos veinte años de anticipación a escuelas nocturnas y después, ya desbastada la parte bruta, lucir sus habilidades en el augusto recinto.

En la sesión a que nos estamos refiriendo se analizó el asunto de los tranvías eléctricos, tan atacados por la prensa de corte provinciano. Si se hubiera tratado de quitar el Picacho de su sitio y trasladarlo en peso a Toncontín, muy bien la oposición, el cerro nos defiende de los fuertes vientos y hasta de los huracanes que de cuando en cuando nos pela los dientes, pero oponerse a una reforma altamente progresista, implantada en todas las ciudades civilizadas, da la medida de la mentalidad que priva en la Cámara.

Si las discusiones del congreso no traspasaran los límites capitalinos, en hora buena, las porquerías en casa, pero tómese en cuenta que las actas se devoran en medio mundo para recreo de estudiantes o sirven de entretención a gentes cultivadas, gente que por su seriedad no asisten a pantomimas.

¡Todavía me resisto a creer lo que escucharon estos oídos que se va a comer la tierra!

Nada menos que el diputado por Chanchera gritó a todo pulmón, que eso de innovaciones era un viejo caballo de batalla de los vividores que van al extranjero a copiar cosas que no se ajustan a nuestro modo de ser; que los tranvías eléctricos ofrecían muchos peligros sin perspectiva de no dejar al Estado suficientes entradas para remediar los males que le esperaban a la ciudadanía. ¡Votaré en contra!, desbarró. El orador, orgulloso de su verbo, fue ruidosamente aplaudido por sus colegas de la Ciénega, Lodo Prieto y Pan de Jabón.

Le siguió en el uso de la palabra el representante de Bramadero:

—"¡Todo lo dicho por mis compañeros es digno de fijarlo con caracteres luminosos en las páginas de la historia; pero lo más esencial han olvidado los colegas. Si nosotros aprobáramos la concesión de los tranvías, de un solo palo mataríamos la industria de la crianza de mulas de Pespire, plaza que

abastece a los actuales movidos por tracción animal. Por consiguiente votaré en contra!"

Pero el colmo de la miopía estuvo a punto de culminar en balacera en momentos que el secretario estableció los extremos de la votación: por la concesión a favor o en contra Bambita y Cº

Todos votaron contra, menos el señor Presidente de la Cámara. Este fue el instante crítico; los representantes que ocultaban sus pistolas prendidas de la correa sobre el trasero, se las halaron hasta el centro del ombligo, como un reto al que se había atrevido a votar "contra" los intereses de la Patria.

El Presidente, como medida salvadora, levantó la sesión y salió a la calle por la escalera de los criados, más corriendo que andando.

¡Cómo exhiben al país los llamados Padres de la Patria!

Pero haciendo honor a la verdad, ellos no son del todo responsables; son los que obedeciendo a conjuras políticas no les importa que el recinto sagrado se convierta en establo cada primero de enero.

Cronista Nº 2.

Al aparecer las crónicas, el director me dijo a solas:

—Ve, Arafán, aunque es mentira convencional lo que dices en la primera crónica y cierto en la segunda, vamos a suspenderlas para mejor ocasión. Continúa como antes.

* * *

Aunque no me sentía seguro en mi cargo, sí deseaba conquistar el mayor número de suscriptores porque en ello iba envuelta mi reputación; sembraba para el mañana. Por consiguiente, no daba reposo al músculo ni a la inteligencia por captar la noticia interesante, no palpitante como me lo

había recomendado el jefe; fuí al hospital a hablar con un hombre materialmente sacrificado por las mordidas de un perro, al parecer rabioso, en forma desconcertante.

Al cambiar las primeras palabras con el paciente e informarle que yo era autor de **"La Tusa de Fregar"**, el enfermo se incorporó algo entusiasmado:

—Usted es el único cronista honrado y valiente que sabe decir la verdad de los sucesos; estoy a su disposición.

—Es el deber del periodista que no entiende de chantajismos.

—Lo comprendo —respondió con acento firme—. Y para ahorrarle tiempo le voy a contar mi historia singular: ando en los veinte años y hasta hoy, en esta sala de enfermos, he tenido tiempo de reflexionar profundamente, deduciendo de todos los actos de mi vida, que a este mundo vine tarado.

—Posiblemente está sufriendo alguna depresión nerviosa para externar estigma tan pavoroso.

—No señor; no hay tal depresión. Sucede que la sacudida nerviosa que sufrí fue tan brutal, que me despertó a la realidad: al fin he logrado encontrarme a mí mismo. Si duda, escuche mis conclusiones: varias veces he intentado quitarme la vida sin motivo que merezca una explicación. quizás obedeciendo a un llamado de mi trágico ancestro; mi hercúlea juventud y asistencia oportuna, en tales ocasiones, me han salvado la existencia.

Una vez restablecido, en pleno vigor volvía a renacer en mi espíritu desesperado, la terrible idea del suicidio, como si una maldición pesara sobre mi pobre humanidad.

La última vez salí de mi casa con el firme propósito de arrojarme de cabeza del puente más elevado de la ciudad.

Caminaba abstraído, con paso incierto; no oía ni determinaba las personas ni las cosas; iba tan resuelto a quitarme

la vida, tan fuera de este mundo, que al pasar por el **callejón del infierno** no reparé en un perro feroz, que se encontraba echado y le machuqué la cola; el animal al sentirse lastimado, me atacó, yo que andaba poseído del suicidio lo recibí a patadas; el perro antes de amilanarse más se enfureció, lanzándose con furia salvaje; en un decir ¡Jesús me valga! me mordió varias veces, logrando de una tarascada arrancarme un bocado de carne de la pierna derecha; en su loco afán de acabar conmigo, parecía que me buscaba las entrañas al reventarme de un mordisco la faja de los pantalones; frenéticamente bailaba alrededor mío buscando mis partes vulnerables, consiguiendo desgarrarme una nalga. En mi desesperación ya no pensaba en el suicidio sino en quitarme la fiera de encima; todo ensangrentado, tuve alientos de darle en el hocico los últimos puntapiés y el animal como poseído del demonio, me clavó los garfios en el botín y no sé cómo los colmillos los introdujo en los ojetes; al dar el tirón, rasgó el zapato dejándome descalzo de un pie. ¡Era un lobo incontenible! Volvió a la carga y con furia rabiosa saltó dos o tres veces buscándome la cara; al meterle las manos, de una dentellada me arrancó este dedo que usted ve vendado. Entonces, fuera de sí grité, grité angustiosamente pidiendo socorro, saliendo dichosamente una vieja por un angosto pasillo que al verla venir daba la impresión de grieta andando, tal su figura larga, arrugada y sucia; imperiosamente, con talante militar, lo llamó: ¡Nerón! ¡Nerón!, y el perro al sentirse sujeto con la voz del ama, se aquietó un instante, instante que aproveché para escapar renqueando a pasos largos, dejando tras de mí un reguero de sangre. ¡Había que ver la valentía en plena fuga!

—¿El can estaba rabioso?

—No, señor. Estaba con el demonio; pero bien, nadie podrá creer que yo, caminando resueltamente a descalabrarme, un pinche perro me haya frustrado las intenciones para beneficio mío, según lo reconozco después de profundas meditaciones. ¡Sólo Dios sabe porqué permite estas

cosas! ¡Temo que si las gentes se dan cuenta, se burlen de mí por el inesperado final!

—Yo no lo creo así. Su caso es de lo más interesante que conozco en el curso de mi vida.

—¿Sinceramente así lo piensa usted?

—Lo que usted ha narrado es digno de estudio, de averiguar hasta dónde llega el Poder del Miedo sobre el Poder de la Muerte; me refiero a esa resolución del pánico de salir al encuentro de la muerte para arrebatarle a una víctima.

* * *

Días después del suceso descrito, que tanto gustó a los lectores, tuve un serio disgusto con el director por haber glosado un asunto religioso.

—¿Tan grave sería?

—Nada de injurias. Sucede que el clero, posiblemente obedeciendo a una consigna, evade determinados razonamientos, mostrándose silencioso ante la claridad de los hechos cuando esos hechos están en pugna con su modo de pensar. El disgusto del jefe vino por haber comentado un cable fechado en Roma, dando cuenta de solemne canonización, en la forma siguiente: no estoy de acuerdo en llamar santo a un desaparecido que se pasó la existencia torturándose las carnes, haciendo ayunos y orando por la redención de sus hermanos descarriados.

Tiene su mérito en alto grado consagrar la vida a la penitencia, pero tan nobilísimo atributo no lo considero suficientemente consistente para que a un atormentado que veló día y noche por la salvación espiritual de los pecadores de la misma grey se llame santo. Yo llamo santo al hombre de ciencia que sin esperar ningún Paraíso envejece en los laboratorios hasta lograr descubrir una panacea de

aplicación universal. ¡La gesta abnegada del médico es más elocuente que la meritísima de muchos santos!

Llamo santa a la física que descubrió el radium, tumba del cáncer o a los científicos que en los actuales momentos han conquistado para la humanidad los maravillosos antibióticos, medicamentos que para surtir sus beneficiosos efectos no reparan si el paciente es católico o ateo; budista o mahometano. Los antibióticos, por ejemplo, son como Dios: a todos protegen sin distinción de razas ni credos. ¡Viven como antorcha encendida en las encrucijadas de la vida!

—A tu parecer, Arafán, ¿con qué nombre genérico se conocerían los santos?

—Mientras se deslinda la posición celestial de los que pertenecen a la Iglesia de los consagrados por la Ciencia los llamaría Gloriosos Benefactores Espirituales. Sí, debo advertirte, no sé por qué al Todopoderoso se le ha escapado establecer en el cielo una casta militar entre los grandes esforzados del cristianismo. Los apóstoles Juan y Pablo merecen el ascenso de Generales en recompensa a sus desvelos; sus devotos no los dejan ni dormir el séptimo día, día de descanso, forzándolos a permanecer atentos a los llamados de sus infinitos pedigüeños; otros mártires merecen el grado de coronel, comandante, capitán, etc.

—Pienso que en el cielo no existen categorías; o se les asciende a todos a generales o no se les mezcla a nada que huela a fusil.

—No dejas de tener algo de razón, pero me explicaré: en el escalafón —por ejemplo—, yo haría aparecer a San Eutiquio de simple cabo. Es un santo que nadie lo molesta, pasa ignorado, carece de limosneros; ningún católico por ferviente que sea se acuerda de él, no obstante de ser uno de los ungidos más influyentes por el hecho de ser el principal cocinero de Dios.

—¿Y qué comen los santos?

—Pan con miel; pero no me interrumpas; San Eutiquio como vengo diciendo, de bella historia humanizada, todo el tiempo (aunque esté ocupado) lo pasa orando a fin de encontrar fórmulas nuevas para condimentar el plato especial que diariamente —como única distinción— se sirve al Señor. Y gracias a Dios que la ignorancia católica desconoce el valor de sus altísimos merecimientos al confiar en sus manos el buen apetito del Ser Supremo, logrando sin salir de la cocina vivir en paz dedicado a sus quehaceres. ¡Dichosamente la sabiduría barata no lo ha descubierto! De lo contrario, lo ponen de moda. En cambio a otros Apóstoles no les permiten los feligreses tomar el escaso desayuno, tal la impertinencia de los interesados adoradores. Esta es la razón, para pedir el establecimiento de categorías militares en el cielo. Aunque reconozco, no me incumbe meterme a proponer insinuaciones de carácter divino, lo hago con el corazón en la mano de contribuir con mis luces a engrandecer más el reino del Todopoderoso. Mi pasión cristiana puesta en la Providencia, no me invalida echar un cuarto a espadas. El sabe escuchar y juzgar como nunca lo podrá hacer la flamante Corte de Justicia Internacional que pretende emularlo. Y a propósito, te referiré algo interesantísimo: en los barrios bajos de mi pueblo la viuda del doctor Torniquete poseía un solar baldío, permitiendo construir en el predio, sin pago de alquiler, un rancho a la familia Clavija, gente de pésima reputación que vivía de robos y del chantaje. Al levantar la casucha de mala muerte la habitaron sin molestia hasta que se extinguió el último Clavija.

La viuda era una mujer muy rica que padecía de la monomanía de las docenas: a los curas regalaba docenas de balandranes; docenas de cortinas y candelas de cera de Castilla a la Iglesia; docenas de onzas de oro a la Virgen de los Desamparados, aparte de las docenas de botellas de vino de consagrar a los más tragones. En fin, la viuda go-

zaba del prestigio de ser una mujer piadosa. Todos los domingos comulgaba, distribuía centavos a los pobres y favorecía a los enfermos. Unicamente se le reprochaba en su vida cristiana, prestar dinero con intereses onerosos que más bien las víctimas calificaban el favor de atraco.

Cuando murió, todos los conocidos pensaron, que en atención a sus dádivas su alma iría derechito al Paraíso, pero no sucedió así. Y en esto estriba la grandeza de Dios: no tomó en cuenta los regalos y limosnas que hiciera a la iglesia, producto de la usura; premió a la viuda por el acto humano de haber permitido a una familia perversa levantar un rancho en su solar baldío y a la vez castigó sus perversos pecados.

—Esa historieta, Arafán, tiene sus altos y sus bajos; pero estás alargando un tema espinoso que pocos individuos se atreven a mencionarlo por el irrespeto en que se puede caer con nebulosas apreciaciones. De milagro estás contando el cuento. Te expusiste a perderlo todo solamente por darle rienda suelta a tu afiebrada imaginación. No es posible sustituir nombres aureolados por los siglos por otros no acordes con la fe cristiana. Y eso de categorías militares en el cielo ni lo vuelvas a repetir; ¡es una blasfemia!

—No estás en lo cierto, Trisba; cuando la razón es incapaz de hacer comprender a la terquedad, esa terquedad a través de los siglos se convierte en fósil, necesitándose para destruirlo la pica de la palabra revolucionaria.

—Terquedad es la tuya, terquedad de indio marrullero.

—Cuando los mestizos no encuentran palabras adecuadas para defenderse, se salen por la tangente del indio, echándole encima toda torpeza, hablando siempre despectivamente de él. ¡Si supieras que el indio se hace el tonto precisamente porque es más inteligente que el hombre blanco!

—¡Pruébalo!

—¿Conoces el caso insólito del indio que se burló del diablo?

—No, refiérelo.

—A dos kilómetros de Talgua, camino de Santa Rosa de Copán, se encuentra una piedra alta como de veinte toneladas de peso; toda su base es plana, circunstancia que le ha permitido permanecer en el mismo sitio, de no haber avanzado ni una pulgada a través de los milenios.

La piedra es famosa en el occidente del país por ser el lugar de cita de los vecinos del lugar y de otras regiones que quieren empautarse con el diablo. A cambio de enriquecerse entregan en vida su alma al rey de los infiernos.

Pero una vez un cacique más listo que el mismo Lucifer tuvo la primera entrevista con él. De la plática dedujo Satanás que la adquisición del cacique le sería ventajosa por la posición del jefe de la tribu y no puso reparo en las condiciones. Acordaron el primero le daría todo el oro que quisiera y el segundo entregaría su alma y las de su parentela, por lo pronto.

Al siguiente día volverían a reunirse después de las doce de la noche, con la precisa condición de verse, en caso de atraso, antes de que amaneciera, antes de que cantaran los gallos saludando el advenimiento del nuevo día.

El indio lo esperó largas horas. De pronto vió un bulto que se movía penosamente entre las sombras del follaje: era Lucifer que venía cargando enorme saco lleno de onzas de oro; al aproximarse, el indio se ocultó tras la piedra y no se sabe cómo hizo para que en esos momentos cantara un gallo que tenía escondido. El diablo, indignado por la mala jugada y creyendo que la aurora lo sorprendería haciendo tratos diabólicos, con violencia arrojó el saco, rodando las monedas por el suelo; lleno de ira le pegó una

patada tan fuerte a la piedra que como cañonazo se oyó a varios kilómetros de distancia, a la vez buscó a tientas al indio y al no encontrarlo arañó el promontorio, arañazos que parecen manotadas de un desesperado, de alguien que pretende atrapar a todo trance cualquier cosa. La piedra que pateó el diablo presenta hundido el pie izquierdo, de veinte pulgadas de largo por trece de ancho; los arañazos parecen huellas de tigre gigante con garras de acero.

—Ahora; Trisba, ¿dime si conoces algún blanco capaz de emular hazaña sin precedente como la del indio de mi historia?

—Hombre, Arafán, me doy cuenta de estar pecando con sólo escucharte; no quiero oír más sobre el mismo asunto. Cambias de tema o me marcho. ¿Por qué no cuentas de una vez las consecuencias que te salieron al paso en el enredo de los antibióticos y los santos?

—Bien; el clero me hizo una guerra sin cuartel. A las veinticuatro horas yo era hombre al agua. Cuerda Floja que vio venir la tormenta, antes de desatarse se congració con los inconformes dejándome cesante. Esta ocasión la buscaba y al presentarse la aprovechó.

Yo ante su reprobable actitud, le reclamé su falta de solidaridad, especialmente el encargo que tantas veces me hiciera de ocuparme de los sucesos interesantes, no palpitantes; él, con el mayor cinismo alegó:

—Al darte trabajo pensé que estabas posesionado del medio; que no escribirías al pie de la letra mis indicaciones.

—¿Y por qué esos temores viviendo bajo régimen democrático?

—Ese es el error. Todavía nos vemos bajo el ala patriarcal y las cosas deben tratarse en familia, sin herir susceptibilidades.

—¿Entonces los diarios no tienen razón de existir?

—Sin el timo de los periódicos no tendríamos galillo para gritar: ¡Viva la libertad!

—Perdone, pero su explicación no me convence.

—Ya te convencerás a medida te vayan faltando ojetes en la faja del pantalón para apretarte el estómago.

* * *

—Aunque ya no trabajas en el diario, a tu modo de entender, ¿qué sacaste en claro respecto al negocio de prensa en el país?

Por lo que me he dado cuenta no sólo en "La Frente del Día" sino en otras publicaciones, los fracasos se deben **exclusivamente** al hecho de subestimar el cargo de administrador, quien debe ser una persona más inteligente y más dinámica que todo el personal de redacción.

—¿Por qué lo piensas así?

—Un periódico mal escrito y bien administrado, se sostiene; un periódico bien escrito y mal administrado, fracasa; un periódico bien escrito y bien administrado, es negocio.

BIBLIOTECA CENTRAL
COLECCION HONDUREÑA
1847

CAPITULO VI

COMO no podía pasar de holgazán las horas del día, se me ocurrió abrir una cátedra pública en **«Pelo y barba»**, la barbería más concurrida de la población.

—¿Por qué preferiste un taller?

—Las barberías, Trisba, están consideradas como los mejores centros de información; diariamente son visitadas por zapateros y diplomáticos; por carpinteros y doctores; por albañiles y banqueros; en fin, por la broza de buena y mala ley que forman la estructura de la población. Esos talleres no deberían llamarse barberías sino termómetros humanos. Allí se publican chismes, se elevan o destruyen reputaciones, se incuban las chinches y se despelleja al Gobierno; se lleva cuenta exacta de las ganancias y pérdidas de medio mundo. Por mucho que se haga por mantener encerrado un secreto personal o de carácter político, en las barberías se forja la llave maestra para ponerla en circulación. Con tiempo y extensa explicación expuse mi plan al propietario del taller. El acuerdo sólo contenía una condición: él se comprometió a cobrar el doble a los parroquianos los días de tribuna; yo, a prolongarla a fin de aumentar el número de los rapados.

—¿Por qué fijaron el doble, violando la tarifa ya establecida?

—El se daba por satisfecho con la mayor afluencia de clientes y a tu servidor le correspondía la diferencia como pago de su trabajo. ¡No podía vivir del aire!

—¡Ah... vaya!, ¿y qué clase de cátedra dictaste?

—**La boca del mercado.**

—¿Qué demonios quiere decir?

—Francamente no significa nada concreto; nunca se me ocurrió dictar lecciones teóricas ni cursos especiales; era una **fuerza viva,** algo así como **tribuna,** ágora humana donde se pronunciaban conferencias, se aclaraban consultas, se formaba conciencia libre con derecho a alternar en el círculo los mismos asistentes sin tomar en cuenta su preparación intelectual. En **La boca del mercado** se hablaba de los asuntos que no publican los periódicos al servicio de la mezquindad ensoberbecida. Se analizaban los problemas que palpitan en el seso de las masas, de los que nunca llegan a ventilarse en letras de molde en su verdadero contenido; sí, relucía la verdad cruda y tajante, exenta de las mistificaciones que desfiguran la opinión nacional, si opinión puede llamarse al conjunto de voces ahogadas de los que trabajan para disfrute del sudor ajeno por los vividores de siempre, por los hijos bastardos del medio ingrato.

—¿Nada de complacencias, Arafán?

—Nada de términos medios, de falsear el texto del anhelo en marcha, de servir y estimular a las gentes dejadas a la deriva de la corriente de la vida por cálculos de los encargados de interesarse por el bienestar espiritual y social de los desventurados.

En **La boca del mercado** se oían y daban forma razonable a las protestas, a las quejas, maldiciones, violencias, desesperaciones, inconformidades, rencores reprimidos y demás estados de alma justificables que nunca llegan a los "cielos celestes" por carencia de un vehículo que en términos claros se llama **fuerza viva.** Y ese cañón espiritual se montó en las ruedas que sostenían la cureña de la barbería; con la importancia que cobraran las opiniones depu-

radas, más tarde se reconoció como el baluarte más respetado de la **tribuna pública.**

En un principio, como era natural, yo me encargué de oír, contestar y dar forma correcta a las inquietudes de los asiduos concurrentes. En los días sucesivos creció en tanta importancia **La boca del mercado,** que designé dos colaboradores de los más entrenados, como una necesidad de cooperación y a la vez prever mi reemplazo entre hombres de positivo talento, respetados por su patriotismo sin mácula.

Aunque **La boca del mercado** no era un centro político, entendiendo por política toda propaganda que se arrastra por medrar, se enderezaban los pareceres en este sentido si al exponer sus puntos de vista carecían de la idealidad de los soñadores, de los que no fingen patriotismo, de los que sienten amor al terruño, no por interés que envuelve la falta de vergüenza.

La boca del mercado llegó a ser un centro de provecho saludable a elementos homogéneos y heterogéneos en sus opuestos pareceres, logrando armonizar, cristalizar en una sola idea, su manera de disentir.

—Me interesan, Arafán, tus explicaciones, pero tienes el defecto de no saber ordenarlos. Principiando por el fin pocas personas te entenderán.

—¿Qué quieres decir?

—Que pormenorices los acontecimientos de los primeros pasos en el terreno de las realidades; me refiero a partir del día de la inauguración y sucesivos.

—Hombre, veo difícil epocar tanto detalle en tiempo tan lejano; pero los puntos salientes sí los tengo presentes. Recuerdo que el día de la inauguración estuve a punto de fracasar por culpa de un aguafiestas; luego reaccionamos.

—¿Mala suerte?

—No tanto, verás: acudió gente de todos los barrios y condiciones profesionales. El dueño del establecimiento al notar exceso de invitados, alquiló otro salón anexo, donde instaló seis sillones más, disposición que me llenó de alegría el estómago; así aumentaban las entradas respecto al doble pago, bastante beneficioso a mis apuros personales.

Una vez acomodada la concurrencia, dirigí el saludo de estilo y me disponía a dar una sucinta explicación de las finalidades que perseguía **La boca del mercado,** cuando un viejo rechoncho, cebado como cerdo, que lo estaban rasurando, me interrumpió con una necedad que no venía al caso, preguntando con insolencia:

—¿Vos que todo lo sabes, qué aconsejarías si la salud de uno de estos bocabierta peligrara por exceso de trabajo?

—Aunque no soy médico, le aconsejaría descanso, reposo absoluto.

—¡Pero dónde!

—Consiguiendo colocación en una oficina gubernativa.

—¿Pero ignoras que yo soy el Doctor Cabo Bravo, actual Ministro de Seguridad Interior? ¿No sabes que con tus velados ataques al Gobierno te expones ir a la cárcel? ¡Anda con pies de plomo!

—Perdone, Doctor, pero éste no es un centro político; es un centro cultural donde se educan a los funcionarios que desconocen las maneras de conducirse en sociedad.

—¿Y te atreves a insultarme? ¡Ya veremos! A continuación se levantó arrancándose de un tirón el peinador y tomando con enojo el sombrero salió a la calle, todavía con espuma de jabón en la cara.

Los asistentes conociendo las medidas de violencia de los ignorantes cuando les llega en las democracias rústicas

el turno de servir puestos de responsabilidad, creyendo con razón, que mandaría un pelotón de gendarmes y para no exponerse a vejámenes, dispusieron disolverse.

El dueño del taller, algo tristón, me dijo al oído:

—Se fue sin pagar...

—¡No importa! La burrada que acaba de cometer nos servirá de propaganda.

* * *

Dicho y hecho. En la segunda reunión, horas antes de la fijada, principiaron a llegar por grupos los simpatizadores.

Un destacado profesional, muy apurado por ser de los primeros oyentes, preguntó:

—Profesor, ¿puedo venir acompañado con mi mujer?

—Venga con las que guste, pero no se le vuelva a ocurrir decir mi mujer.

—¿Por qué?

—En su lugar no le gustaría que me dijera su señora: Profesor, a la noche vengo con mi hombre.

—¿Cómo, pues?

—Con la madre de mis hijos. Decir mi mujer es como decir mi querida, mi concubina; supone relajo, vilipendio. En cambio, con la madre de mis hijos, ennoblece el hogar.

—¿Y cuándo no hay hijos?

—Entonces cabe, con mi esposa.

—Gracias, Profesor; infinitas gracias.

—No tiene por qué apenarse ni rendir gracias; para eso se ha fundado **La boca del mercado,** para contribuir a la educación popular.

En los momentos de la explicación entró un hombre de porte y maneras distinguidas, luciendo rigurosa levita

tirada, de reluciente chistera; con entusiasmo fue saludado por uno de los presentes: ¡Hola, señor Ministro, cuánto gusto de verlo por aquí!, y a continuación se abrazaron.

Eso de señor Ministro puso incómodos a los amigos. Mientras unos se asomaban a la puerta para ver si el recién llegado venía precedido de escolta, otros tomaron posiciones de batalla. De pronto nos asaltaron temibles dudas. Eso sí, conociendo a nuestros funcionarios públicos, no era posible que aquel hombre, de finas maneras, fuera Ministro. ¡Pero como se han visto muertos botando basura!, nos prevenimos para defendernos. Ante el general desasosiego, alguien le reconoció: ¡No se alarmen, señores! ¡Si es el ministro de la iglesia protestante!

Todos rieron y volvió la tranquilidad.

Al abrir la sesión, como primer paso se dispuso en vista de no haber podido la noche de la inauguración organizar el triunviro que regularía la tribuna pública, reconocerme como Pilar Fuerte de la idea en marcha, designando a la vez dos Sostenedores a fin de trabajar conjuntamente y reponerme en casos de enfermedad o por motivos razonables.

Uno de los nombramientos recayó en un joven Bachiller y el otro en un caballero que se ganaba la vida escribiendo cartas de amor y cartas de venta; la Patria está en deuda con él; a la fogocidad que imprimía en las misivas se debe la realización de cientos de matrimonios, viviendo al hogar común cientos de ciudadanos...

El Bachiller algo perplejo, declinó con asombro de todos, el honroso cargo de Sostenedor. Al preguntarle los motivos, muy apenado declaró incapacidad.

—Pero usted, —le dije— es persona apreciable en los centros políticos, hombre de encumbradas conexiones; nos extraña, pues, que se excuse cuando ha desempeñado pues-

tos de mayor responsabilidad, como Representante de la Provincia Barata.

—Sí, no dudo que conseguiría nombramientos de más elevadas posiciones gracias a las intrigas cacicazgas; pero tocante a valor intrínseco poco valgo; si valiera nunca hubiera llegado a ser Alcalde Municipal de mi pueblo. He perdido mis mejores años vagando por las oficinas públicas o haciendo la vida de gran señor en los casinos y otros centros sociales, descuidando cultivar mis escasos conocimientos. Soy incapaz de redactar una nota; únicamente sé firmarlas. Y ya que llegamos a estos extremos, sinceramente confieso, que atento a las diversiones disolutas, el tiempo lo he consumido sin tasa ni medida en compañía de mujeres que se sentían dichosas porque aportábamos a la conversación la misma mentalidad.

—¿Y qué conversaban?

—Nada importante. Fuera de narrar las peripecias de una partida de fútbol o relatar los episodios de películas cursis, nunca hablamos de arte por desconocer los conocimientos necesarios para enfrascarnos en una discusión que exige estudio. Yo, me apena exponer, que a la hora de las realidades, cuando por algún motivo no desempeñaba cargo, nunca logré ganar lo suficiente para hacerle frente a mis gastos perentorios por ignorar cómo se conquista honradamente un pan, teniendo que apelar en los casos desesperados a formar parte de los círculos políticos a fin de medrar lo suficiente a costa del erario público.

Por necesidad he insultado a personas dignas de todo respeto y he hecho papeles vergonzosos. ¡Dios es testigo que en el fondo no soy un hombre malo!

Al renunciar al cargo de Sostenedor no quiero decir "que me separo de **La boca del mercado,** no señores; quiero modelar un nuevo espíritu, de ser útil sin engañifas, con las enseñanzas que aquí reciba. En pocas palabras, espero

con inquebrantable resolución volver sobre mis pasos y gozar de la independencia de los ciudadanos libres sin estar supeditado a compromisos que deprimen y envilecen".

Al terminar de presentar sus excusas el joven Bachiller, otro de los asistentes, conocido evangelista, argumentó:

—Demos por bien dichas las palabras que acabamos de escuchar. Sobre el mundo pesa una maldición, —posiblemente de Satanás—, de ser gobernado por mediocres. Si alguna vez llegan hombres de talento a ocupar puestos de responsabilidad, es para hacerle comprender al diablo, que la presencia de Dios está latente, que el mundo reaccionará a un mandato de El.

A continuación se levantó un agricultor y arengó a la concurrencia:

—Tengo 85 años, señores. Mi experiencia me faculta para dirigirme a ustedes con palabras paternales. Yo, que tengo un pie en la fosa, no puedo traicionar mi pensamiento ni decir lo que no pienso. Por consiguiente, les aconsejo a los jóvenes aquí reunidos, no meterse a faroleros. Nunca se inclinen a partidos que postulen a alguien. Cuando quieran servir a la patria, organicen un partido exento de profesionales, integrado únicamente por hombres de la montaña. Los profesionales son sujetos sin ideales, van a la lucha cívica incitados por la prebenda, por la recompensa de un puesto público o tras la idea de explotar la amistad del jefe triunfador. En cambio, el campesino llega al pueblo a depositar su voto y regresará contento a trabajar por el progreso común sin esperar ninguna canonjía; se siente feliz por haber cumplido con su deber ciudadano, deber para con la República, al votar por un hombre que juzgó imprescindible para dirigir los destinos de la patria".

Tomando en cuenta la responsabilidad y experiencia del agricultor, se le encargó ocupar el puesto dejado por el Bachiller.

En esos momentos se apagaron las luces. Hubo paréntesis de estupor. Minutos después volvieron a encenderse.

Una dama, de presencia que infundía respeto por su carácter, se expresó:

—Antes que volvamos a quedar a obscuras deseo aprovechar la ocasión para exponer mi estado de alma: estoy profundamente enamorada de un antiguo condiscípulo; temo casarme porque pienso perder la libertad de que gozo y como no pretendo renunciar a mi independencia, pregunto a los hermanos aquí reunidos, ¿si haré bien o mal entregarme en brazos del hombre de mis pensamientos?

El dueño del taller, viejo obrero de sentido despejado, soltó las tijeras para satisfacer la pregunta:

—Tome en cuenta, señorita, que la mujer crece y se envejece rápidamente. Para mantenerse en posición dominante hasta la muerte respecto al cariño de los hombres, nunca consulte las voces del corazón. ¡Desgraciada la mujer que se fía de las promesas del amor! ¡Dichosa la mujer que obra a impulsos de su propia conveniencia!

—¿No tendría inconveniente de ser un poco más extenso?

—Por eso nos reunimos, para ser útiles a nuestros compañeros y aprender de los mismos las cosas que ignoramos, mediante la intervención de Pilar Fuerte, timón de **La boca del mercado.** Con mi razonamiento quiero anunciar que la mujer nunca será juguete de los hombres si tiene el talento de no querer.

—¿De no enamorarse?

—Precisamente. El hombre como la mujer enamorados, no disciernen ni respetan la posición conyugal de cada uno: sólo torpezas cometen.

—¿Entonces una mujer sin estar enamorada cómo es posible que se entregue al hombre?

—Para gozar de la independencia que busca después de casada, es muy simple si usted tiene puesto el pensamiento en la razonable valorización de su sexo, de no ser esclava de caprichos y mal entendidos. La mujer debe usar del hombre como usa el cepillo de dientes.

—Le ruego ser un poco más concreto.

—Que la mujer para ser dueña y soberana del mundo vanidoso de los hombres, debe entregarse al macho no por amor, sino por necesidad física. Recuerde que la mujer es el más bello juguete con que se entretiene el sexo fuerte, pero resulta, que si la mujer no está enamorada, entonces sucede lo contrario: el hombre en manos de la mujer se convierte en juguete sin mecanismo, fácil de manejar a su antojo. ¿Me he explicado?

—Ruda y claramente. Pondré sus consejos en acción.

Volvieron a apagarse las luces y como permaneciéramos largos minutos en tinieblas, dispusimos disolvernos, tomando en cuenta que soplaban vientos de tragedia intestina. No queriendo dar motivo para un atropello del poder público, cada uno buscó su casa, en vista de los marcados rumores de bochinche nacional, acentuados cada día.

* * *

Al reunirnos por tercera vez fue tanta la aglomeración de simpatizadores, que materialmente era imposible dar un paso en los dos salones y menos que los oficiales del taller trabajaran con desahogo. En vista de la incomodidad se dispuso habilitar el patio colonial de la barbería de espaciosas dimensiones.

En aquella reunión sí estaba plasmada la **fuerza viva** que buscábamos. Era un mar de gentes que pugnaban por acuerpar **La boca del mercado.** Ya los hombres y mujeres de arrestos independientes se habían dado cuenta de los propósitos

perseguidos, del ideal puesto en el corazón de la patria; querían participar activamente en la jornada.

Un conocido zapatero, dueño de pequeña fábrica, persona honesta, de conducta intachable, había pasado por la vergüenza de ver que la menor de sus hijas en una velada de caridad olvidó parte del recital y el público insolente la había silvado despiadadamente sin tomar en cuenta la edad y el sexo. El zapatero, visiblemente contrariado, preguntó:

—Profesor, tenga la bondad de decirme: ¿existe diferencia entre la chusma y el pueblo?

—Como de aquí al cielo. Los robos, incendios, asesinatos, estupros, son propios de la chusma. Las revoluciones reivindicadoras son obras del pueblo; por eso se llama soberano.

—El público, ¿a qué categoría pertenece?

—A ninguna; el público está amasado con los sedimentos de las esferas sociales; el público que silbó a su hija, es el extracto de los elementos vulgares.

—Pero entre los silbadores se encontraban gentes de aspecto distinguido.

—No le extrañe; en toda persona hay un sujeto vulgar que aparece en cualquier momento delicado cuando en el hogar se ha descuidado su educación. No importa que sea profesional o capitalista; se nace con buenas maneras o se aprende a domar la brusquedad mediante recia voluntad.

El zapatero guardó un momento de silencio; luego se irguió radiando satisfacción:

—Gracias, Profesor, me ha quitado el rencor del corazón. Ha barrido con las brumas que entorpecían mi mente.

Me disponía a reforzar lo dicho, cuando un indio joven, me atajó la intención.

—Perdonen, compañeros, que me tome la libertad de exponer mis propósitos sin haber antes solicitado la palabra.

—No tiene porqué pedirla —aclaré—, aquí todos los presentes pueden pronunciarse en el momento que gusten siempre que no interrumpan a quien está en el uso del verbo.

Al agradecer su aclaración, dígame si figuro en la lista de los simpatizadores. Asisto desde la noche de la inauguración de **La boca del mercado.**

—Nuestra agrupación no lleva lista de los asistentes; únicamente los Sostenedores (secretarios) cotejan los asuntos resueltos y estudian los que esperan resolución de acuerdo con el parecer de la asamblea.

—¿Por qué no llevan lista?

—En las democracias nominales, donde los ensoberbecidos ven a la vuelta de cada esquina micos a caballo, se tiene como imprudencia llevarlas; en el momento menos previsto, nos declaran enemigos del retroceso, saquean los archivos y al encontrar nombres y direcciones las consecuencias serían funestas. Aquí asiste la voluntad pugnando en deseos de superación, trayendo un hálito de vida palpitante, de independencia sin supeditaciones.

—Ya comprendo, señor Pilar Fuerte; me complace hayan echado por la borda el rutinarismo anquilosado. Pues lo que tengo que decir, es lo siguiente: yo soy estudiante becado por el municipio de Yarula, mi pueblo; desciendo directamente de la raza lenca, raza por mil títulos gloriosa, de pasado heroico. Pienso que sólo esta agrupación ya respetable por su número y hombres de talento que la integran, es capaz, dada su comprensión, de volver los ojos a aquellos caseríos olvidados por siglos, enterrados en vida. Yarula, Puringla, Chinacla, Guajiquiro y otros reductos de raíz lenca, nunca han sabido de los beneficios del estímulo

espiritual. Por consiguiente, al dirigirme a ustedes, es con el fin de excitarlos para rescatar por medio de la iniciativa privada algo valiosísimo que está a punto de desaparecer. Nosotros no nos dirigimos a quien directamente corresponde porque el silencio nos indica no interesar, no estar al alcance de su mentalidad los problemas que afectan la restauración de la cultura aborigen. Perdonen, colegas, que para formarse juicio tenga que hacer historia: buscando plantas medicinales en compañía de un botánico extranjero, llegamos al pueblo de Guajiquiro; de aquí proseguimos a las montañas vecinas por el mes de diciembre, encontrando la selva cubierta de escarcha, cuyo manto blanco desaparece hasta fines de enero. Este detalle les dará una idea de la elevación de los picachos y del intenso frío que soportan los pobres indios, mis paisanos, faltos de prendas indispensables para mitigar los rigores de la nieve ingrata. La exuberancia es tan salvaje que existen variedades de fieras y aves de vistosos colores no clasificados.

En una de estas serranías tuvimos la suerte de ponernos en contacto con una familia indígena compuesta de once miembros, jóvenes y viejos, que todavía hablan el LENCA, idioma que se creía muerto como otros tantos de la época precolombina.

Yo que desciendo directamente de los lencas, nunca había oído hablar la lengua de mis mayores. Sentí algo como estupor inexplicable, asombro desmedido con el metal de la voz para mí extraña. Desde entonces el encuentro feliz ha embargado mi espíritu. Pienso, que la comunidad a que me estoy refiriendo es el último eslabón de una grandiosa civilización que floreció miles de años antes de la Era Cristiana y puede que sirva de clave en la lectura de su propia cultura y a la vez sea un medio para aclarar muchas cosas misteriosas de las costumbres e historia de los mayas, nuestros vecinos.

Todo lo que se ha dicho acerca de los lencas carece de interés si se toma en cuenta que ninguna expedición científica ha estudiado su pasado.

En cambio, sobre el Gran Imperio de Copán (maya) se han escrito y continúa escribiéndose valiosas obras científicas basadas en la lectura de los jeroglíficos descifrados por el recordado sabio norteamericano Sylvius G. Morley. Creo que a ustedes no se les escapará la trascendencia de haber descubierto una reducida comunidad indígena que habla el lenca y por lo tanto espero que busquen los medios para grabar en discos el rico idioma a punto de desaparecer. No dudo que poniendo decidido empeño salvaremos del olvido uno de los aportes más valiosos a la filología universal.

Para que los compañeros formen conciencia del valioso tesoro de encontrar viva en los actuales momentos a una familia lenca, imagínense que en pleno siglo XX se descubriera en Egipto una comunidad de auténticos faraones y por medio de ellos hablaran cinco mil años de civilización.

La Era Maya (*) que se supone **contemporánea** con la Lenca, principia el 4 de octubre del año 3.373 antes de Cristo.

Consideren, pues, compañeros, la importancia de encontrar quien hable lenca en estos instantes que yo solicito de **La boca del mercado** rescatar del polvo del olvido la lengua que está a punto de desaparecer.

La insinuación del indio Yarula fue inmediatamente acuerpada, nombrándose una comisión de tres profesores para que se constituyera en las montañas de Guajiquiro, llevando de cicerone al exponente y el equipo necesario para grabar el idioma lenca.

—¿No te parece, Arafán, que es más propio decir dialecto lenca en vez de idioma?

---

* Era maya 130.000 según la cronología maya, corresponde al 4 de octubre del año 3.373 antes de Cristo.

—Dialecto fue el español en sus mocedades como lo fue el que nos ocupa, a los dos les llegó su esplendor y todavía se conservaran vigorosos; aquel enriquecido por el uso constante; éste, recogido en manuscritos por comunidades indígenas, celosamente guardado, aparte del Diccionario Lenca-Español, elaborado por los mismos indios y conservado en el Cabildo Municipal de Guajiquiro.

—¿Y los gastos ocasionados por la comisión quién los suministró careciendo de renta **La boca del mercado?**

—Eres un niño, Trisba; los medios económicos se suplen con la buena voluntad.

Años después me refería uno de los miembros de la comisión, que al llegar al pueblo, el Alcalde Municipal, indio terco y analfabeto, los amenazó con meterlos en la cárcel alegando que eran puras boberías lo que se proponían; que posiblemente andaban reclutando incautos para botar el Gobierno, no permitiéndoles dar un paso hacia la montaña.

Así terminaron los patrióticos deseos del indio estudiante, acuerpado por **La boca del mercado.**

—Sólo la educación popular, querido amigo, puede acabar con los resabios latentes del cacicazgo estéril.

—Te has extendido mucho, Arafán, concreta de una vez: ¿cómo terminó la cátedra?

—Ya que me excitaste, ten paciencia. Primero terminaré de contarte todo lo que se trató en la sesión a que me vengo refiriendo. El final ya lo sabés, fue un verdadero desbarajuste.

Alentado, pues, un negro de la tribu de los zambos que estudiaba el último año de magisterio con la propuesta del indio Yarula, muy campante y despierto, se expresó en forma altamente elocuente; aquel negro en la tribuna en cada ora-

ción se transformaba en blanco, tal la vehemencia que imprimía a sus palabras.

—¿Y qué dijo?

—Más o menos, expuso: Yo nací en uno de los cayos de la inmensa Laguna de Caratasca, La Mosquitia, el territorio más extenso y más rico del país en relación con los demás departamentos.

Mi primer nombre era Cola de Burro, nombre extravagante para las personas que han tenido la dicha de nacer y crecer en lugares urbanizados, pero en una remotidad donde no se conocen los periódicos ni se puede consultar una simple alma, consideran estrambóticos los nombres que se usan. Dada la crasa ignorancia es corriente en mi tierra que los padres llamen a los hijos con nombres al alcance de la mano: caballo, lagarto, perro, limón, plátano, chicha, etc. Aunque esta es una pequeña muestra de escasa mentalidad, sí nos consuela saber, que no existe diferencia entre los nuestros de los que gastan los hombres civilizados, tales como León, Vaca, Toro, Casco, Cacho, Pío (voz de pollo), Armando (lo desarmado) Tránsito (vía), ¡hasta Divinas se llaman muchas mujeres!, Lacayo, (criado de librea, y cuando mis padres, pescadores de oficio, me enviaron a Iriona, el pueblo más cercano, a estudiar las primeras letras, el director, bella persona, me explicó la inconveniencia de matricularme con el nombre de Cola de Burro; se prestaba a burlas.

A continuación me preguntó cuál me gustaría en reposición del mío, yo, siguiendo la costumbre de mi raza, le contesté que el nombre de un notable educador. Entonces me endosó el de Luis Landa; ahora así me llamo.

Por eso no extrañamos cuando los hombres de mi caserío son encontrados fuera de sus fronteras como estibadores o cortadores de madera, al retornar llegan con nombres que han oído en periódicos o libros. Son muchos los que se lla-

man Francisco Morazán, Gerardo Barrios, Simón Bolívar, Rubén Darío, Justo Rufino Barrios, Jorge Washington, etc.

—Antes de mandarlo a la escuela, ¿de qué se ocupaba?, alguien le interrumpió.

—Ayudar a mis padres en la pesca de tortuga en los cayos de la costa de La Mosquitia que son cientos, riquísimos en mariscos. Desgraciadamente la piratería extranjera llega con cientos de goletas a llevarse la riqueza nacional a espaldas de la República.

—¿En qué cayos pescan los modernos bucaneros?

—En todos; especialmente en los Moriso-Dennis, que son veinte islotes; en los Grand Hobby, Miskito, Hankera, etc.

—¿Por qué llevarán nombres extranjeros?

—Porque los primeros piratas que comenzaron a saquearlos no contentos con el botín como un estigma nos legaron sus nombres, bautizando con el patronímico de cada jefe de banda las secciones del archipiélago. Y parece que el ejemplo no ha dejado de tener sus imitadores al continuar el mismo bandolerismo con otro nombre el mismo despojo, haciendo caso omiso de la soberanía nacional.

Solamente conociendo los cayos y bancos se pueden apreciar las miles de toneladas de mariscos que se llevan todos los años de julio en adelante, los bucaneros de nuevo cuño. Algunos cayos son extremadamente fértiles debido al limo acumulado por siglos, limo arrastrado por los ríos caudalosos. Otros permanecen embellecidos por miles de garzas de vistosos colores, patos, piches, alcatraces, etc. Por eso no extraña ver los promontorios de guano.

Con sólo la explotación de una especie de mariscos se puede calcular lo que ganaría la economía pública. Contamos —por ejemplo— con la tortuga carey, de más de dos-

cientas libras de peso, valiosa por su carne y concha; la tortuga verde, la más apetecida por la exquisitez de su carne, muy solicitada y bien pagada en los mercados nacionales y extranjeros; y la gigantesca tortuga **baúl**, de quinientas libras, cuya carne sólo se ocupa de abono, pero el aceite es bastante estimado en la industria. Y así en este orden contamos con langostas, cangrejos, ostras, caracoles, etc.

Tocante a la riquísima variedad de peces, sería otra fuente de incalculables ingresos.

Respecto al saqueo de las maderas preciosas, especialmente la caoba, es doloroso cómo talan los grandes bosques. Lo mismo pasa con la preciosa cerámica que abunda en los montículos, que rodean las grandes lagunas de Tansén, Guarunta, Caratasca, Brus Laguna, etc. Esa cerámica, de alto precio, va a parar al exterior.

Casi todas las quebradas y algunos ríos son auríferos. Centenares de aventureros lavan oro sin permiso de ninguna autoridad porque no existe. Otros se dedican a la búsqueda de piedras preciosas, principalmente esmeraldas que son grandes y bellas.

En fin, aquella es una tierra irredenta, en manos de la piratería extranjera.

—¿Es cierto, señor Landa, que existe el caballo salvaje?

—El toro, también. El caballo es indomable; se le ve en patachos bajar de la selva a beber agua a las lagunas de los ríos, únicamente en tiempos extremadamente calurosos.

Nosotros, con el propósito de amansarlos y utilizarlos, en varias ocasiones hemos construído trampas conocidas con el nombre de corrales falsos.

Desgraciadamente nunca logramos agarrar un animal vivo; al sentirse prisioneros se mataban unas veces, hiriéndose el pescuezo con sus propios cascos; otros, perecían al

intentar salvar de un salto las altas barreras, quedando colgados y despanzurrados en los garfios de la madera de los corrales.

Con los fracasos sufridos ideamos distintas maneras y siempre los resultados fueron fatales. En ocasiones, al sentir el lazo en el pescuezo tironeaban con tal fuerza que la gaza se cerraba hasta ahorcarlos. Por último desistimos convencidos de ignorar la técnica de poderlos atrapar vivos.

En cambio, el toro salvaje no se agarra en trampa; se reduce a punta de bala. Los indios de las distintas tribus lo aprovechan para consumo casero.

Debo aclarar, que el toro como el caballo no son bestias primitivas de La Mosquitia. Son animales **alzados,** pertenecientes a haciendas ya extinguidas de Colón, Olancho y posiblemente de Nicaragua.

En el transcurso de los siglos, estos animales sin dueño se han multiplicado en cantidades asombrosas.

Por lo expuesto podrán considerar, cómo será de agreste la reserva nacional, únicamente comparable a los montes incultos que baña el padre de los ríos, el Amazonas.

Posiblemente existen medios prácticos para que el caballo y toro salvajes puedan ser domesticados y utilizados en los predios de mis paisanos que tanto han manester en sus quehaceres. Pero esos medios nos son desconocidos por el abandono en que vive la región más rica del país en relación con los recursos naturales.

El atraso social es pavoroso. Si yo narrara en estos momentos una de sus costumbres, estoy seguro que no me darían crédito. Es algo tétrico que se remonta al atraso más tenebroso.

—Perdone, compañero Landa, que le interrumpa. ¿Por qué no refiere alguna de las costumbres de su gente? Es

bueno conocerlas para obrar con dinamismo digno de su exposición.

—Si así lo quiere Pilar Fuerte, no tengo inconveniente:

Las costumbres sociales de la Reserva Nacional son tan primitivas, que pecaría de poco listo si afirmara que se remontan a los tiempos bíblicos: arrancan de la Edad de Piedra, tal su crudeza.

Como un significativo ejemplo hablaré del «casamiento»:

A todo mestizo o gente blanca que habla la lengua de Castilla, le llaman EL ESPAÑOL.

Si algún mozo de los cortadores de madera, desesperado por la soledad siente la necesidad de casarse con una india zamba, no consulta el parecer de la dueña de sus pensamientos, sino que se las arregla de la manera siguiente:

Primero averigua quién es la persona más INFLUYENTE de la familia de la zamba, si el padre, hermano, tío o cacique.

Después llama aparte al influyente, que nombraremos Cara de Macho; lo lleva del brazo al comisario del benque y le dice:

—Ve, Cara de Macho, quiero que hablemos una cosa muy importante.

—Entiendo; para algo bueno me invitas.

—¡Claro! Para que tomemos una copa.

A continuación manda a servirle uno, dos, tres y cuatro tragos de guaro. Cuando Cara de Macho se siente mareado, grita de gozo:

—¡Ya veo que sos mi amigo!

—¡Claro! ¿Quiéres un sombrero?

—Bueno, amigo.

Entonces el español, además del sombrero de palma, le regala una camisa y unos calzones.

El influyente agradecido, estrecha la mano del español en señal de inquebrantable amistad y se despiden sin haber hablado nada del casamiento.

* * *

Dos días después, el español llega a la choza del influyente y entabla diálogo:

—Ve, Cara de Macho, la tarde que nos hicimos amigos, no te hablé de una cosa muy importante porque te ví mareado.

—¿Qué cosa?

—¡Quiero casarme con Paloma de Monte, tu sobrina!

—Bueno. Consultaré con la familia. Dentro de ocho días te contesto.

Inmediatamente el influyente manda a invitar a toda la parentela y la reúne el día señalado para la respuesta.

A todo el que va llegando lo sienta en rueda y le sirve un guacalito de chicha de yuca, mezcla que produce fenomenales borracheras.

Una vez completado el Consejo de Familia, habla primero el padre, hermano o pariente más viejo: "Como todos somos familias, queremos saber si conviene que el español se case con la Paloma de Monte".

Y dirigiéndose al primero de la izquierda, pregunta en su dialecto:

—¿Vos, qué opinas?

—¡Que no se case!

—¿Por qué?

—El español es muy bruto.

—¿El siguiente?

—¡Que no se case!

—¿Por qué?

—Porque el español pega a las mujeres.

—¿El siguiente?

—¡Que no se case!

—¿Por qué?

—Al quitarle el trabajo abandonará la mujer y los hijos.

En este orden continúan los interrogatorios que en nada favorecen al español, hasta que llega el turno al influyente, sentado de último a la derecha, quien airado se levanta y vocifera:

—¡Que se case! ¡Que se case! El español es un gran amigo; a mí me regaló sin ningún interés, cuatro tragos de aguardiente, una camisa, un sombrero y unos calzones. ¡Que se case! ¡Es un gran amigo! ¡Que se case!

En presencia del parecer del influyente, la parentela cede, encargándose él, por su propia cuenta, de ir a buscar a la "novia" y se la entrega al interesado sin otro trámite, quedando así consumado el casamiento.

Como señal de unánime aprobación, principia la danza ritual al son de los tambores, animada con guacales de chicha, mientras tanto el español toma del brazo a la esposa y se la lleva a su cabaña.

* * *

Por lo expuesto pienso haber reconstruído patéticamente uno de los aspectos de nuestro atraso.

Aunque temo fatigar al auditorio, es necesario para formarse juicio más completo, narrar otro detalle doloroso de la vida de mis hermanos, los desventurados. Hablaré, pues, del fallecimiento y entierro de un miembro de la tribu:

Cuando un zambo se enferma y se pierden las esperanzas de salvación, la esposa se acerca a la orilla del río y a todo el que va pasando, le dice: "marido grave, se muere", y así continúa durante el día informando a otros zambos que aciertan a deslizarse en sus pipantes, a fin de que divulguen la noticia entre los moradores de chozas más distantes.

Al morir el enfermo, para dar el rápido anuncio de la defunción, echan mano del telégrafo y de las balas, en la forma siguiente: la viuda o pariente, dispara su escopeta; al oírse la detonación en el primer recodo del río, otro vecino dispara para que se escuche el fogonazo en el recodo más cercano hasta que en forma de cadena llega el aviso de tan extraña comunicación a los familiares más apartados de la tribu.

Disparado el último fusil o escopetazo, ya sabe todo el pueblo que murió el enfermo e inmediatamente se allegan en sus pipantes a casa del difunto, cargando cocos, cazabe, plátanos y chicha.

Una vez reunidos, se presenta la viuda y llora desesperadamente; se lamenta a grito tendido, con voz desgarradora: "Dios mío: ¿Quién me va a dar de comer ahora? ¡Estoy sola en el mundo! ¿Quién me va a traer ropa y a sembrar el yucal? ¡Soy una viuda desgraciada! ¿Quién me va ayudar a criar los hijos y a pastorear las vacas? ¡Soy una viuda sin consuelo! ¿Quién me va acompañar en las noches obscuras? ¡No me abandones, Dios mío!" Al terminar el rosario de lamentos, la viuda se tira una estrepitosa carcajada, señal para dar principio a las borracheras de chicha y se danza toda la noche al són de los tambores.

A la hora del entierro colocan el muerto en el fondo de un pipante y le echan su ropa, machete, anzuelo y un suculento almuerzo de pescado y cazabe. Encima, como tapadera, colocan otro pipante con un agujero. Antes de bajarlo a la tumba, le meten una licoca de hilo en la boca y la hebra la sacan por el agujero, extendiéndolo a un pozo con agua a fin de que el difunto no padezca de sed.

A los dos días llega el adivino a casa del difunto, con el objeto de agarrar el alma del muerto que anda suelta.

La presencia del adivino es motivo de silencio sepulcral. Se sienta muy serio frente a la cama que fue del fallecido que permanece cubierta con un toldo de hojas. Mientras atisba, le sirven un gran plato de comida. Al terminar, se incorpora, da vueltas a tontas y locas porque ha presentido que el alma del muerto anda rondando y se apresta a atraparla.

Los velorios para capturar el alma de la pobre víctima, duran según el número de vacas o cerdos que tengan los parientes; todas las noches matan un animal para no perder un momento de comer y beber chicha en acecho del alma del muerto.

Cuando terminan con la última gallina, el adivino vuelve a sentarse frente a la cama, mostrándose sumamente nervioso, así como azogado, musitando palabras indescifrables; de pronto al hacer extrañas musarañas, da un salto espectacular y se mete bajo el toldo de la cama y grita desde el fondo: ¡Ya la agarré! y muestra entre los dedos a los presentes, una lucecita verde, que se supone luciérnaga; la echa dentro de un cumbo y se marcha llevándose el alma del pobre muerto, mientras tanto los asistentes continúan ingiriendo brebajes y bailando hasta el frenesí.

Entre las mujeres zambas la muerte del marido no es causa de tristeza, sino de placer, porque el difunto va a gozar

de mejor vida y no falta en la misma noche del velorio quien se haga cargo de la viuda.

* * *

No sé si en lo dicho encuentren el fondo y extraña filosofía, filosofía selvática, pero cualquier cosa que sea, pido en nombre de mis compatriotas a los miembros de **La boca del mercado,** gestar los medios más apropiados para hacer llegar a La Mosquitia la cultura de que gozan los pueblos mimados de la República, es decir, incorporar las tribus a la sociedad ya que les asiste el derecho de ser hondureñas.

* * *

Al terminar el joven estudiante su acuciosa exposición, se oyeron en la calle vivas al Gral. Badulaque, candidato oficial a la Primera Magistratura de la Nación. Aquellos gritos eran una abierta provocación, ya que gozábamos del estigma de ser enemigos del retroceso.

Los primeros compañeros que se asomaron a la puerta fueron arrastrados a mitad de la calle por gendarmes vestidos de paisanos y llevados a la cárcel; otros que protestaron corrieron igual suerte. El maestro de la barbería lleno de espanto me aconsejó esconderme en una artesa donde guardaba víveres; yo me opuse alegando que no era de hermanos en situación tan comprometedora rehuir el peligro. Al fin a media noche, a instancia de los amigos, tomando en cuenta razones de conveniencia colectiva, escalamos los muros de las casas vecinas y escapamos.

La campaña eleccionaria que hacía un año venía caldeando el ambiente, llegaba al clímax de la violencia y ya nadie se sentía seguro. Permanecí varios días encerrado en mi casa valiéndome de muchos medios para sacar de la prisión a los compañeros detenidos sin lograr nada favorable. ¡Mandaba el dios de las arbitrariedades! Mientras tanto los sucesos intestinos tomaban proporciones alarmantes. A última hora

sucedió lo que todo mundo esperaba: el estallido de la revolución. Ya era intolerable el desenfreno de la fuerza pública, encarcelando a ciudadanos pacíficos, clausurando imprentas y atropellando hasta las esposas de los maridos que no simpatizaban con el terror.

Yo, por conductos secretos, me puse en contacto con varios miembros de **La boca del mercado** y abandonamos la ciudad con destino a mi pueblo, Intibucá.

Así terminó la vida de la entusiasta agrupación que estaba realizando una labor de despertar ciudadano. De una agrupación que sólo buscaba el bien común, sin inmiscuirse en peculados que al hombre honrado, al hombre independiente, lo embarran de porquería para siempre.

TERCERA PARTE

Prodigiosa Inteligencia de Arafán

BIBLIOTECA CENTRAL
COLECCION HONDUREÑA
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE HONDURAS
1847

CAPITULO VII

—DIME, Arafán, en un País como el nuestro, de hombres brillantes en las letras y en las ciencias, ¿por qué sería que el pueblo permitió postular al General Badulaque?

—Tu pregunta tiene algo de infantil. Convéncete que los hombres ilustrados en puestos de trascendental importancia, fracasaron; los únicos que se imponen son los mediocres.

—No es posible.

—Estás errado. El científico no es político; para llamarse asi, forzosamente tiene que deshumanizarse. Un poeta en el poder no es capaz de mandar al patíbulo a un delincuente; en cambio, el carente de sentimientos cultivados, no le importa ordenar fusilar a culpables y a inocentes. La historia está plagada de ejemplos bárbaros. Hasta en las academias literarias y científicas, al hombre que sobresale un palmo más elevado que la gentuza intelectual no le permiten figurar en el cenáculo de la intransigencia.

Dentro de un cúmulo de años, cuando el pueblo tenga una educación superior a la actual, se impondrá la representación que cuadre a los progresos de la época.

Hoy debemos conformarnos con los oasis que bruscamente aparecen en el campo yermo de la libertad, quizás como un respiro saludable a fin de restañar cicatrices y estar preparado para el momento que le toque el turno al dios del garrote.

—Antes de pasar por alto una pregunta: una vez en tu pueblo, ¿qué pito tocaste?

—Como el país ardía por sus cuatro costados y nuestro propósito era el de marchar a la República vecina de El Salvador, a fin de no tomar parte en la contienda, nos trazamos un plan.

—¿Y por qué huir?

—Huimos por el miedo de ir a morir defendiendo una impostura. El ciudadano que contribuye con su vida a ensangrentar la nación, no merece el título de ciudadano si no de traidor a los postulados sagrados que sirven de soporte al pedestal donde descansa la grandeza de la Patria. Por la Patria inferida se ofrenda mil veces la existencia; pero no por las ambiciones de un General Badulaque. En las guerras justificadas ningún individuo es más grande que otro; todos somos iguales a la sombra del pabellón de la República, y en las luchas intestinas el ciudadano se convierte en instrumento de los mandones, es un verdugo de sus propios hermanos en cualquier bando que atize la hoguera pavorosa que va arrasando con las fuerzas vivas de la nación.

Se trabaja en los tiempos de paz para abonar con el sudor de la frente el árbol de la libertad, y en los tiempos de luchas fratricidas para colgar del mismo árbol a los detentadores de la justicia.

—¿Y en qué consistía el plan de que me ibas a hablar?

—En vez de internarnos en la selva en busca del camino menos frecuentado a la frontera por el temor de caer en manos de unos u otros contendientes, optamos por presentarnos al jefe militar de la plaza, haciéndole creer que simpatizábamos con los desafueros implantados.

Algo desconfiado nos hizo muchas preguntas, pero como llegábamos de la capital, al tanto de los sucesos, nos creyó. A continuación ordenó armarnos y despacharnos montados a un retén de primera avanzada, a tres kilómetros de la población.

Ya con el rifle en la mano éramos otros; respiramos con la mayor confianza. Los veinte compañeros marchamos alegres y confiados al sitio previamente señalado.

La tarde de nuestro arribo matamos una vaca; cenamos y con un almuerzo de carne asada, por la noche abandonamos el retén.

Cuando el jefe militar se dio cuenta de la deserción, vivaqueábamos a orillas del Río Guajiniquil, en la frontera salvadoreña.

A última hora, frente al río, cambié de parecer; sabía de las amarguras del «exilio», prefiriendo quedarme en mi tierra, siempre escapando al bulto.

Antes de pasar adelante quiero hacerte una aclaración: escribo exilio entre comillas, porque yo no entiendo por exilio ir a vivir a un país donde se habla la misma lengua, se observan las mismas costumbres y étnicamente somos iguales. A este cambio de residencia lo llamó **aventuras ocasionales.** Exilio es emigrar a una nación donde se habla diferente lengua y las costumbres son opuestas a las nuestras, donde la lucha por la existencia sí es amarga, pero ir a escampar el mal tiempo a tierra hermana es como ir de temporada.

Bien, me dirigí a los compañeros y les dije: los que quieran quedarse conmigo pueden hacerlo. Creo haber cumplido con mi deber al acompañarlos hasta aquí, donde la campiña a la vista ofrece amplia libertad.

Dos de los amigos, los estudiantes de Derecho, Romí y Runfla, no quisieron traspasar la línea divisoria. Antes de marcharse los compañeros, se desprendió del grupo el coronel Picaporte, militar jubilado, para darnos ligeras explicaciones de cómo se desarmaban y volvían a armarse las ametralladoras. Aunque la enseñanza fue breve, nos pose-

sionamos de la lección, y como un recuerdo inolvidable me regaló la única granada de mano que poseía; pesaba cuatro y media libras. Después de un abrazo fraternal los amigos se internaron en la tierra hermana.

De los veinte rifles, diez y nueve distribuimos con sus dotaciones de parque, en seis mulas; las dos ametralladoras de pecho se confiaron a los compañeros; yo no solté mi fusil. Montanos y arreamos cinco mulas más de repuesto.

Sin pensarlo mucho, por temor de ser alcanzados por fuerzas del gobierno, nos dirigimos a una elevadísima montaña conocida con el extraño nombre de ¡Zas-Tigre!

Al llegar a las estribaciones pernoctamos en la hacienda de don Felipe Licona, anciano de ochenta y cinco años, persona espléndida, como todos los campesinos de nuestra tierra. La familia numerosa se componía de seis varones y tres hembras, no dejó de alarmarse, no tanto por nuestra presencia, sino por el cargamento.

Nos invitaron a cenar a la mesa familiar. No sé por qué se aludió en la conversación a los injertos. Yo sin proponérmelo, impulsado por la vocación, diserté no sólo sobre injertos, también hablé del mejoramiento de los cultivos, de las enfermedades de las bestias y distintas maneras de curarlas. Al levantarnos de la mesa Romí me dijo al oído: con tu plática hemos ganado el primer caballo.

Y así fue; aquella gente nos prodigó tantas atenciones que nos apenaban, pero en el fondo estábamos dispuestos a corresponderles con la misma moneda.

Al inspirarnos suma confianza el viejo Licona y su familia, contamos el motivo de ir a pasar la tormenta a la cúspide de la montaña, distante tres kilómetros de la hacienda. Don Felipe, después de hacernos muchas preguntas, principalmente sobre nuestras profesiones, aprobó el propósito

que nos guiaba, prometiendo con sus hijos, ayudarnos en cualquier cosa. "De hambre no se morirán", afirmó en tono resuelto.

Los hijos del señor Licona sólo contaban con revólveres y una vieja escopeta para resguardar sus intereses, circunstancia que aprovecharon para proponernos permutar seis rifles con parque, por frijoles, maíz, arroz, sal, panela, gallinas, dos hachas, tres machetes y unas ollas de barro. Al aceptar la oferta, al día siguiente levantamos carga, acompañándonos Pedro, el hijo mayor, por una pica solamente conocida por la familia.

Al dejarnos instalados, nos instó a alejar temores. "Cualquier novedad, cualquier amenaza, inmediatamente se las trasmitiré a fin de ponerlos en guardia". Los ladrones son el único azote peligrosísimo; asaltan caseríos y haciendas. De cuando en cuando aparecen grupos de quince o más bandidos, robando y asesinando. Tengan los ojos muy abiertos, advirtió. Ahora nosotros ya no les temeremos, gracias a las armas proporcionadas por ustedes.

—Muy bien; gracias, muchísimas gracias por la advertencia.

—Es mi deber. Así mutuamente nos cuidaremos.

—Dinos, Pedro, ¿por qué bautizarían esta montaña con el raro nombre del ¡Zas-Tigre!?

—¡Ah... señores! Porque aquí los tigres como las mulas andan en recuas; se cuentan por centenares, al extremo que a cada paso acechan al hombre, causando muchos daños a las haciendas. Los tigres y los ladrones son dos peligros que constantemente nos amenazan.

Se despidió muy contento por tener de vecinos a nuevos amigos, prometió regresar con las ollas que olvidáramos y al

mismo tiempo le cedimos seis bestias por mientras aparecían sus verdaderos dueños.

En el acto nos entregamos a la tarea de cortar madera a fin de levantar un rancho espacioso de troncos rollizos, a manera de las isbas rusas, comunes en las estepas donde asuela el lobo y el oso.

Las primeras noches encendimos fogatas para librar las mulas y nosotros mismos de la voracidad de los felinos.

Efectivamente, Pedro no mintió. Parecía que el sitio escogido era el lugar de cita de los temibles carniceros. Según el diapasón de los distintos rugidos, no eran cinco ni diez; por lo menos una tropa más o menos numerosa, tal el concierto de distintos tonos que nos ofrecían al solo obscurecer.

Al regresar Pedro con las ollas vino acompañado —de cuatro hermanos—, trayendo sus herramientas y otros implementos a cooperar en la construcción del rancho y de un corral para proteger las bestias. Con la valiosa ayuda, pronto terminamos los trabajos más esenciales.

Ya descansados tuvimos tiempo de disfrutar del bellísimo panorama que ofrece ¡Zas-Tigre!. Es una montaña tan elevada, que por la noche se ven los resplandores de las luces eléctricas de las ciudades de San Miguel y La Unión, en El Salvador, y el puerto de Amapala, al sur de Honduras.

Una tarde al pensar que no conocíamos bien el funcionamiento de las ametralladoras, ya que el Coronel Picaporte solamente nos dio rápida explicación, dispusimos entrenarnos, sirviendo de blanco los tigres que pasaban a distancia. Al no encontrar dificultades en el manejo, las guardamos, haciendo uso exclusivamente de los rifles.

Por las mañanas nos deleitábamos contemplando el vuelo y oyendo el canto de variadísimas aves de vistosos plumajes.

No podré olvidar la grata impresión que siempre experimentaba al ver una extraña ave como del tamaño de una gallina común; no por su canto porque nunca lo oí, sino por su elegancia, su majestad en su pausado vuelo y combinación verdaderamente extraña de sus colores: en la cabeza lucía una especie de morrión amarillo, cuello blanco, cuerpo azul y cola profundamente roja. Pienso que esta ave no es conocida de los ornitólogos.

* * *

Una de tantas veces que nos visitó Pedro, nos refirió que al pie de la montaña, se encuentra una cueva profunda, guarida habitual del célebre bandolero **el Partideño.**

"Mi padre, —prosiguió—, siendo un muchacho, inspeccionó la cueva ya deshabitada, donde todavía se dice el Partideño enterró el producto de sus fechorías, producto de miles de cabezas de ganado robadas en Nicaragua y Honduras, que vendía en El Salvador y Guatemala, en connivencia con otros maleantes.

"Desde aquella época muchos aventureros se han dado a la búsqueda del fabuloso tesoro, pero como es tan profunda y existen algunos derrumbes, no han podido penetrar al interior.

"Recién muerto el Partideño, lo que impidió encontrar el tesoro, fue la inmensa laguna que se encuentra a la entrada, obstaculizando el paso a la otra orilla opuesta. Aunque para los aventureros no era una barrera, sí temblaban ante el peligro que ofrecía una boa encantada que al sentir pasos bostezaba como avisando tener cuidado acercarse, que alguien vigilaba la fortuna del bandido.

"Cómo sería de rico el tesoro de el Partideño, que mi padre, aunque temeroso por la edad, metió un guacal en la lalaguna, amarrado al extremo de una vara, logrando sacar entre las arenas, diez bellísimas perlas que todavía conserva".

Lo referido por Pedro nos trajo a la memoria lo que en clase de historia nos explicara el Profesor acerca de las andanzas del bandido. Cierto que era un perfecto cuatrero, pero se cuentan numerosas leyendas tejidas alrededor de tramas amorosas y de actos de verdadero hidalgo.

El Partideño tenía por norma robar a los ricos para favorecer a los pobres, especialmente a las viudas.

Siendo el bandolero un mozo de marcial postura, a su paso iba conquistando corazones, al extremo de enloquecer de amor a más de una doncella del Valle de Sensenti, lugar predilecto de sus correrías.

Con tres cosas contaba el Partideño para adueñarse del cariño de las damas: su arrogante juventud, su plata mal habida y su valentía probada en cienes de encuentros. Qué más podía pedir una doncella cuando las mujeres no reparan en las cualidades esenciales del hombre sino en los aspectos impresionables del macho. Si estamos errados tienen la palabra las viejecitas del Valle de Sensenti.

* * *

Aunque el invierno ya había principiado, sembramos maíz, frijoles, ayotes y patasteras. Sabíamos que en la montaña casi todo el año es bueno para la agricultura. Y por mientras crecía la milpa, nos entregamos con más interés a la caza de venados y cerdos de monte, únicamente en el día; por la noche era trabajo perdido. Los breves minutos que tardábamos al ir a cobrar la pieza, ya el tigre se había anticipado cargando con ella.

A los felinos no teníamos prisa de buscarlos; por la noche al solo obscurecer y notar que no encendíamos lámparas, se acercaban al canal de las mulas, máxime que también contábamos con dos vacas prestadas por la familia Licona; creyendo hacer su agosto, a boca de jarro ofrecían el mejor blanco.

Las pieles, desde un principio, las íbamos secando y almacenando.

Teníamos necesidad de fondos.

Siempre agradecidos con la familia Licona, por sus infinitas bondades, constantemente nos turnábamos llevándoles cargas de venados, recomendando únicamente guardarnos las pieles.

Estos viajes, tres veces por semana, era motivo de infinito placer por la ocasión de conversar con las hijas del señor Licona, al comprender que les éramos simpáticos.

La carne que nos sobraba en abundancia la salábamos, secándola al sol.

Llegó un momento de agotarse prontamente la existencia, volviendo a almacenar más tasajo. Consistía en que nuestra presencia en ¡Zas Tigre! era un secreto a voces entre los aldeanos pobres, carentes de escopetas. Llegaban con el pretexto de comprar raciones; nunca les vendimos, favoreciéndolos con largueza. Esta bondad de nuestra parte equivalía a sembrar en buen terreno: se trataba de gente agradecida; siempre estarían de nuestro lado en caso necesario.

* * *

Meses después nos avisó Pedro que haría un viaje con dos hermanos más y los mozos, a la cabecera departamental, a vender un cargamento de quesos, mantequilla, café en grano y panela. Se nos ofreció llevar nuestras pieles que con agrado se las confiamos, encargándole traernos calzado, ropa de dril, calcetines, ropa interior y sobre todas las cosas periódicos, de cualquier fecha, nada sabíamos del mundo interior ni exterior.

* * *

Una cuadrilla de bandoleros de la que nos hablara Pedro, que desde años atrás venía azotando los desplobados, posi-

blemente en convivencia con algún mal vecino, se dio cuenta de la salida de los tres hermanos Licona y sus peones.

Siendo rica la hacienda era una presa tentadora, máxime quedando resguardada únicamente por los otros tres hermanos, fácil según los bandidos de reducirlos por el ínfimo número, robar impunemente y abusar de las hermanas, como lo venían haciendo en otros hatos.

Los forajidos al tanto de la distancia que se encontraban los amigos que iban a vender sus productos no vacilaron aprovechar una noche tempestuosa para asaltar la hacienda. Todos andaban montados en las mejores bestias robadas.

Dichosamente, los hermanos Licona, siempre alertas, ya obscureciendo vieron descender por el camino que conduce a El Salvador, la cuadrilla de matones y se prepararon a la defensa. Al acercarse unos cien metros los Licona probaron sus rifles matando a los más atrevidos. La detonación de armas de largo alcance y dos muertos de la avanzadilla no figuraban en el plan de los perdonavidas; pararon en seco, para deliberar. Esperaron que llegara la noche para rodear la casa; mientras, escampaban la tormenta bajo los árboles. Esta demora fue su perdición. Palma Real, la mayor de las hermanas, aprovechó la tregua para salir sigilosamente por la puerta, trepó por desfiladeros al camino de herradura; a poco se encaminaba por la pica conocida por la familia, con dirección a nuestro campamento. Aquella mujer sin cobardías, la distancia de tres kilómetros la había recorrido a paso largo, posiblemente corriendo, tal su desesperación de solicitar nuestro auxilio.

Sin enterarnos del todo de lo que estaba ocurriendo, en el acto montamos y bien armados salimos con Palma Real a las ancas de mi mula, bajo una tormenta preñada de rayos.

A doscientos metros oímos las primeras descargas. Desmontamos y escondimos las cabalgaduras.

La mujer que conocía palmo a palmo su predio, nos fue guiando con cautela. Al aproximarnos unos cuarenta metros oímos los golpes por romper las puertas, seguidos de imprecaciones.

Silenciosamente, a la sombra de los árboles frutales nos distribuimos en forma de batalla. A Romí que manejaba una ametralladora, se le asignó terminar a toda costa con el jefe y tres secuaces más que dichosamente los localizamos a la luz de un relámpago, al pie de un corpulento ocote, observando confiado el atraco, Runfla se colocó con la otra ametralladora en uno de los extremos del lado sur del corredor. Palma Real, portando mi revólver y yo con mis armas nos apostamos en el otro extremo norte, tras cercado de piedras, previendo esquivar los disparos que haría el compañero.

Habíamos convenido que a la detonación de la granada de mano que meses atrás me regalara el coronel Picaporte, sería la señal para romper el fuego. Diríase que los hermanos Licona estaban al tanto de nuestro plan por su inmediata participación sincronizando el ataque. Esperamos unos segundos y llenos de ansiedad, de zozobra; al producirse otro relámpago providencial, dí la señal arrojando la granada que estalló como impacto de cañón. Romí soltó la primera rociada sobre el grupo del Ocote; Runfla barrió con los bandidos del corredor mientras los sitiados abrían las puertas por el lado poniente y se batían a machete limpio con los forajidos.

Aunque los atacantes eran superiores en número, posiblemente el tableteo de las ametralladoras, les infundió pavor desconcertante, creyendo con razón de tratarse de fuerzas del Gobierno, máxime el cañonazo de la granada, al extremo de acobardarse, muriendo como ratas.

Al cesar los disparos esperamos un tiempo prudencial. Al fin, comprendimos que todo acecho había terminado. Encendimos grandes fogatas cien metros a la redonda, llamando

la atención de algunos caseríos por el exceso de luz, no acostumbrado.

Gozosos nos reunimos en el corredor para ver quién faltaba. Solamente tuvimos que lamentar las heridas leves sufridas por dos hermanos y una hermana Licona producidas por la granada al perforar los fragmentos las puertas, alcanzándolos.

En uno de los pilares encontramos apersogado y muerto un hermoso caballo, cargado de monturas y otros objetos sustraídos de cuartos independientes.

Nos abrazamos y dimos gracias a Dios por haber salido bien de la refriega. Las mujeres no podían ocultar el llanto, no por aflicción sino por el estado nervioso en que se encontraban; lloraban de alegría. Comprendían que la mala hierba había sido podada de raíz.

Esa misma noche la nueva como reguero de pólvora inflamada cundió por valles y trepó a los montes.

Al disponernos regresar antes de aclarar el día, era tanto el júbilo y agradecimiento de la bondadosa familia, que no quería ella sola disfrutar del goce del tiempo, pero le hicimos ver el peligro que correríamos al ser vistos por personas extrañas, que no estaban al tanto de nuestra situación. Solamente una cosa recomendamos de manera especial: guardar absoluto silencio de nuestra participación y menos hablar de ametralladoras.

Lo que habíamos previsto sucedió: desde la mañana atraídos por las inmensas luminarias comenzaron a acudir vecinos; por la tarde llegaron hacendados seguidos de sus mozos. Al siguiente día, escoltas militares, tomando nota de lo ocurrido; no se explicaban como simples tres hombres habían liquidado a la turba asesina. El suceso no tuvo graves consecuencias por encontrarse fuera de la ley los asaltantes,

circunstancia que nos alivió para salir libremente de ¡Zas-Tigre! ¡Es obra de Dios!, exclamó el cura de la aldea más cercana; andaba buscando entre las maletas de los muertos el cálix de oro robado días antes de la iglesia.

Como los ladrones no tuvieron tiempo de huir, dejaron varias bestias ensilladas, aparte de la muerta, aprovechándose los arreos.

Varios de los hacendados presentes reconocieron sus caballos pero se negaron a llevarlos, alegando que ya no les pertenecían, cediéndolos a quienes les habían traído la tranquilidad, más valiosa que cien cabalgaduras.

Los muertos fueron hacinados y quemados, menos un jovencito que murió al pie del ocote, al lado del jefe. El viejo Licona se opuso llevar el cadáver a la pira común, ordenando acomodarlo en caja corriente y darle terraje en fosa especial. "Alguna tragedia encierra la vida de este muchacho" —musitó—. Su experiencia de anciano se lo estaba diciendo. Antes de sepultarlo dispuso registrarle las ropas, encontrando una cartera con cincuenta colones en billetes; un retrato de señora como de 45 años y una carta de amor firmada por, **Tuya, Rosinda.**

Dos días después supimos que solamente un bandolero se había escapado; al llegar a los pueblos de la frontera, exageró de tal modo el encuentro que dijo haber sido aniquilada la cuadrilla con ametralladoras y piezas de artillería, quizás por el estruendo producido por la granada. Esta noticia llegó a oídos de una apreciable matrona de Santa Rosa de Lima, quien algo presentía y en otra información se hizo acompañar de otro hijo, estudiante de medicina, presentándose en el terreno de los hechos.

La familia que había visto el retrato encontrado en la cartera del joven muerto, desde el primer instante se desvivió en atenciones a la recién llegada a fin de mitigarle la

angustia que transpiraba por todos los poros del cuerpo. Al fin la señora, un tanto abatida, se resolvió a preguntar a las mujeres de la casa sobre lo sucedido y ver si le podían dar algunas noticias sobre el menor de sus hijos, muchacho inexperto que meses atrás abandonara la escuela sólo por enrolarse con los fascinerosos. Andaba ansiosa tras alguna pista que pudiera ponerla en el camino de su hijo.

Las mujeres posesionadas del estado de angustia de la pobre madre, la aconsejaron hablara con su padre. Ella, que algo sospechaba, se acercó nerviosa al viejo Licona, quien después de escucharla, le habló paternalmente narrándole lo ocurrido a tiempo que comparaba el retrato con la cara de la interlocutora. No cabía duda, ¡era ella!, la madre del muerto. La desconsolada mujer se hincó en la tumba, abrió los brazos en cruz, lloró amargamente y rezó un Padre Nuestro; ya resignada, con un pañuelo se enjugó las lágrimas; dio gracias a Dios y se incorporó completamente serena.

Nadie previó conformidad tan inesperada. Diríase que ya no lamentaba la pérdida irreparable, pero no era así; mujer profundamente religiosa aceptaba sin gamoteos la voluntad del Supremo Hacedor. Llamó al estudiante y dispuso cargar con el cadáver. Al desenterrarlo con todo y ataúd, se le colocó dentro de otra caja más holgada, herméticamente cerrada. Contrató mozos y marchó por la vía dolorosa a su pueblo a darle cristiana sepultura.

El cuadro era tan impresionante, que no pudimos sustraernos; con los dos compañeros ayudamos a cargar como un desahogo a nuestras conciencias por la participación de culpabilidad; queríamos purgar los pecados. Con los hombros ya inflamados llegamos hasta la línea divisoria.

En la frontera un resguardo salvadoreño intentó detenerla por falta de documentación, pero como se trataba de mujer acaudalada, sobornó la escolta y continuó la marcha.

Si los hijos supieran cuánto los quiere la madre, nunca darían lugar a proporcionarle sufrimientos; pero los hijos han nacido con la tara de las ingratitudes.

* * *

Una semana después, la prensa de la capital, a grandes titulares relataba la hecatombe, diciendo que tropas del Gobierno, gracias al celo del jefe militar encargado de la zona, había barrido y liquidado a una cuadrilla de ladrones que por años venía asesinando y robando impunemente a los pequeños y grandes propietarios de los pueblos del sur-oeste del País.

Quedaron tan escarmentados los maleantes, que hasta la fecha no han tenido imitadores en forma organizada.

* * *

El viejo Licona esperó el retorno de los hijos y los mozos para referirles el suceso y darnos una fiesta íntima.

Pretextando que cumplía años Palma Real, aprovecharon la ocasión de la llegada de Pedro a entregarnos los periódicos, otros encargos y dinero sobrante de la venta de pieles, para invitarnos a asistir a la fiestecita familiar el domingo venidero, faltando cinco días para vencerse la fecha, mientras, nos entregamos con pasión a la lectura de la prensa.

No nos sorprendió enterarnos de que el General Badul que era el nuevo Jefe de Estado; para ascender a la primera magistratura fue necesario tenderle a su paso una alfombra de cadáveres. Ya lo esperábamos, el pueblo todavía no tiene conciencia cívica para evitar los fraudes con apariencias legales.

En la misma prensa se excitaba a los ciudadanos a la concordia, a entregar las armas todavía en manos particula-

res, concediendo amplia amnistía por los delitos políticos y comunes conexos.

Comprendiendo lo que duraría el paréntesis de libertad, estudiamos la ocasión para aprovecharla de la manera más conveniente, pero antes, consultaríamos con la sabia experiencia de don Felipe. Sus bellas hijas nos retenían con sus gentilezas. Se desvivían por hacernos grata la vida. En una palabra, nos sentíamos atados por los hilos invisibles del amor.

Tomando en cuenta el propósito en mente, asistimos encantados, el día propiamente indicado.

Nos recibieron como siempre, con los brazos abiertos. El viejo Licona, al estrechar nuestras manos, dijo en tono que nos llamó la atención: "Están en su casa; ésta es su verdadera casa"; la expresión fue dicha con tal vehemencia que se notaba venir de su alma sincera.

La casa había sido engalanda según la costumbre aborígen: pino desmenuzado en todas las piezas y patios; pacaya en los pilares de los corredores, con florones, gallinazos, anaranjados; y en la sala principal colgaban bellas orquídeas, con paste teñido a varios colores adornando puertas y ventanas. La impresión a primera vista, aún remontándose a doscientos años atrás, agradaba, alegrando vivamente el espíritu.

Para amenizar la fiestecita se contaba con antiguo fonógráfo, algo afónico por la edad.

Principian las copas y cuando ya habíamos tomado lo suficiente en la primera ronda, le expusimos a don Felipe nuestra intención de marcharnos a la república vecina. Ya contábamos con calzado y la ropa traída por Pedro; algunos fondos, aparte de las cargas de pieles que llevaríamos al mercado.

El viejo Licona después de escucharnos atentamente, nos preguntó:

—¿Y por qué pretenden marcharse ahora que el país está tranquilo?

—Precisamente, queremos aprovechar la tregua para arreglar asuntos personales. Son conocidas las medidas de violencia que implantará el nuevo gobernante una vez que se sienta más o menos fuerte.

—¿Están seguros?

—Sin apelar al terror no se sostiene. Nosotros no queremos exponernos a vejámenes.

—Me parece que ustedes prejuzgan.

—No, don Felipe, no prejuzgamos. El pueblo posiblemente se va a dar cuenta de la afrenta que ha sido objeto; al despertar volverá a la carga reclamando sus derechos conculcados, encendiéndose nuevamente la guerra fratricida, medida que todo bien nacido lamentará.

—Puede que tengan razón, pero antes les haré una proposición por tener de ustedes el más elevado concepto.

Guardó un momento silencio; diríase para poner en orden las ideas que venía madurando para exponerlas sin trabas ni vaguedades.

Llamó a los seis hijos y los sentó al lado izquierdo; después a las tres hijas y las colocó a su derecha; nosotros al frente, le oíamos.

—Bueno, amigos queridos. Después de muchas cavilaciones he llegado al punto culminante relacionado con el porvenir de mis hijas. Sé que ustedes son hombres en todo sentido y por eso les aprecio. Si hubieran llegado a la hacienda con referencias de personas notables, posiblemente les hubiera atendido pero no estimado en alto grado, gracias a que ustedes no necesitan recomendaciones para saber lo que valen. Yo ya me voy a morir. Antes de bajar al sepulcro es mi deseo

que se queden en mi casa participando de mis bienes, siempre que convengan proporcionarle a mis niñas, la felicidad a que tienen derecho.

Con mi ofrecimiento no veo la razón de ir fuera de la Patria a buscar el pan de la amargura teniéndolo ya sazonado en nuestro hogar que también es de ustedes. ¿Qué opinan?

—Su noble intención no puede ser más generosa; no tenemos palabras con qué agradecerle su interés por ayudarnos a labrarnos un mejor porvenir. Ruégole excusarnos, por esta noche, nuestra respuesta la tendrá el domingo venidero.

Momento embarazoso supo despejarlo don Felipe, ordenando:

—¡Ahora, a bailar!

Romí tomó del brazo a Clavel, la menor; Runfla, a Rosa María, la de enmedio y yo a Palma Real.

Al vernos danzar los hermanos se mostraron contentísimos. Su regocijo y maneras de agradarnos lo manifestaban espontáneamente, sin egoísmo, eran la bondad personificada. Sí, no podían ocultar sus temores al pensar que podíamos partir para siempre, deseando retenernos con el cariño de las almas puras que no entienden de cálculos ni malicias.

Yo pregunté a Palma Real, cómo era posible que don Felipe ofreciera su mano sin consultarla.

Ella, antes de contestar, sonrió, por considerar ingenua mi pregunta.

—Mi padre sigue observando la tradición de sus antepasados. Usted comprenderá, que los padres buscan lo mejor para sus hijos; si desgraciadamente se equivocan, cosa que no sucede cuando hay carácter y patrimonio; pero supongamos que haya un error de cálculo por millar, no los culpamos, es obra del destino, de la ley fatal.

—¿Y ustedes piensan que encontrarían su felicidad al lado nuestro?

—Las mujeres se engañan porque quieren, obedeciendo quizás a impulsos precipitados de la naturaleza. Desde la primer noche que cenaron con nosotras, los juzgamos de no ser personas comunes. Y este concepto se afirmó más, en proporciones de cariño encendido y admiración sin precedente en nuestra existencia apacible, la noche del asalto. Comprendimos de lo que son capaces; jugarse la vida por alguien que acaban de conocer, es obra de ciudadanos superiores, de hombres de primera línea en la escala de las responsabilidades.

—Gracias por la flor.

—¡Qué flor de la perica! Todo se lo merecen; y quiero aprovechar la ocasión para expresarle mis agradecimientos en nombre de la familia. Si no hubiera sido por su valiente cooperación, estuviera muerta, menos deshonrada.

—¿Muerta?

—No le extrañe. Antes de ser ultrajada, sucumbo con el machete en la mano al lado de mi padre, ya que mis hermanos son hombres para defenderse por sí solos.

—Así me gusta verla, exaltada. Sé de sus resoluciones en los momentos críticos y esto me seduce.

—Al lado de un hombre fuerte, ninguna mujer tiene miedo. Antes bien, a la mujer se le despiertan ciertas rebeldías que lleva dormidas. ¡No se imagina cuánto ansiaba esta clase de impresiones! Nos desvelábamos buscando un pretexto; al fin se presentó la oportunidad de ofrecerles esta fiestecita por reconocimiento y sobre todas las cosas queríamos estar en contacto con ustedes para aclarar nuestro estado de incertidumbre, para definir el propósito que venimos madurando.

—¿Qué propósito?

—No se haga el inocente. ¿No oyó lo que expusimos por boca de mi padre? Todo ha sido consultado en rueda de familia.

—Muy bien. Ya dijimos a don Felipe que el domingo entrante daremos nuestra respuesta.

—¿Por qué tan tarde?

—No se impaciente, que sin haber concretado ustedes ya saben lo que les espera.

Rió de manera tan loca que sin darse cuenta de un tirón me desprendió la manga del saco, mal costurado.

Para nosotros la idea de casamiento no era nueva, ya nos habíamos insinuado en forma que apenas dejara ligera huella. En largas veladas lo habíamos platicado, llegando a la conclusión de convenirnos por tres cosas fundamentales: por su belleza, por sus medios económicos y por su cultura. Todas eran graduadas en colegio servido por religiosas, adquiriendo costumbres honestísimas al par de un temple varonil en momentos críticos sin dejar de ser femeninas en el seno del hogar.

Si no habíamos intentado declararnos abiertamente era en espera de aclararse los acontecimientos que convulsionaban el país. Parece que ellas estaban al tanto de nuestros pensamientos, con la ventaja de haberse adelantado en la seguridad de no fracasar.

No queriendo continuar martillando sobre algo que estaba resuelto en nuestro fuero interno, pregunté a Palma Real:

—¿La noche que fue a solicitar nuestro auxilio, no tuvo miedo ser devorada por los tigres?

—Nunca les he temido. A mi padre he oído ciento de veces contarles un cuento a mis hermanos acerca de la actitud que deben tomar frente a las fieras; y ese cuento en la soledad de la hacienda nos infunde plena confianza, sentimos valor al recordarlo.

—¿Quisiera referirlo? Debe ser muy interesante.

—Así es, de mucha utilidad a los campesinos que andan armados o desarmados. Las fieras no miden el peligro: vencen o mueren.

—¿Pero bien; y el cuento?

—¡Ah!, siendo mi padre un hombre de veinte años, un viejo cazador lo encontró en plena montaña. Al verlo con el arma preparada, le preguntó:

—¿Cuántos tiros llevas en tu escopeta?

—Solamente un cartucho, señor.

—Ve hijo: todo animal le tiembla al hombre. Si te encuentras con una fiera no vayas a disparar si no tienes la certeza de matarla con el único cartucho que cargas; si desgraciadamente disparas y la hieres, la bestia se revolcará en su misma sangre y ya rabiosa te atacará y te matará. Lo que debes hacer al encontrarte con una pantera —por ejemplo— es armarte de valor, valor de hombre y le pegas dos o tres gritos con toda la fuerza de tus pulmones y verás cómo se aparta del camino.

Efectivamente. En la cúspide, ya para descender al caserío «Las Tumbas» por la escalera de Lucifer...

—Perdone que la interrumpa. ¿Por qué la llaman de Lucifer?

—Porque sólo el demonio pudo haber construído una escalera, labrada en la misma piedra, de un kilómetro de largo sobre la saliente de pavoroso farallón. Es tan peligrosa

la bajada, que al menor descuido el viento impetuoso empuja con violencia, perdiéndose la vida al caer al abismo, pero Dios que todo lo ve, para hacerle comprender a Satanás que El siempre está presente en los peligros, en cada peldaño ha hecho nacer plantas de bambú; los que se aventuran, poco a poco van agarrándose de los tallos leñosos.

Mi padre vió a un león como a treinta metros interceptando la escalera; al principio se sorprendió tendiéndole rápido la escopeta, luego recordó el consejo del viejo cazador; bajó el arma y le gritó desaforadamente; la fiera con la cola entre las patas, no se apartó por carecer de espacio para moverse, en cambio dispuso también descender. Era un caso insólito ver a mi padre bajar por el guindo de la muerte precedido del león hasta pisar el plan con la consiguiente alarma de los vecinos de La Tumba, nombre de elocuente advertencia a los que se arriesgan y pierden la serenidad.

La historia que acabo de referirle fue la que me alentó para llegar esa noche sin temores a su campamento.

—Comprendo que ustedes son mujeres completas. Pueden labrar la dicha del hombre bien intencionado.

—¿Existen mujeres incompletas?

—Físicamente ninguna, salvo las lisiadas. Moralmente con sentido de responsabilidad, capaz de ir más allá de la abnegación, pocas como ustedes.

—Le devuelvo la flor, Profesor.

En esos momentos fuimos llamados a brindar en rueda familiar. Las tres hermanas con la intuición innata de las mujeres comprendían estar sembrando en tierra abonada; ya les éramos dueños de sus cariños y nos trataban con la confianza de maridos, por la seguridad de ser sus esposos tarde o temprano.

Brindamos porque el porvenir nos deparara días de mayor bienestar. Ellas en vez de apurar el vino en copas separadas, brindaron con los restos de nuestras copas como una demostración elocuente del amor que sentían.

Ya con la aurora despertando en los cerros el sueño de los pájaros, nos despedimos llevando dentro de los pequeños corazones un mundo de alegrías.

* * *

El día siguiente por la mañana recibimos tres cartas cariñosas de las tres hermanas, recordándonos la respuesta.

Desde la noche anterior veníamos discutiendo acerca de la conveniencia de casarnos con mujeres dignas de nuestra posición de hombres de porvenir. Ellas, dueñas de muchos merecimientos, estaban preparadas de hacer papel airoso en cualquier círculo social. A nosotros, pues, se nos presentaba la oportunidad de dejar la vida de gitanos que nos reservaba la emigración.

En el curso de la plática Romí reparó: con estas ropas demasiado holgadas nos vamos a ver ridículos a la hora de la boda. ¿Qué hacemos? El miércoles muy temprano al recibir nueva correspondencia acordamos mandar con el mensajero los trajes traídos por Pedro, con sus correspondientes medidas, para que los descosieran y ajustaran a nuestros cuerpos.

Cada uno mandó su maleta a la dueña de sus pensamientos, con instrucciones claras y precisas. Desde ese momento principiaba la vida de esposos, de lo cual nos sentíamos satisfechos.

Posiblemente trabajaron en sus máquinas día y noche. El sábado por la tarde regresaron los trajes, camisas y ropa interior como salidas de la tienda.

El domingo con lo fresco de la mañana hicimos viaje. Ellas nos esperaban con tal zozobra que se adivinaba en sus semblantes; impacientes por conocer nuestra respuesta que ya habían captado desde la primera noche que nos conocieron.

Desayunamos con toda la familia. El padre ocupó la cabecera de la mesa, nosotros los lados; no sé que fenómeno social paralizó nuestros pensamientos los primeros minutos. Yo que me precio de locuaz permanecía medio mudo. En silencio reprochaba mi actitud en momentos que Runfla para romper la losa que pesaba en esos momentos en nuestras lenguas, gritó: ¡La felicito Palma Real!

Aquella voz fue recibida con grandes demostraciones de alegría por considerarla como respuesta conjunta; todos igual a los pericos, hablábamos al mismo tiempo, no nos entendíamos: cada loco con su tema.

Al fin, cuando vino la calma, convenimos que Romí y Runfla se casarían en el distrito más cercano; yo por razones especiales contraería matrimonio en la ciudad de San Miguel, El Salvador, distante a una jornada en resistente cabalgadura. Como existía buena voluntad nadie objetó mi parecer.

Se comisionó a un leguleyo del caserío más vecino para que fuera con la correspondiente información al pueblo, para arreglar y legalizar los enlaces.

Entretanto nos ocupamos de poner en orden nuestras pertenencias.

Se dispuso celebrar el acontecimiento con almuerzo especial donde estarían presentes, además de la familia, los mozos y sirvientas, fieles servidores de don Felipe, hombres en quienes descansaban los progresos de la hacienda; era preciso estimularlos con un rango de distinción.

Cipriano, el peón más viejo, me refirió, que en su tiempo los festejos de una boda duraban quince días y se anun-

ciaba un año antes a fin de que los asistentes, previamente invitados, dispusieran de tal manera sus trabajos que llegada la hora no tuvieran obstáculos para disfrutar media quincena en bailes, comer y beber. El acontecimiento marcaba época en la apacible vida aldeana. Aunque la insinuación de Cipriano era muy elocuente, mi estado de alma no permitía revivir tiempos pasados, tiempos de jolgorios. Tenía puesta la mente en algo más transcendental.

* * *

Diez días después avisó el recomendado que todo estaba listo; a continuación marchamos, figurando con mi futura esposa como padrinos.

En el camino, al atravesar una quebrada, la bestia de Runfla fue mordida por un barba amarilla, muriendo el animal como fulminado por un rayo, tal el veneno de la serpiente. En el acto desmontamos y la víbora al vernos quiso atacarnos, pero a un tiempo le disparamos.

—Mal agüero, dijo uno de los mozos. Clavel al oír la expresión, se encrespó para protestar: —sólo las cobardías se vuelven vulnerables a los prejuicios.

Al llegar al pueblito, recto nos guiamos a desmontar a los corredores del cabildo municipal. Después del matrimonio civil nos encaminamos a la iglesia a la boda eclesiástica, donde tuvimos otro momento desagradable.

Nos encontrábamos sentados en la sacristía esperando que se vistiera el sacerdote, cuando una mujer vestida de negro, todavía hermosa, al ver a Runfla se le acercó indignada para increparlo: "¡Oh... gran sinvergüenza! ¿Te vas a casar estando comprometido conmigo"?

Runfla no hayando qué contestar se puso lívido de pena, cambió de colores; Clavel se irguió, clavando con tal fiereza

sus ojos a la intrusa que la mujer llena de espanto lentamente retrocedió.

En momento tan embarazoso me incorporé para alejar a la dama, pero dichosamente el sacristán que oyó voces fuera del tono común, corrió a decirnos: "No le hagan caso, es una pobre loca. Siempre sucede lo mismo en cada casamiento, si no en la iglesia en la calle".

Vino la calma y reímos del chasco, a tiempo que la esposa «ofendida» sin darse cuenta que lucía vestido de novia, corrió arrastrando la cola hasta la puerta sólo para ir alcanzar a la loca y regalarle toda la plata que cargaba el marido en la cartera.

Al regresar Clavel a nuestro lado, comentó: "Así hubiera quedado yo si Dios no me oye".

* * *

Al retornar a la hacienda lo primero que dispuse, antes de sufrir una afrenta, reunir las catorce mulas de la montaña que reteníamos en el campamento. Con nota explicativa las mandé a la autoridad directamente encargada a fin de que las devolvieran a sus legítimos dueños.

Lo único que guardamos discretamente, fueron los rifles, ametralladoras y parque sobrante.

En un país convulsivo por naturaleza, la autoridad es impotente para garantizar la vida ciudadana. Lo único que respetan los malhechores es ver un rifle en manos resueltas, no en manos honradas.

Ahora a mí me tocaba cumplir la palabra empeñada.

Antes de partir, don Felipe reunió la familia para aconsejarnos y despedirnos: "Me siento gozoso de morir sin preocupaciones. Hoy mis hijas tienen quién haga mis veces. Sólo

me duele bajar al sepulcro y no conocer a mis futuros nietos. "¡Qué sean felices mediante la voluntad de Dios!" Un poco emocionado sacó de vieja caja las diez perlas de que me hablara Pedro encontradas en la cueva de El Partideño; nueve repartió entre sus hijas y una dejó al cuidado de sus hijos para ser entregada al primer retoño que viniera al mundo; las perlas no eran blancas, sino rosadas de bellísimos tonos; valían una fortuna.

Se sirvió el almuerzo especial que desde un principio acordáramos.

Don Felipe se sentó a la cabecera; a la derecha los mozos y sirvientas y a la izquierda, nosotros. La disposición era obra de Palma Real, ya que con sus dos hermanas no se sentarían a la mesa sino que distribuirían las viandas.

Las criadas como es de suponer se mostraron jubilosas por ser objeto de una distinción no acostumbrada.

Antes bebimos una copa de licor tan exquisito que posiblemente sólo se conoce en los trópicos por el hecho de prepararse únicamente donde crecen cocales.

Don Felipe explicó: se toman uno o varios cocos ya sazonados; se les saca el agua y se llenan nuevamente de aguardiente, tapándolos herméticamente y enterrándolos en el patio; a los tres meses se desentierran y se sirve el licor, resultando bebida de dioses. Puede agregársele alguna esencia.

Palma Real en momentos de repartir el postre y como para darnos satisfacciones por el hecho de haber sentado a los mozos a la derecha, tocó los hombros del más viejo, para decir: "estos son el brazo derecho de la hacienda".

* * *

Una vez listos, los compañeros y sus esposas, con el pretexto de pasar la luna de miel fuera de casa, nos acompañaron

a San Miguel. Al sólo llegar a fin de no embrollar el tiempo en papeleos ya que no conocía los requisitos esenciales, contraté los servicios de un abogado, quien arregló la boda en breve plazo.

Al presentarme en el salón de sesiones del Cabildo Municipal seguido de mis compañeros y señores que actuarían de padrinos, el secretario principió a dar lectura al acta matrimonial. El señor Alcalde al oír el nombre de Tarquí Arafán, interrumpió para preguntar:

—Perdone, caballero: ¿usted es el famoso maestro de Moropocay?

—Para servir a usted.

—Dígame, ¿Moropocay no es una aldea del Departamento de Valle?

—Sí, señor.

—¿Entonces su caserío, que tanto lo ha dado a conocer gracias a su brillante actuación, es vecino nuestro?

—Usted lo ha dicho.

—Le ruego al pasar la ceremonia concederme unos minutos; deseo hacerle una proposición.

—A la hora que guste, señor Alcalde.

El secretario impaciente por el diálogo sostenido con su jefe, esperaba punto final con el acta en la mano.

Al fin terminó la lectura; firmamos y al disponernos a partir el alcalde volvió a la carga:

—Personas como usted no pueden marcharse así, así. Yo les acompañaré al hotel. Pidió champaña y brindó por nuestra felicidad. Después de la segunda copa me preguntó:

—¿Piensa trabajar en El Salvador?

—Es mi propósito.

—Profesionales como usted no vienen todos los días por aquí. Me atrevo a decirle, que hombres de su preparación se cuentan con los dedos en la República. En el próximo año lectivo le nombraré si acepta, Director de la Escuela de Varones «Gerardo Barrios». ¿Qué le parece?

—Servir es mi deseo, señor Alcalde.

—Como faltan dos meses para los exámenes y dos de vacaciones, ordenaré pagarle los cuatro meses. Quiero retenerlo por considerar de mucha importancia a la enseñanza aprovechar sus conocimientos.

—Un millón de gracias, señor Alcalde. Yo sabré corresponderle.

Al despedirnos de la primera autoridad civil, traje a la memoria el pensamiento inmortal de Castelar: **"Ningún esfuerzo por el progreso universal se pierde".**

Los diez años que permanecí en Moropocay me habían dado nombre de buen Profesor que lo ignoraba. Este simple detalle viene a demostrar que el fósforo en cualquier rincón se encuentra, se divisa de las latitudes más apartadas. En la montaña o en el poblado el que carece del entusiasmo de superación, el que no se renueva con el estudio en los distintos órdenes de su profesión, es lo mismo que no existiera, no se hace notar, es un ente común que come en la artesa común. Yo, gracias a mi constante labor, las gentes agraciadas con mis enseñanzas se encargaron de divulgar mi nombre como un acto de justicia.

Dichosamente cuando trabajé en San Miguel tenía frescos los laureles. El Alcalde, persona responsable, al cumplir el primer mes mandó a mi casa a un escribiente con el recibo a recoger mi firma.

Considerando vergonzoso recibir paga sin trabajar, en todo ese tiempo preparé varias conferencias que los sábados

por la tarde pronunciaba al profesorado de la ciudad y los domingos a los maestros rurales en sus propias aldeas. Tres días por semana servía clases modelos para escuelas públicas. Con mi actuación el Alcalde se sentía más satisfecho, orgulloso, colmándome de atenciones a cada paso.

Llegaba la época de asumir la dirección de la Escuela «Gerardo Barrios», para ese entonces Palma Real se había convertido en agente de sus hermanos.

Como la distancia de San Miguel a la hacienda Licona es relativamente corta, de una jornada en buena bestia y dos con carga, constantemente le enviaban para la venta, maíz, frijoles, manteca, queso, mantequilla, tabaco, arroz y panela. También remesas de cueros y pieles. Tuvimos que alquilar una casa de siete piezas de amplio patio para vivir y atender el negocio.

Una esposa que había nacido con espíritu comercial, los productos que no vendía por encontrarse abarrotada la plaza, los permutaba por azúcar, jarcia y ropa tejida en El Salvador, enviando los artículos a nuestro país, resultando doble utilidad.

Siendo sustancioso mi sueldo y estupendas las ganancias de Palma Real, a los cuatro años compramos una casa céntrica, hermosísima. La propiedad estaba valorada en treinta mil colones e hipotecada en diez mil. Los acreedores la iban a rematar en catorce mil, cantidad a que ascendía con los intereses rezagados y costos.

Nos presentamos al afligido propietario, a ofrecerle pagar la deuda más seis mil en efectivo.

Con patéticas demostraciones de agradecimiento el hombre cerró el trato. Fue tanta su alegría que abrazó fuertemente a Palma Real sin reparar que yo era su marido.

* * *

A los pocos meses de residir en la tierra hermana supimos por la prensa de la caída del desgobierno del General Badulaque. Su tiranía fue efímera. Así tenía que suceder ya que la opinión unánime la tenía en contra. Nos dimos por muy satisfechos encontrarnos fuera de las fronteras patrias. Dichosamente los horrores previstos no se vislumbraron, cosa increíble en un país de venganzas a plazos; un lapso de tranquilidad sucedió al terror, salvo el momento de la caída que fue rápido y sincronizado.

—¿Y cuántos años residiste en San Miguel?

—Veintiuno. Abandoné aquella hospitalaria ciudad a la muerte de Palma Real.

—¿Tuvieron hijos?

—Dos; Tilcal y Amira, ya profesionales y casados. El varón es Ingeniero Topógrafo y la mujercita profesora de alta costura; en Francia estudió cuatro años al lado de los modistos más renombrados. El Ingeniero lo pasa muy bien por haber tenido el cuidado de enseñarle inglés desde niño, circunstancia que toman muy en cuenta las empresas extranjeras para preferirlo. En la vida he tenido varios hogares; el primero, de mis padres; el segundo, de mi esposa y el actual, de Hermano, mi perro entrañable. Los bienes adquiridos en unión de mi difunta esposa ya los doné a mis hijos, consistentes en dos casas en la ciudad y tierras valiosas a cinco kilómetros de distancia, más los predios cultivados de café, caña de azúcar y ganado, heredados de su abuelo, señor Licona.

—¿Has publicado algún manuscrito?

—El Maestro que no publica las sugerencias que ofrecen las enseñanzas es un Profesor incompleto. No basta formar hombres a punta de dialécticas; es preciso dejar constancia en letras de imprenta cómo se educaron a esos hombres.

Cuando llegué de Moropocay a la capital, cargaba bajo el brazo cinco manuscritos que no pude publicar por falta de estímulo, haciéndolo en San Miguel, gracias al espíritu de cooperación de los dueños de la imprenta.

—No los conozco.

—Son: «Papirolas», trabajo manual elevado a la categoría de Arte. «Nombres Propios de Animales»; si los perros atienden al llamado de nombres individuales, ¿por qué no los otros animales? «Geografía Humana de los Mestizos y Tribus Nacionales». «Vocabulario de Grados», referente al distinto lenguaje que debe usarse en las secciones elementales. Y «Textos Fuera de Propósitos.» Este libro provocó temible polvareda por haber censurado las lacras de los compendios elementales. Aun comprendiendo que los colegas se disgustarían no era posible guardar silencio. En un texto para niños me encontré —por ejemplo— la siguiente explicación: "Los espejismos se deben a la **refracción de los rayos solares**", sin más pormenores. ¿Qué entiende un chiquillo de la montaña o de la ciudad lo que significa refracción? Aunque preguntara no entendería por no encontrarse preparada su tierna mentalidad para conocimientos físicos. Y así, en este orden, las incongruencias.

—¿Y qué piensas hacer después que abandones este tétrico caserón?

—En cuanto recobre mis fuerzas, así viejo como me ves, no moriré arrinconado, moriré al pie de la cátedra. El individuo que tiente en campos ajenos a su vocación, siempre será una medianía, un fracasado.

—Vas a morir haciendo honor a la terquedad heredera de tu raza, los indios.

—Siempre estás haciendo alusiones despectivas a nuestros aborígenes cuando demostraron más talento que los en-

greídos mestizos. El indio se hace tonto por cálculo, pero es superior en inteligencia a quienes presumen tenerla; es un don que Dios les ha dado para defenderse de las engañifas del blanco.

—Reserva tus fisgas para otra ocasión. Ya es muy tarde. Recuerda que mañana me marcho y vendré temprano a despedirme. Buenas noches. El perro como de costumbre, vino a encaminarme hasta el portón; le acaricié la cabeza y salí a la calle.

CUARTA PARTE

Maestro de Aldea

CAPITULO VIII

—COMO te prometí, vengo a darte el último abrazo por si no volvemos a vernos.

Déjate, Trisba, de temores. Por vanidad realizaré un viaje a la capital, tomaremos una copa y revisaremos para la prensa de manera acuciosa, el largo diálogo que hemos sostenido, que dichosamente tú ya lo tienes esbozado. Sin pensarlo mucho ya contamos con la futura novela, de la que me hablaste al principio, llevará por nombre: «Lanza coronada de Sol». Si hay que agregarle algo, quede a tu juicio.

—No me parece adecuado el título.

—Las cosas deben llamarse por su nombre; al maestro de vocación, que tiene responsabilidad de los avances de la cultura, no le es permitido su postergación; el maestro es una «lanza» que progresa abriéndose paso a través de prejuicios y rutinarismos, no a punta de filo bruto si no mediante el destello que le precede, generado por el brillo luminoso de su talento que en este caso equivale a la aureola de luz que le envuelve. Por eso aparecerá con el mote indicado.

—Todo lo que has argumentado lo considero aceptable, pero no es ese el título que se ajuste a la obra. Desgraciadamente, los maestros de larga práctica se enferman de dogmatismos; no puede uno hacerles una observación por considerarse ellos con autoridad para imponer su voluntad; pero, repito. «Lanza coronada de Sol» no encaja a tus propósitos.

—Insinúa algo aceptable, pues.

—«Silbando al Viento», ¿te parece?

—Explícate.

—El Maestro es el primer forjador de las piezas del engranaje que mueven el mecanismo del mundo, quiero decir, el guía en el proceso de formación de profesionales y sabios, de artesanos e inventores; se pasa los mejores años de su vida modelando las estructuras de los jóvenes que administrarán los destinos de la República; mientras los padres de familia como un respiro salvador mandan a los hijos de proclividad manifiesta a la aula bienhechora, él los recibe con el estoicismo que falta a los progenitores, entregándose con cariño a la tarea de domesticar a la fierecita con resabios ancestrales; en fin, de tanto darse física e intelectualmente llegarán a faltarle fuerzas, siendo entonces visto en la encrucijada de su desventura como a Alma Fuerte, insigne maestro argentino, que, en las noches de escarcha se envolvía a falta de cobija, en el pabellón nacional, y el nuestro se arropa en plena noche de indiferencia social con el manto **inconsútil** de la miseria; así, abandonado a su propia suerte, solo, sin recursos ni rencores, se siente feliz de haber cumplido con su deber, y ya sin alientos termina sus últimos días como fuera de sí, Silbando al Viento.

—Ganaste: ese título llevará. No hablemos más sobre el particular. Prepárate para recibirme la primera noche de pascuas.

—Hablas, Arafán, con un aplomo y seguridad que desconcierta. La vida del hombre que marcha sobre una línea recta está expuesta a la vuelta de cada esquina.

—Yo no lo pienso así.

—Hay un espíritu malo que de la cuna a la tumba atisba la ocasión para suprimir al hombre bueno. Nacer para servir de espejo, de persona correcta, trabajadora, es nacer con una maldición a plazos.

El espíritu malo no pierde oportunidad de empujar al hombre honrado a la desgracia, y si logra sobrevivir nuevos intentos, a prolongar la existencia, gracias a su intachable conducta que a manera de valladar mantiene a raya a los males que le acechan.

Pero llegará un día en que el espíritu perverso cansado de darle tanta tregua a su futura víctima, entra en pugna con el destino y a la hora menos esperada arma la mano de un asesino y liquida al ciudadano ejemplar.

—Según tu tesis, ¿es pecado ser buen cristiano?

—De ninguna manera, Arafán. Lo malo está convertirse en mermelada para acabar a dedazos.

—Por tu modo de razonar los pícaros son seres dichosos, viven sin temores.

—¡Claro! Si son aliados del mal...

—No dejas de tener razón; puede que este sea el último abrazo.

—Celebro que por primera vez estemos de acuerdo. Sí, quiero manifestarte, antes de partir, que me detuve en el puerto únicamente para conocer la trayectoria de los muchísimos años que te perdí de vista. Ya la conocí. Me marcho contento de comprender que todavía te mueve el mismo entusiasmo de los veinte abriles; que sos capaz de emprender obras que requieran siglos para terminarlas como un desafío a los que se acobardan con el fardo a cuestas de los setenta años. Tú, eres arquitecto de sueños realizables.

Sólo te recomiendo cuidar de tu salud, salir de este encierro, distraerte. Por las tardes pasea por la playa, allí se te presentará la ocasión de entusiasmarte con la presencia de bellas muchachas, elegantemente vestidas.

—La novedad de la moda me gusta por tener estrechos puntos de contacto con la volubilidad de la mujer: aquélla con sus caprichos pierde los estribos y ésta por seguirlos pierde el pudor.

—Si en ello encuentras la satisfacción de abierta censura, hazlo. También, no olvides visitar salones de proyecciones de conferencias, de comedias, en todo centro social. Tienes que cerrar con broche de oro tu vida de soldado combatiendo en el páramo del analfabetismo.

—¡Ah... Trisba!; todavía te falta qué aprender. El hombre que lleva una chispita en el cerebro no necesita para distraerse concurrir a las monsergas que aconsejas. Para distraerme no voy a fiestas públicas ni privadas.

—¿Qué haces entonces?

—Aparte de la lectura, visito mercados, comedores populares, zapaterías, rastros, sastrerías, barberías; recorro calles y parques; concurro a velorios y a entierros. Allí gozo con expresiones y maneras sin adulteraciones; me deleitan los gestos de sorpresas, de miedo, de alegría; el llanto copioso; las caras desfiguradas, la injuria procaz de los bajos fondos. Nunca, querido amigo, un artista consagrado podrá emular la idiosincrasia de la gente común; aquél, la estudia, en ésta es espontánea.

Ver degollar un buey o retorcer el pescuezo a una gallina, es acto doloroso por la impresión de crueldad que deja en la conciencia, pero se capta la realidad macabra.

Pocos cuadros tan dulces como contemplar a una madre en el quicio de una puerta jugando en el regazo con el hijo. Es algo así como la viva estampa de la Virgen y el Niño.

¿Que un pajarito trina en el alero? Me asomo al corredor a disfrutar de la bella sinfonía que jamás oiré en teatro alguno.

¿Que se quema la tienda del vecino? Saco la cabeza por el postigo y me desvivo abarcando el soberbio panorama de las mujeres temerosas que huyen llevando de arrastra a sus niños; a los hombres que corren, unos a prestar su ayuda, otros, a robar. Escenas como éstas, tan reales, no se ven en ningún coliseo. Pero, digámoslo de una vez, de la esencia de las cosas se requiere preparación y observación, valiéndose del espíritu dilecto que llevamos dormido, fácil de despertar mediante el estudio.

Por eso no voy a espectáculos pagados; equivaldría a tirar la plata por la ventana.

Es bueno que te des cuenta, que el cine comercial se hace para las personas de gustos baratos, principalmente destinado a los ricos que no quieren o no tienen tiempo de cultivar sus sentimientos. El cine artístico, exclusivo a la gente mentalmente superior, vendrá dentro de mil años.

—Tú siempre inconforme, Arafán.

—Ser conforme es lo mismo que estancarse. La renovación es la importante. **A toda proyección cultural** la escoba del tiempo se encargará de barrer las brumas que obstruyen el paso a un plano más elevado de la costra acumulada por el medio.

Al tono pedante del discurso sucederá la sencillez de la plática; a la engorrosa conferencia, la tertulia familiar; el teatro no será una prolongación de la humana realidad como se viene predicando; el teatro será ahora obligada por la extrema cultura, de las disputas, riñas, citas, manifestaciones, en fin, toda amargura o dulzura se trasplantará con sus raíces, de la calle o del hogar a la escena, entonces ya no se necesitarán imitadores (artistas), los propios protagonistas nos representarán el espectáculo desarrollando su mismo drama. ¿Qué más podrá pedir un espíritu cultivado? Esta es la distracción que busco y la en-

cuentro a medias; otros la disfrutarán en pleno desarrollo cuando yo ya esté olvidado.

Posiblemente tú has tenido ocasión de oír declamar poemas llorones ante un público compuesto por mujeres y hombres histéricos; pues esta clase de versos están escritos para rumiarlos íntimamente y darles la interpretación según el estado de alma del oyente o del lector.

Todo será renovado en el proceso de la vida cultural. Yo no lo veré; otros, más afortunados contemplarán la cara de la luna artificial. Para entonces las intervius —por ejemplo— yacerán en el archivo de la soncera con sus diálogos pegajosos, cediendo el paso al florecimiento de hábiles intérpretes, quienes cargarán en vez de la libreta de apuntes, la llave psicológica reservada a las puertas de la subconciencia hermética y desconfiada.

—¿Con lo dicho una pica en Flandes, Arafán?

—No. Cuando el momento llegue será un suceso rutinario de los siglos anunciando el peso de los milenios.

CAPITULO IX

MESES después recibí carta de Arafán. Había planeado la apertura de Cursos Superiores a maestros retrasados. En un principio pensó que con sólo el anuncio heriría la susceptibilidad de muchos colegas, pero sucedió lo contrario; la determinación fue recibida con el aplauso del magisterio militante del litoral, precisamente por tratarse de él; si otro lo intenta, le hacen el vacío. El nombre de Arafán gozaba de tal prestigio que no se discutían sus iniciativas en vista de su conocida actuación en la cátedra y en la prensa.

"¡Soy el hombre más feliz! —decían sus últimas letras—; hasta la fecha no he tropezado con el empecinamiento enfermizo de los dogmáticos". "Como te dije meses anteriores, ¡moriré con el verbo en los labios"! Le rondaba la parca y no lo sospechaba; tenía razón: el optimismo es patrimonio de los espíritus fuertes; al ver venir la muerte la confunden con la amada; se toman del brazo y se marchan contentos cantando con el corazón.

* * *

El emporio de riqueza de la costa norte es un poderoso imán que atrae inmigración honrada y desvergonzada.

Muchas fortunas se han amasado gracias al brazo vigoroso de quienes practican el precepto de Cristo: ganarse el pan con el sudor de la frente; otros, sin escrúpulos, echan mano de medios ilícitos a fin de redondear capitales en el menor tiempo posible. Estos, los más nocivos, principian a acumular pesos sobornando a empleados irresponsables, los que por un par de tragos encubren contrabandos.

La impunidad de los aventureros toca tales extremos, que impacientes por llegar a ser millonarios, se valen del incendio, quemando sus tiendas de cajas vacías sin reparar en las funestas consecuencias con tal de cobrar el seguro.

En varias épocas las ciudades de mayor auge comercial han sido barridas por las llamas, mientras tanto, los delincuentes del brazo de la «justicia», muy campantes se pasean entre los humeantes escombros. Pues una noche, bajo torrencial aguacero, se quemó un puestecito de flores, extendiéndose las llamas al contiguo almacén; del almacén la voracidad del fuego alcanzó a **Fiera echada,** enorme caserón donde vivía Arafán.

Cuando despertó a los aullidos de Hermano (el can), el edificio de madera ardía casi en su totalidad; las escaleras y tres corredores habían desaparecido. ¡Se tuvo por muerto!

Luego reaccionó al darse cuenta de un posible escape: todavía podía utilizar un tramo del tercer piso del último corredor. A zancadas emprendió carrera seguido de su perro previsor que arrastraba sujeto al hocico una cobija de manta. Arafán primero hubiera perecido antes de abandonar a su fiel compañero. No se sabe de dónde sacó fuerzas para echarse a las espaldas el perro, y amarrárselo del pecho con la sábana; trepó a horcajadas sobre la baranda y se paró en el quicio del alero mientras el público bajo la tormenta desplegaba lienzos de lona y le urgía que se arrojara; pero él cambió de parecer, y con resolución desmedida se abalanzó con semejante peso sobre el asta de la bandera municipal que arrancaba del suelo de la plaza y sobresalía del techo, distante un metro del corredor. Descendió casi desfallecido.

Las gentes al verlo contuvieron el aliento; a sus años pocos se atreven.

Inconsciente le llevaron al hospital, donde falleció a los cinco días atacado de doble pulmonía. El agua, el viento y excesivo calor minaron en un minuto su débil organismo.

Si es cierto que se perdieron cuantiosas sumas materiales, fueron repuestas por las compañías de seguros, no la vida de Arafán, mentalidad vigorosa con que contaba el país.

En su delirio, la cama de enfermo la convirtió en cátedra; en silencio musitaba frases confusas como si realmente se encontraba al frente de sus nuevos alumnos; hablaba de las lecciones sin textos, es decir, de cursos-conferencias en lo referente a la ilustración superior; nada de cultura formalista.

En un segundo, lúcido, al sentir los pasos de la muerte acercarse a recoger sus despojos, tuvo tiempo de legarme a **Hermano,** su fiel compañero de triunfos e infortunios.

Manos generosas me hicieron llegar al hermoso perro. Al verme se detuvo en seco: me clavó fija la mirada escudriñadora, como queriendo prolongar su tortura le llamé por su nombre: **¡Hermano!,** y saltó gozoso a mi lado, restregándose el lomo contra mis piernas, diciendo con esta muestra de afecto, que se sentía feliz con mi compañía. Comprendió que conmigo viviría con los mismos cuidados de su amo muerto. Aunque la psicología animal anda en pañales, podemos afirmar, cuándo un perro está triste o contento; cuándo repudia o simpatiza con la persona que lo halaga; todo estriba en la observación. Los perros hablan con señas o pujidos, moviendo la cola, ladrando, brincando o amagando a mordernos. También demuestran temores metiendo la cola entre las piernas, encogiéndose o quejándose.

No es necesario ser un iluminado para apreciar las distintas reacciones del perro; únicamente hay que observar la sencillez de sus costumbres y sobre todas las cosas para

captar los "sentimientos del animal, darle trato familiar en la seguridad de ser más agradecido que los parientes más cercanos". Si usted sufre y pasa hambres, el perro también se resigna sin protestar; en el peligro será el primero en combatir sirviéndole de escudo; nunca pide un pan, únicamente se llena con algo de cariño y morirá a su lado con suprema abnegación, abnegación muy ajena a los apóstoles de la historia que piensan en la posteridad.

* * *

Arafán siempre será recordado, no tanto por los hijos que nunca emulan a sus padres, ni por las enseñanzas impartidas tendientes a extinguirse una vez sepultados los favorecidos; se le recordará por sus obras, lo único que perdura a través de los siglos.

El libro de Arafán, Tilcal y Amira

CAPITULO X

PENSE que con la muerte ingrata de Arafán mis deberes de amigo sincero se circunscribirían a recordar su grata memoria y a velar por la subsistencia de **Hermano.**

Ya había cumplido con la atención de escribir a sus hijos, Tilcal y Amira, de manera pormenorizada la larga conversación sostenida con él y del trágico fin de su vida laboriosa.

Los hijos en vez de contestar, primero se dirigieron al puerto a hablar con los conocidos de Arafán, posiblemente con el propósito de recabar más detalles.

Aunque no los movía ningún interés material, llevaban en mente rescatar el manuscrito de «Lanza Coronada de Sol», libro que publicaría con mi concursó según les había escrito recientemente.

Como el incendio arrasara con el último vestigio del caserón donde vivía, mandaron oficiar una misa; desilusionados visitaron la tumba y colocaron una lápida.

Alguien les informó el asunto del perro, noticia que aceleró su retorno a El Salvador, desviándose de la ruta principal para visitarme. Aunque no me conocían personalmente ya sabían de la amistad que en vida me ligara con su padre.

Al presentarse entraron de sopetón como dando a entender que yo pertenecía al círculo de sus afectos; cosa

extraña, el perro al verlos, los recibió con muestras de marcada alegría, de viejos conocidos. Amira lo contempló un segundo para luego gritarle emocionada: ¡Hermano!, ¡Hermano!, rodeándole al cuello con sus brazos y el perro no cabía en sí del gozo.

—¿Ya lo conocía?

—Al saber que mi padre vivía solo se lo mandamos pequeñón para que le acompañara. ¿Y usted cómo hizo para que llegara a su poder?

—Por disposición de Arafán en sus últimos momentos. También guardo el borrador de «Lanza Coronada de Sol».

—Bien, nosotros —dijo Tilcal—, fuimos al puerto a visitar la tumba de nuestro padre y a buscar de manera especial el manuscrito, pero ya que usted lo conserva nos place encontrarlo en tan preciosas manos. ¡Sólo un escritor de su talla es capaz de darle el espaldarazo!

—Temo no satisfacer, como yo deseo, las recomendaciones del difunto.

—Haga a un lado modestias. Sabemos que sus manos dan vida a lo que tocan. Ahora le pediremos un favor, muy señalado.

—Hablen.

—¿Nos permite llevarnos a **Hermano?**

—No me opongo, pero el perro se irá con la persona que le ha menester. Si gustan mañana iremos a la frontera; ustedes proseguirán su camino y yo regresaré a mi hogar; allí **Hermano** decidirá con quién se va.

—¡Aceptado! —se pronunciaron a un tiempo—.

Aunque la propuesta no satisfacía mis secretos sentimientos en vista de lo jovial que se demostraba **Hermano**

con ellos, no era razonable mostrarme terco, debía proponer una solución liberal.

Muy temprano marchamos. Mientras tanto el perro se banqueteaba con ricas golosinas que le regalara Amira, mimándolo con ternura.

A mediodía paramos en la guardarraya; abandonamos el carro según convenio. Tilcal y Amira continuarían a caballo; yo retornaría en otra bestia a fin de no forzar la voluntad del perro.

Almorzamos y después de embarazosa charla montamos a un tiempo y nos despedimos con los pañuelos.

En el acto de separarnos el perro tuvo momentos de dolorosa incertidumbre. No atinaba a quién seguir; como loco saltó y corrió tras Tilcal y Amira; luego volvió a mi lado para desaparecer al momento hasta lograr alcanzar nuevamente a los amigos; retornó otra vez para unirse a ellos por tercera carrera.

Había caminado unos 3 kilómetros cuando oí ladridos conocidos como diciendo: ¡Espérame! ¡Espérame! Al pie de un corpulento guapinol sofrené la bestia y desmonté; momentos después llegó **asesando,** con la lengua de fuera y se echó a mis pies. Dispuse dejarlo reposar un tiempo necesario, intervalo que aprovecharon los amigos para llegar a todo galope, con la angustia pintada en sus caras. **Hermano** al verlos los acogió con las mismas muestras de cariño y alegría. Amira al acariciarlo le bañó en llanto la cabeza, no podía contener las lágrimas, eran copiosas.

Toda compungida se irguió penosamente para suplicarme:

—¿Por qué no permite llevarlo en carro...?

—Recuerden lo convenido, **Hermano** se irá con la persona que elija; no puedo obligarlo, sería una ingratitud, un crimen.

Nuevamente montamos. En esta ocasión el perro con la mirada perdida en la lejanía los vio partir por última vez; resignado a su destino se vino tras mi cabalgadura. ¿Qué había sucedido? Aunque **Hermano** se sentía ligado familiarmente a los hijos de Arafán, renunciaba al parentezco por considerar más fuertes los lazos espirituales que lo unían al viejo amigo de su amo.

ARTURO OQUELI

Enero 6 de 1953.

INDICE

PRIMERA PARTE

I TARQUI ARAFAN 1
II ESTE ERA UN MAESTRO 9
III EL MAESTRO DE MOROPOCAY 21

SEGUNDA PARTE

IV LA NOVEDAD DE ARAFAN 27
V LA INTRIGA DE ARAFAN 35
VI ESTE ERA ARAFAN 67

TERCERA PARTE

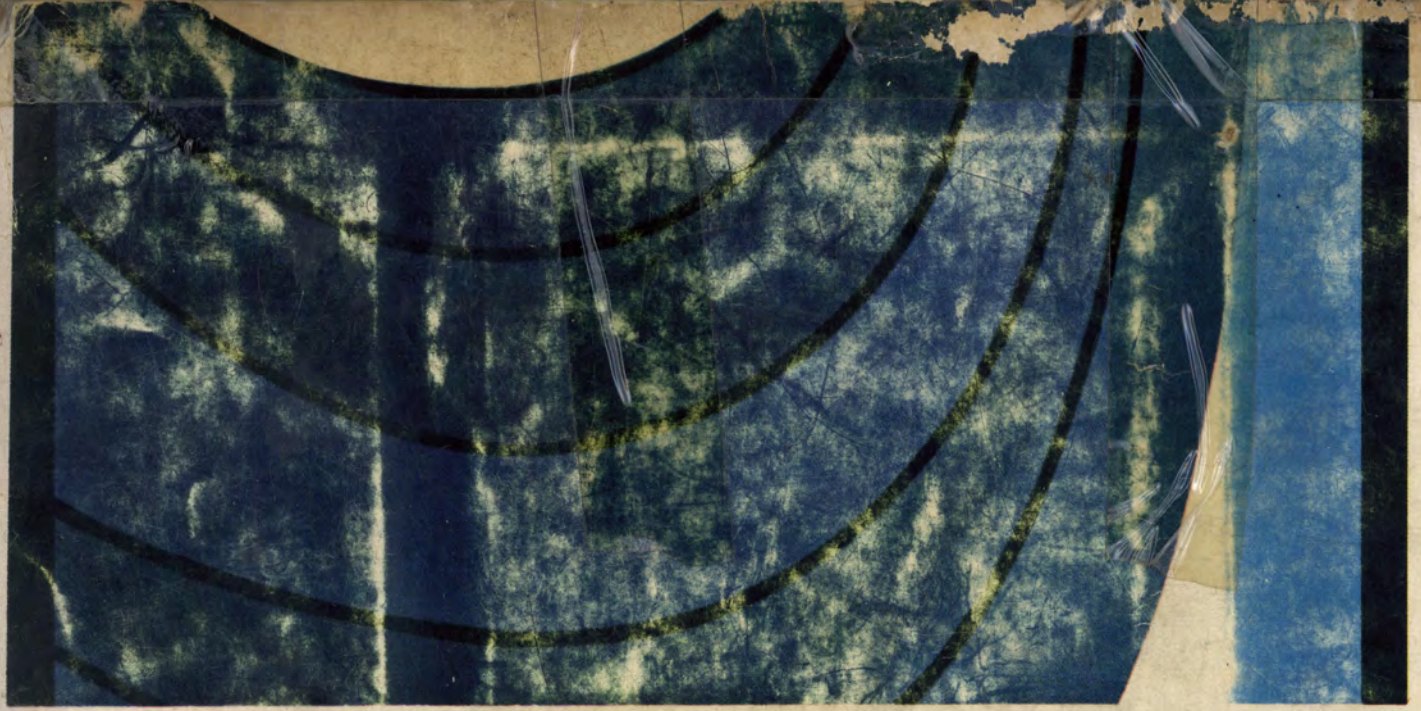
VII PRODIGIOSA INTELIGENCIA DE ARAFAN 93

CUARTA PARTE

VIII MAESTRO DE ALDEA 127
IX LAS CIEN GAVETAS DE ARAFAN 133
X EL LIBRO DE ARAFAN, TILCAL Y AMIRA 137

C O L O F O N

Se terminó de imprimir esta obra en los Talleres Tipo-Litográficos Nacionales «ARISTON», en la ciudad de Tegucigalpa, Distrito Central, Honduras, Centro América, el 18 de Octubre de mil novecientos setenta y seis.



Jefatura de Estado
Oficina Central de Información de SECTIN
Asociación de Periodistas y Escritores Nacionales

OFFSET/SECTIN
Oficina Central de Información